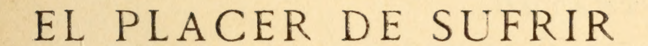

3 1761 09545339 5







EL PLACER DE SUFRIR

OBRAS DE A. HERNÁNDEZ CATÁ

Cuentos pasionales, cuarta edición.
Novela erótica, tercera edición.
La juventud de Aurelio Zaldívar, cuarta edición.
Pelayo González, cuarta edición.
Los frutos ácidos, tercera edición.
Los siete pecados, segunda edición.
Fuegos fatuos, segunda edición.
El placer de sufrir, tercera edición.
La voluntad de Dios.
Zoología pintoresca, segunda edición.
Una mala mujer.
La muerte nueva.

TEATRO:

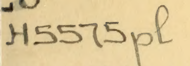
La casa deshecha.

Escritas en colaboración con Alberto Insúa:

En familia.
El amor tardío.
El bandido.
La culpa ájena.
Nunca es tarde.
Cabecita loca.

TRADUCCIONES:

El país de los ciegos, de H. G. Wells; **Pan**, de Knut Hamsun; **Ocho días en casa de Renan**, de Maurice Barres, y selecciones de pensamientos de Epicteto, Stendhal y Heine.



·A HERNÁNDEZ·CATÁ·

EL·PLACER DE·SVFRIR

NOVELA



EDITORIAL·MVNDO LATINO · MADRID

Tipografía Yagües. —Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

A

WIFREDO FERNÁNDEZ

HOMENAJE DE
ADMIRACIÓN
Y DE CARIÑO

H. C.



LA VERDADERA DIFICULTAD DEL NOVELISTA NO ESTRIBA EN NARRAR SUCESOS EXTRAORDINARIOS, SINO EN DESENTRAÑAR CUANTO TIENEN DE EXTRAORDINARIO LOS SUCESOS VULGARES.

SCHOPENHAUER

ELEGID UNA ANÉCDOTA CUALQUIERA, PONEDLE ALMA ALREDEDOR, Y TENDRÉIS UNA OBRA DE ARTE.

FLAUBERT

¿QUE QUIÉN SOY YO? PARA EL UNIVERSO, NADA; PARA MÍ, TODO.

DE SENANCOUR.



I

EL estrépito del armario al cerrarse de golpe, apartó de la lectura a doña Julia. Sus dos hijas ya estaban riñendo, como de costumbre.

—¡Guárdate tu cinta y que te haga buen provecho!—gritó Elvira.

Emma, que luego de desencadenar el genio violento de su hermana se amansaba para conservar de ese modo una apariencia de razón, concedió:

—No, póntela... Si no es por negártela.

—Ya no la quiero... Te la atas en el moño y así vas de arco iris de una vez. Y si te falta to-

davía un color, sigue buscándome y verás cómo te lo planto yo en la cara.

—¡Mírala cómo se pone, mamaíta!

Las carnes excesivas de doña Julia temblaron, y de entre su papada y su nariz salió una voz delgada que contrastaba cómicamente con su obesidad:

—¿Queréis callar? Sobre todo tú, la de la navaja en la liga... Siempre has de tomarla con tu hermana... Ni porque te pones hoy de largo dejas esos modales.

—¡Si fuera mortaja en vez de vestido!...

—¡Eso de que no me dejéis nunca acabar mi folletín en paz!... Y eres tú, eres tú con tu genio, Elvira.

—Aquí lo mejor es ser hipócrita como Emma, claro... Me voy para no soltar cuatro verdades.

—¡Vaya con la señorita triste!

Elvira salió de la alcoba para no indignarse. Con aquel enfado había roto su programa del día. ¡La señorita triste! El mote rebasaba ya los límites de la familia, y hasta en la calle la llamaban así. El nacimiento del sobrenombre constituía para ella un misterio; sin duda provenía

de aquel gestecillo de sus labios que, hasta al reír, le daba un aire melancólico. Durante mucho tiempo rabió al oírse nombrar de ese modo; pero a medida que en su cuerpo, anguloso durante el crecimiento, se fueron insinuando las gracias, los hombres la llamaron así también, y Elvira le halló al mote un prestigio inesperado... ¡La señorita triste! Sonaba bien. Era un nombre de novela, de aventura... Además, ¿no lo merecía? Desde sus primeros años sufrió esos dolores oscuros de la injusticia familiar. Y cuando empezó a enorgullecerse con la estela de susurros admirativos que dejaba tras sí, ya en la plaza de anchos soportales, ya en la playa, donde los esqueletos de algunas barcas viejas le daban sensaciones de malestar, una secreta complacencia hacíala erguirse y ahincar el paso, casi más con aire de venganza que de cándido júbilo.

Una vez escuchó a un señor de barba negra y mirar mortecino esta observación que la llenó de esperanza y disminuyó su envidia a la hermosura fofa de Emma: «No es bonita, pero es peor aún.» Rápidamente percibió la transcen-

dencia de aquella galantería algo paradójica, y desde entonces, con voluntad fuerte exaltada en todos los minutos, trató de adquirir cuantos elementos pudieran acentuar ese incentivo de expresión que atrae a los hombres más aún que la belleza pura. Cultivaba su poder de atracción, no por ese maravilloso y filantrópico anhelo de agradar, sino reflexivamente, como quien aguza y afila la única arma de que ha de valerse en un peligro próximo.

Cumplía aquel día diez y siete años: meta que, sin saber la causa, habíase fijado desde mucho antes para comenzar su nueva vida. Ya era mujer; las luchas que se avecinaban eras serias, y convenía no malgastar en cóleras baldías el fuego del carácter. Lo mejor sería hablar en lo sucesivo lo menos posible con su hermana, con su madre... ¿No sentía agrandarse cada día aquellas diferencias, aquellas incompatibilidades que desde niña la desviaron de los suyos? Sus vidas de noria, de resignación, de pueriles vanidades efervescentes, nada

tenían de común con ella; el parentesco material mostrábase roto en los espíritus. ¿Qué fraternidad podía existir entre el carácter acomodaticio de Emma y su impaciencia por salir al encuentro de todas las contingencias posibles, por embriagarse de ambición, cerrar los ojos a las vulgaridades y no arrastrarse minuto a minuto por la fangosa planicie de lo cotidiano? ¿Cómo no menospreciar y repudiar a aquellos seres, ella, que hubiese querido concentrar su existencia en una sola hora como se concentra el perfume de la más gran floresta en un pomo?

Al salir del gabinete cruzó el pasillo, se detuvo ante la puerta del cuarto de su abuelo para anunciarle que volvía en seguida, y entró en su alcoba a mirarse escrupulosamente, aún otra vez, en aquel mismo espejo que tantas veces habíala visto llorar de ira por su fealdad andrógina de crisálida de mujer. Sentía vivo deseo de inventariar las fuerzas con que entraba en la vida. Se miró despacio. Sus facciones no eran armoniosas; su cuerpo, sí: justo de proporciones, elástico, túrgido, transcendía de él ese milagro de energía, de suavidad y de gracia, que

si se eternizase en el mundo haría innecesarias las aspiraciones celestiales. Le agradó el color cambiante de sus ojos, de un acerado gris que se fué aclarando al serenarse su ánimo; le agradó la color ambarina y el tono cálido de su piel; le desagradaron sus dientes, desiguales y turbios: dientes por los cuales debían tomar sus besos una violencia agresiva... Alzó los brazos, escorzó el busto, inclinó hacia atrás la cabeza para someter las líneas a brusquedades donde se esforzaba en desentrañar perfecciones o defectos; y al ver la frescura morena de su carne, recordó las noches en que había regresado furiosa del paseo, porque sólo algunos viejos la habían mirado a hurtadillas, con gelatinosas miradas; y sonrió, sonrió de tal modo, que, sin discernir bien el motivo, cuanto tenía la sonrisa de amenazador y de irónico predominó sobre su alegría, y nubes melancólicas volvieron a empañar sus ojos.

Este recuerdo se encadenó con otro, con otros; y alejándose del espejo sin dejar de contemplarse, se sentó en una de las mecedoras para rememorar mejor. La casa estaba en silen-

cio; bajo la lámpara del gabinete, un angelito de biscuit volaba inmóvil; y en las paredes, algunos platos pintados y orillados con cintas proclamaban las habilidades de su hermana. ¡Ah, su hermana!... Cuán poca emoción de fraternidad podía Elvira poner en este nombre tan dulce. Toda su vida había envidiado a Emma... La había casi odiado. Desde el colegio había sentido la tiranía de aquella hermana preferida. Como Emma la aventajaba dos años y la posición de sus padres nunca fué holgada, hubo de vestirse con los trajes que se le iban quedando chicos. Y en un momento pasaron por su memoria, no en el suave plano inclinado de la evocación, sino venciendo rozamientos ásperos, los episodios de la larga rivalidad doméstica... Elvira se acostó durante muchos años una hora antes que su hermana, y la imaginación hacíala pasar ese intervalo en un insomnio ardiente, colérico, suponiendo que las palabras y las risas de aquella hora robada valían más que todas las risas y palabras del día.

Para halagar a Emma aceptóse el sacrificio de arrostrar una primera comunión en un cole-

gio de monjas, con sus socaliñas de velo, de traje de gasa, de cirios rizados y de recordatorios; de Emma se guardaban en un álbum forrado de terciopelo y defendido por verdosas cantoneras de cobre, muchos retratos; la única parienta rica de la familia, la tía Rosa, casada con un catalán, mostró, por carta, deseo de ser madrina de confirmación de una de las niñas, y lo fué de Emma. En vano Elvira se preguntaba en esos insomnios amargados por el despecho y por la impotencia: «¿Soy yo peor? ¿Por qué se desvía mi madre de mí? ¿No soy también hija de sus entrañas? ¿Vendrán acaso esas postergaciones de falta de integridad maternal por haber sido amamantada por un ama de cría?» Y en vano la clara voz de su orgullo decíale: «Tú eres superior por tu comprensión, por tu bondad, hasta por la calidad misma de tus defectos... Confía, prepárate, espera el desquite.»

Se hizo esquiva, y todos se quejaron de su esquivez, sin ver que era consecuencia del régimen de parcialidades. «Esta chica está siempre ensimismada; sólo ella sabe lo que piensa... No parece una niña», oía comentar a menudo. Y

era verdad: no pareció nunca una niña, porque desde muy temprano sintió gravitar sobre su alma los presentimientos de su adverso destino de mujer.

Al ver más tarde en Emma los mismos rasgos de belleza que aun subsistían marchitos en el rostro de su madre, se explicó la causa de la preferencia; además, también el carácter de su hermana coincidía con el materno: Emma, con el paso de los años, sería igual que doña Julia. Esto era tan visible, que Elvira no comprendía cómo esa semejanza creciente no ahuyentaba a los hombres. Emma era taimada; sus travesuras carecieron siempre de espontaneidad y turbulencia; al crecer se volvió beata, pero sin exaltación: beata de recua y rosario tartamudeado; no tuvo nunca aquella independencia de Elvira, que la impelía a arrostrar todas las situaciones con la llama propia, sin tener en cuenta ningún precedente. A Emma le gustaba comer bien, tener trajes llamativos; era verídica por falta de imaginación; si le confiaban un trabajo sistemático y lograba entenderlo, lo concluía minuciosamente; mientras que Elvira estropeó muchas labo-

res por permitirse lo que su madre llamaba con menosprecio «fantasías»...

Al comentarse en la casa tal diferencia de aptitudes, atribuíase a Elvira el influjo espiritual del abuelo, y a Emma, el de doña Julia. La genealogía era justa: del abuelo que, luego de separarse de su hijo dejándole íntegra la herencia materna, se fué a América, estuvo años y años sin escribir, y apareció un día con unos cientos de pesos que se concluyeron muy pronto y un principio de parálisis que no se concluyó nunca, recibía Elvira su impetuosidad; pero, en cambio, no era como él versátil, sino terca, y, a diferencia de todos los suyos, sabía poner mucho tiempo su alma en un solo propósito. Ella no sólo se creía apta para recibir, lánguida y servil, el amor y la felicidad, sino para arrostrar por ellos los mayores peligros. Sentíase capaz de llevar largos años un designio en el alma, de armar una mano viril como lady Macbeth, y hasta de herir si era preciso con la propia, como Juana de Arco, como Carlota Corday y tantas otras cuyas hazañas constaban en los libros leídos a escondidas, de noche,

mientras Emma dormía a su lado con uno de esos sueños tan animales que delatan que también el espíritu está dormido... tal vez para no despertar.

De su padre no tenía queja: supeditado en todo a doña Julia, envolvía a los demás en una indiferencia suave y fatigada. Durante treinta años se sentó en la misma mesa de la misma oficina para ejecutar con la misma letra española muy alternada de rasgos y perfiles el mismo género de trabajos. El carácter arbitrario de su madre le producía menos desdén: al cabo era una fuerza; mientras que su padre vivía sólo porque no estaba muerto, con desgano, menos vigorosamente aún que algunos árboles. Todas las mañanas, a las ocho, tomaba el desayuno, se iba a la oficina, volvía a comer, tornaba a irse, y cuando regresaba por la tarde estaba tan cansado, que sólo le apetecía sentarse al balcón y quedarse quieto, con el alma abolida o ausente, sin fuerza siquiera para mezclarse en las disensiones familiares. Si al-

guna vez su mujer, después de haber dictaminado o castigado, pedíale opinión, él murmuraba: «Luego hablaremos, Julia... No hace falta que las niñas oigan.» Y después, al quedarse solos los esposos, oíase en la penumbra del cuarto un bisbiseo intraductible.

A Elvira le repugnaba esa pasividad. ¿Cómo de un hombre como el abuelo, tan enérgico, tan entero hasta en la impotencia de la vejez, pudo nacer su padre? Misterio, triste y siempre renovado misterio... ¿Acaso no desmentía ella también la ley de herencia?

A veces, durante semanas enteras, sólo Elvira y la criada entraban en el cuarto del paralítico, y éste, congestionado de ira, vociferaba:

—¡Que me oiga ese mal hijo, ese mandria que se deja mangonear por su mujer!... ¡Que me devuelvan los pesos que me gastaron, y que me lleven a morir al hospital!

Si el padre estaba en el gabinete, temblaba; y Elvira iba poco a poco calmando al anciano,

hasta hacerle sonreír con sus mimos... Todavía muchas horas después subsistía la turbación paternal; y entonces sobrevenía una de esas escenas largas y penosas en que se siente el esfuerzo de no hablar de lo que se tiene henchida la mente... Su padre llegó a interesarla como un problema. ¿Ocultaría su alma una historia, un anhelo, un desengaño? No, los sentimientos jamás debieron alcanzar en su espíritu presión para engendrar acciones... Tenía apenas el alma suficiente para no ser un vegetal, y esa razón menguada inferior al certero instinto de tantos animales. Los lunes se mostraba mansamente contrariado ante la perspectiva de una semana de labor, y los sábados, puestos sobre las rodillas los periódicos de toda la semana, que leía juntos, sus ojos estaban menos apagados, su bigote más lacio, y tendía con voluptuosidad, sobre el mantel, su diestra de uñas muy crecidas, a veces traslúcidas, a veces lechosas, que a Elvira le producían impresión de algo cadavérico y que él cuidaba durante largas horas esmeradamente.

Oyó ruido en el pasillo, y se levantó... Otra

vez junto al espejo, recordó con orgullo que desde hacía dos años todas las miradas no eran ya sólo para Emma. Esta, por su exuberancia, por su carácter insustancial y alegre, atraía a los hombres desde lejos; pero después, cuando ya estaban próximos, las admiraciones se desviaban hacia «la señorita triste». Y no era sólo por su cuerpo, pues pocos prefieren al parero atractivo de las facciones la muda armonía de las líneas: era por aquel gestecillo de dolor que les ofrecía, en germen, ese acedo morboso que suponemos en el fondo de las grandes pasiones...

Elvira cruzó a pasos quedos el pasillo y abrió, de pronto, la puerta del abuelo, para sorprenderle:

—Aquí tienes a tu nieta vestida de largo... Ya soy toda una mujer; mírame.

El paralítico, al verla, tuvo casi un movimiento en el sillón. En medio de la estancia, Elvira dió una vuelta muy despacio, a fin de mostrarse por completo; y cuando volvió a

estar de frente, inclinó el busto y, con coquetería a un tiempo ingenua y maligna, le hizo un mohín de burla; luego se irguió y tornóse seria gradualmente, hasta que el mohín degeneró en rictus y fué tendiendo sobre su cara una sombra de altiva gravedad. El abuelo dijo entonces en son de profecía:

—Tú irás lejos, nenita... Muy lejos. Pero ten cuidado de no calcular mucho; a veces el corazón calcula mejor que la cabeza.

Las pupilas de Elvira centellearon de anhelo al oír el presagio, y sus manos se agitaron lo mismo que si fueran alas. ¡Ir lejos! Estas dos palabras daban fuerza a los más hondos resortes de su espíritu. ¡Ir lejos, muy lejos!... ¡Dejar para siempre el hogar sórdido y el poblacho murmurador! ¡Irse, pero no para volver más tarde, como el abuelo: irse para siempre, por la tierra o por el mar, hacia el mal o hacia el bien, pero para siempre, para siempre, hacia la verdadera vida!... Su júbilo se tradujo al fin en esta pregunta vanidosa:

—¿Has conocido alguna mujer como yo, abuelito?

—Sí, sí; una vez... hace muchos años... muchos años...

—¿Y fué feliz?

El anciano cerró los párpados para ver mejor en el recuerdo; calló, y luego, de sus ojos a su barba de plata cruzaron dos lágrimas como dos estrellas fugaces.





II

Elvira no habría podido jamás seguir el consejo de su abuelo. Acaso por haber visto la nave de su casa estrellarse tantas veces contra los escollos por falta de una voluntad que la dirigiese, se habituó al cálculo. Y en esa edad en que los ojos tienen aún el deslumbramiento infantil, los suyos pretendían ya bucear en las sombras de lo futuro para prevenir peripecias y trazarse normas.

Temía a los ímpetus del corazón, que no son tantas veces sino incitaciones del sexo; trataba de no dejarse arrastrar por la marejada, de medir sus posibilidades, de ir hacia el fin por ve-

reda recta, sin marchitar la juventud en escarceos y parodias de amor. Quería nada menos que poseer desde el umbral de la adolescencia esa sabiduría inconmensurablemente compleja, llamada ciencia de la vida, cuyo conocimiento —¡oh, ironía cruel!—va siendo más perfecto a medida que nos queda menos que vivir.

Por cálculo dejó de salir a las reuniones que Emma y doña Julia organizaban todos los jueves: la pobreza y el ridículo deseo de pretender ocultarla sin dignidad, encubriéndola de vanidades, la encolerizaban. Dábase cuenta de que aquellos mozos que iban a saciar en ellas la vista y a compensar con el galanteo insatisfechas ansias, no podían estimarlas. En esas reuniones todo era falso; y ella habíase propuesto servirse sólo de la falsedad para fines capitales. Ni las zalamerías de su hermana, ni las órdenes, ni aun los golpes de su madre, lograron disuadirla. Desde el día en que lo decidió, no salió más. Las primeras veces los contertulios aceptaron sus pueriles pretextos; y luego, como ya Elvira comenzaba a tener «sus cosas», habituáronse a no verla y a sentirla, sin embargo,

casi presente, cual si las paredes de la casa dejaran pasar su flúido y hasta adquiriesen misteriosas transparencias por virtud del deseo. Por cada puerta, al entreabrirse, iban furtivas todas las miradas hacia ella, que, a veces, cuando el abuelo se dormía, pasaba las veladas junto a su padre, derribando y reconstruyendo en la imaginación—con la misma paciencia con que frustaba y recomenzaba él solitarios—el castillo de naipes de su vida. De esta manera, por irreflexiva avaricia de vivir, confinábase en esas zonas siempre algo estériles del recordar y el proyectar. El pasado y el porvenir constituían dos inmensas montañas que de continuo amenazaban derrumbarse sobre el sendero del presente, que serpeaba tímido entre ellas.

Aun en su mente era todo bruma. Sentía coexistir en su personalidad dos potencias: una, física: la de su juventud; otra, espiritual: la de su carácter, la de sus anhelos; y se esforzaba por soldarlas, por infundirles realidad y hallar en su viva unión fórmulas donde orientar con rumbo certero sus acciones. «¿Cuál es la verdadera finalidad de la vida? Vivirla con alegría; gozar,

en regalo del cuerpo y del alma, de cuantos progresos se han arrancado al secreto hostil de la Naturaleza»—decíase en el casi constante devanar de sus monólogos. Y para ello sólo se le abrían dos caminos: el del esfuerzo exclusivamente propio, para el cual acaso careciese de aptitudes o fuera ya tarde, y el de unir su vida a la de un dominador de esos que, dominados en la molicie sensual del hogar, reciben entre besos las órdenes que han de transmitir como propias al día siguiente. Al final del primer camino estaba un piano gigantesco, cuyo teclado de marfil parecíale la dentadura de un monstruo devorador de horas y energías, o tal vez un colegio lleno del tumulto un poco estúpido de niños morosos, o quizás una de esas colocaciones sedentarias donde se languidece bajo las miradas salaces de los transeuntes... Al término del otro veíase un altar, un cura que bendice y la figura irreconocible de un hombre...

Por uno de esos caminos sería preciso ir con paso firme para no caer en los precipicios a que llevan los atajos. Sin duda por el camino último, ya que la ignorancia de los suyos la privó

de esos primeros estudios, base facilitadora de los posteriores e imprescindibles sostenes de la independencia individual. Era preciso, pues, contar con los hombres, atraerlos hasta cierta distancia, aparentar temerlos sin perder la audacia y la iniciativa, trazarse un círculo de actitudes en el que inscribir respecto de ellos su conducta. Y después de mucho pensar halló esta fórmula sintética para fijar, con el suyo, el caso de sus compañeras infinitas de aspiración: «Toda la fuerza de la mujer, mientras sea animal de placer que el varón toma por una vida o por un rato, está en saberse negar a tiempo.»

Era a toda costa necesario resistir, manejar con cautela el imán peligroso del atractivo, para no llegar a imantar a otro ser y sufrir a su vez la deliciosa y nefasta atracción. El amor debía ser, según ella, el premio de la vida; y esa fruta, que suele confundirse con la del amor, cogida en agraz, ácida para el paladar y nociva para la salud, no la incitaba. La gimnasia, el agua fría y la voluntad velaban diariamente, como tres dragones del bien, para impedir a los sentidos salir de aventuras.

Por las tardes salía, más por higiene que por gusto, y su traje sencillo contrastaba con los perifollos de su hermana y de doña Julia. A veces iban al cinematógrafo; ella se sentaba en uno de los extremos para esquivar toda vecindad equívoca; y al ver imágenes de otros países en donde las mujeres podían, sin descender en categoría social, ganarse la vida con el trabajo, irritábase contra la suerte, que la hizo nacer en un pueblo atrasado y carcomido de tradiciones. Quería ser virtuosa, no por exigencia de su sentido moral, sino por comodidad, por precaución, por tener un triunfo más para la jugada suprema.

Si, novelescamente, cualquier rico extranjero le hubiese dicho sin preámbulos: «Entrégate a mí y te llevaré lejos, a esas comarcas en donde cuando me hastíe de tu cuerpo y te abandone podrás educar tus aptitudes y hacerlas producir», se habría entregado sin rubor.

Pensaba que todo el interés de la existencia no ha de estar en el placer físico; y que tanto

o más que él, pues lo ornan, lo realzan y lo multiplican con perspectivas y mirajes, cuentan esos otros placeres en que los sentidos necesitan aliarse con la inteligencia para gozarlos plenamente. Su inconformidad se polarizaba en dos puntos: su casa, su pueblo... Al pueblo lo odiaba con saña; ni una calle era de su agrado, ningún paseo guardaba para ella remembranzas dulces. El puerto, siempre solo, con sus aguas semiestancadas, dábale la impresión de un charco; y le era menester ver alguno de los veleros que de raro en raro venían a cargar sal alejarse por la estrecha embocadura, para suponer, al otro lado de las montañas, el mar bravío, el mar, intranquilo como ella, por cima de cuya espumosa vastedad se iba a todas partes...

Este odio, extendiéndose de las personas a las cosas y a las costumbres a la sombra de esas cosas engendradas, manifestábase en irónicas palabras que llegaron a granjearle fama de mordaz. Hubo frases contra las instituciones, contra las tradiciones, contra la imagen de cabeza menuda y cuerpo gigantescamente

vestido venerada en la iglesia; contra el Casino, en donde tres generaciones—abuelos, padres e hijos—mentían sobre las cosechas, sobre las honras o sobre la política, y jugaban en un cuarto neblinoso de humo... ¡Lo que ella hubiera dado por ser de otro sitio! Aquel orgullo terruñero de las amigas de su hermana constituía para Elvira una de las anomalías más incomprensibles de la tierra.

Durante algún tiempo sus cuchufletas fueron repetidas y temidas; y esta facilidad de ingenio la desquitaba algo de sus penas; pero un día el cura, tras reprocharle su deserción de las devociones, le dijo:

—Hay que saber conformarse con lo que se tiene y saber querer el sitio donde se ha nacido. El *quid* no está sólo en ser inteligente, hijita; más inteligentes que tú se han despeñado... Vale más tener piedad, amor al prójimo, corazón en una palabra, cabecita inquieta. Ven a confesar, y ya hablaremos.

Entonces alzóse en el espíritu de Elvira esta duda mortificante: ¿Por qué el cura la recordaba también la ventaja de dejar dominar al ins-

tinto y de no sofrenar los impulsos del corazón? ¿Tendría razón su abuelo? ¿Diría la verdad Emma cuando, para defenderse de sus pullas, repetíale una y otra vez: «No tienes entrañas»? ¿Sería mala, incapaz de ternura? ¡No, no; ella sentía también, pero de otro modo! Y el día en que los contertulios de la terraza del Casino se burlaron de su amigo el jorobadito y sintió la ira subirle a la garganta, a los ojos, y crispársele los puños en el ansia de dejar de ser mujer un instante para vengar al indefenso, conjuntamente con esas impresiones acarició su alma otra dulcísima, reveladora: «Esto viene de las entrañas—se dijo—: Sí, las tengo; las tengo a pesar de mi pueblo, contra mi pueblo de atraso y de injusticias.»

Hasta su nombre poético, Guardamar, llegó a antojársele una usurpación. «Y en medio de todo, no lo es»—musitaba a veces—. ¿A quién se le ocurre guardar el mar? Aquel pedacito mezquino de mar, de un mar que parecía haberse retirado a la vida privada, era lo único que podía guardar su villorio.

El jorobadito, su amigo de la infancia, era mayor que ella; mas su pequeñez justificaba el diminutivo. Hijo único de dos ricachones, vivía en una de las mejores casas del pueblo, frente a la llamada de los escudos, en medio de una riqueza sombría. Mientras fué niño, sus padres jamás lo llevaron de paseo, avergonzados de la gente, o quizás de ellos mismos, ante aquel testimonio de su monstruosidad interna. Se llamaba Antonio; pero muy pocos nombrábanle así, y con esa crueldad inconsciente de las multitudes, diéronle el nombre de su defecto, al que tuvo, al fin, que responder.

Débil, con la cabeza fina hundida entre los dos abultamientos, iba siempre solo, furtivo, cual si pidiera disculpa a la gente de ser como era. Salía al caer las tardes, y hasta esa hora estábase en su cuarto devorando libros. En el atildamiento de su vestir, en el esmero de su palabra, de su escritura, de su dialéctica—siempre tímida al comienzo de las discusiones—, palpitaba un secreto afán de compensar la

falta de armonía física que la Naturaleza habíale impuesto injustamente. Durante largas temporadas ausentábase del lugar, y el pueblo casi llegaba a olvidarle; mas volvía al cabo con la misma tristeza, de la cual le era imposible huir por llevarla consigo; y otra vez sus jorobas pasaban entre cobardes risas, y en sus anchos ojos soñadores copiábanse los tejados dorados por la luz crepuscular, las cúspides de las montañas y las estrellas remotas después.

Sus relaciones con Elvira tuvieron, por eso, largos vanos. Desde aquella clase de niñas donde fué tolerado en gracia al dinero de sus padres, ganosos de evitarle las violencias de los otros muchachos, Antonio sintióse unido a Elvira por vínculos que el tiempo fortificó y transfiguró. En la escuela, ninguna niña quería sentarse junto a él, porque a la hija del Vista de Aduana, una andaluza pelirroja, se le ocurrió decir que las jorobas podían contagiarse igual que el sarampión. Elvira se constituyó en defensora del desvalido, y, después de cederle la punta del banco, se sentó denodadamente entre

él y las otras, sin lograr reducir la hostilidad, mas sí los desmanes.

Quizás fuese ese el primer choque que tuvieron los dos contra la ignorancia y la contumacia del pueblo; y les dolió tanto, que ella, más viril, le propuso escaparse de sus casas y echar carretera adelante, hasta encontrar otro sitio donde las gentes no fueran necias y malignas... Hasta mucho tiempo después no comprendieron que, de haber efectuado aquel proyecto, habrían vuelto a entrar en Guardamar, luego de dar la vuelta al mundo sin encontrar el refugio dichoso.

Todas las tardes él le llevaba golosinas o estampas, y como ella, recordando la estrechez de su hogar, le preguntara si en su casa había mucho de todo, él le respondía:

—Sí; pero... aunque sólo hubiera esto, te lo daría. ¡Me da más gusto dártelo!...

Estas imágenes del pasado las evocaba Elvira una tarde, después de haberle visto cruzar, desde su balcón, hacia la playa. Iba a pasos menudos; sus piececitos tenían aún casi el mismo tamaño de aquellos piececitos que tantas veces

viera, en el banco de la escuela, colgar al lado de los suyos. El busto era enorme, y las piernas, muy cortas; el bigote y la raya que dividía la cabellera lustrosísima, eran lo único en él que había dejado de ser infantil.

Al ver su aire triste se reavivó en la memoria de Elvira toda su vida, y en su alma se encendió más recio el propósito de luchar, de vencer... Ya había deslindado los caminos; pero nunca dejaba de ver accidentes insospechados, riesgos nuevos. ¿Cómo sería mejor vivir? ¿Al margen del pueblo, desdeñándolo, o en pugna agria contra él? El alma, en su alegoría poética de mariposa, se posaba alternativamente en cada una de las soluciones. ¿Sería mejor huir y sacrificar al ideal de una vida ancha eso que, sobre la limpieza de espíritu y la nobleza de acciones, resume injustamente la honorabilidad en la mujer? ¿Valdría más esperar, hacerse taimada y renunciar a todo, con tal de no ver en peligro su misión de depositaria de un nombre honrado y estúpido, mísera alineación de letras transmitida por razón animal de la especie, sin amor ni ilusión de mejora? Y las interrogacio-

nes se entrechocaban en su mente, marcando ya una arruga, ya un parpadeo violento, ya una mueca de asco, ya—de tarde en tarde—una sonrisa.

Por la acera de enfrente, mientras devanaba ella sus pensamientos, iban pasando hacia el paseo los primates del lugar: el jefe de Correos, que, llamándose Valeriano, decía llamarse Valeriano José para que la festividad de su santo, con su secuela de regalos, no pudiera pasar inadvertida; la hija del Notario, que mandaba preguntar a la confitería el precio de las cajas de bombones con que la obsequiaba su novio; el teniente de Carabineros, a quienes unos nombraban «la mar y sus peces», y otros, «todo puede arreglarse»; las solteronas de Puig, apodadas «la guía de viajeros» por su avidez en acaparar a los pocos veraneantes; Eulogio Ochoa, cuerpo de hércules y cerebro de loro; el médico nuevo, que tanto gustaba de aprovecharse cuando lo llamaban para visitar a alguna muchacha; Cecilia Luque, tan enfermiza desde la llegada del nuevo doctor; Emilito Rocas, el noble arruinado, erguido de orgullo y nutrido de

pergaminos... Paseaban con aire satisfecho, cual si blasonaran de sus mezquindades y no temieran ser vistos y juzgados por una mirada justiciera. ¡Ah!, también cuando ella pasara por la calle quizás alguien pudiera decir: «Ahí va Elvira, la señorita triste, enferma de no saber lo que quiere y de no conformarse con lo que es.»

Y en tanto iba recapitulando los defectos de cuantos pasaban, la idea central aparecía y desaparecía en el primer plano de la preocupación, a semejanza de esos ríos que marchan a trechos ocultos. Para ella la solución mejor era seguir el cauce normal de su especie, desviando y reivindicando en el matrimonio esa parte casi siempre incumplida del sacramento que dice: «Compañera te doy y no sierva.» Todo estribaba en elegir un hombre, en atraerle, en extirpar en su egoísmo ese temor al matrimonio, signo común de los países pobres de lento progreso, y en inculcarle después la voluntad de triunfo y los gustos finos de su alma. Elegir bien: tal era su problema; pero, ¿acaso en escoger entre el bien y el mal, entre la dicha y la desventura, entre el camino que se anda sin es-

fuerzo, con recreo de los sentidos, y el que lleva dolorosamente a la muerte, no está la clave de la vida toda? Las dichas, las desventuras, el bien, el mal, los caminos, ofrecíansele; y ella, pobre mujer sin otra brújula que su anhelo, debería escoger, escoger en un solo minuto... ¡para siempre!

Con recio taconear pasó Elías Romero, el elegante del pueblo, vestido, según él, a la última moda de Londres: con botines hasta en verano... Elvira consideró por primera vez sin sonreír sus patillas a media mejilla, su traje entallado; y le parecieron incomprensibles las dos o tres muchachas chifladas por aquel fantoche, y, sobre todas, Rosita Gil—la asidua al proscenio del Salón Moderno, la que escuchaba a los artistas con un interés inmoral, inclinado el busto y entreabierta y húmeda la boca—, que había escrito al *brumell* una carta leída por él ante su tertulia del Casino, amenazándole con ingerir, en forma de cabeza de cerillas, el fósforo que le faltaba... Lo vió pasar mirando de reojo, seguir erguido, detenerse ante el escaparate de la dulcería con el sombrero muy cerca

de los paquetes de cirios colgados de las jambas. Y pensó con horror en pertenecer a un hombre así, en la tristeza de vaciar su inquietud infinita en aquella vida quieta, conforme, que ni siquiera se preocupaba de buscar también figurines para el espíritu.

En seguida su pensamiento volvió a fijarse en Rosita Gil, y no pudo reprimir una náusea de asco. Aquella juventud tierna y ya abrasada por la lujuria, le producía ira. Recordaba sus juegos de niña en la escuela, su morbosa inclinación a desviarse de los entretenimientos infantiles para fingir en la sombra parodias pasionales. Para ella todas las imágenes del mundo eran reflejos del acto sencillo y terrible que usurpa el nombre puro del amor. Y la odiaba, más aún que por ser así, por serlo siendo tan fina, tan rubia. La sensualidad en las morenas le parecía estigma inevitable, algo como un signo del pecado original; mas en las rubias tomaba el carácter repugnante de una perversión contra Natura... contra la Naturaleza angélica de los ojos color de cielo y de los cabellos color de luz.

Sintió acercarse a Emma, y hubo de hacer esfuerzos para preservar su meditación del alud de preguntas:

—¿Has visto a Eulogio Ochoa? Me dijo anoche que pasaría a las cinco.

—Ya pasó.

—Aquel es Elías Romero, ¿verdad?

—El mismo... No se le puede confundir.

—Fué siempre muy goloso.

—Parece... A esta hora, como ha estado en Londres, tiene que mirar por lo menos las pastas de té.

—No se puede negar que es elegante.

—Bueno.

—Hija, ¿estás hoy también de mal temple?

—De peor.

—Vaya... Me iré al otro balcón para no estorbar.

—Amén.

Otra vez quiso recoger el hilo de sus propósitos, enredado entre el cruzar de la gente y la interrupción de su hermana. Cuando ya estaba a punto de ensimismarse, pasos menudos al final de la calle atrajeron de nuevo su interés:

era Antonio, el jorobadito, que regresaba, sin duda asustado de verse entre los primates del pueblo. Elvira reparó en que hacía tiempo estaba retraído de ella, y cuando la saludó dejándole ver las dos bandas engomadas del pelo, divididas por una recta blanquecina, lo detuvo con esta pregunta:

—¿Te he hecho yo también algo, Antonio? Cualquiera diría que no quieres hablarme.

Él se quedó tan sorprendido, que la cabeza osciló un momento entre las protuberancias del pecho y la espalda. Se puso rojo, y pronunciando muy bien todas las sílabas, según su costumbre, repuso:

—Ya sabes demasiado que no es así... Al contrario... Tal vez por eso no te busco más.

—Hijo, eso es hacer las cosas al revés...

—Quizás sea el medio de que salgan mejor.

—No me vengas con filosofías. Cuando se tiene gusto en ver a cualquier persona, se la busca.

—Uno siempre teme importunar... Y eso que estoy en deuda contigo... Ya me han dicho que la otra noche insultaste a esos valientes que

desde la terraza del Casino se dedican a molestarme. No sabes lo que te lo agradezco.

—¡Bah!... Algún privilegio hemos de tener las mujeres!... Los puse de oro y azul, y si se me engallan les hubiera repartido unos cuantos sopapos... No se me ha olvidado mi papel de la escuela... ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, Elvira... Pero no me da gusto acordarme... No es que te esté menos agradecido... Entiéndeme. Para serte sincero del todo, te confesaré que cuando lo supe me llevé una pena... otra pena más... ¡Ya ves!... Tú eres inteligente y te harás cargo. Me dolió que me creyeras incapaz de defenderme... Si otra vez vuelven a meterse conmigo, no tendrás ya que intervenir... Para tirar del gatillo de un arma, cualquiera tiene fuerza.

Y al decir esto su manecita fué a tocar bajo la chaqueta un bulto parecido a otra joroba naciente. Elvira comprendió que era un revólver.

Calló un instante, esforzándose en hallar palabras de transición para decirle las que casi tuvo en la boca al detenerlo: «Quiero pedirte

una cosa, pero no te asustes; es tan fácil de dar, que muchos la dan sin pedirla... Son consejos»; mas él echó a andar muy de prisa, vibrante, erguido, dolorosamente ridículo; y, sin duda para ocultar su turbación, torció por la primera calle transversal. Elvira sintió lástima, y olvidó todas sus zozobras para pensar en el pobre ser y calmar su alma en suaves e imposibles ensueños de justicia. Su espíritu alejóse tanto, que no sintió a su padre sentarse junto a ella y mandar encender la luz para leer los periódicos; el ver sobre la pared frontera el cuadro luminoso donde se recortaba su sombra, la restituyó a la realidad.

En la sala, doña Julia protestaba con su voz meliflua, y hacía objeciones a las cuales el padre no osaba responder; y para disimular su azoro chasqueaba una contra otra sus uñas verdosas. Elvira quiso librarlos de su presencia y fué hacia las habitaciones interiores.

La raya de luz bajo la última puerta del pasillo hízole suponer que tal vez Emma estuviera leyendo, como otras veces, alguna carta de Eulogio Ochoa en ese cuarto groseramente ni-

velador que hasta en los palacios recuerda a magnates y emperadores su tributo ineludible a la animalidad. Y esta idea de envilecer así el amor, sublevó el fondo romántico de su alma.

Fué a entrar en la alcoba del abuelo; pero se arrepintió. No quería ver ni oír a nadie. Todas sus penas transmutáronse en el ansia repentina de no permanecer en su casa para no morir de angustia en aquel crepúsculo lívido, exacerbador de ensueños y presentimientos. Necesitaba reaccionar contra la tristeza débil que sólo le pedía llorar, llorar, llorar... ¡Ah, cómo se hubieran reído Emma y su madre! No, no lloraría, sabría resistir. Un breve paseo para orearse siquiera media hora con las brisas viajeras que venían de otros mundo e iban sabe Dios dónde, y aquella neblina melancólica disiparíase dejando delinearse, firmes, las cimas frías de su voluntad.

Volvió al comedor y remolcó a su padre entre las protestas aflautadas de doña Julia.

—Llévame un ratito hasta el muelle, papá; volvemos en seguida.

—Pero...

—Anda, vamos y volvemos en diez minutos; no pongas pretextos... ¿Quieres que vaya sola?

—Tú que eres tan modernista no te asustarías. Nadie te iba a comer. Ea, dame el sombrero. ¡Con tal de no veros reñir!... Vamos.

Bajaron. Elvira iba delante, ávida de trasponer la estrechez de las calles para verse en espacio libre; de vez en cuando él la exhortaba a moderar la marcha, quejándose de los guijos, de sus pies encallecidos, del excesivo trabajo de la oficina y—en voz más baja, con palabras mucho menos concretas—de doña Julia. Durante largo rato rumió sus penas, casi sin preocuparse de que Elvira, absorta en el amargo egoísmo de oír sólo las voces interiores, no le escuchaba, y al fin, poco a poco, a modo de mísero arroyuelo que se seca, dejó de hablar y siguió callado junto a su hija, esforzándose humilde en acomodar el paso fatigoso al paso juvenil, avivado por el ansia de salir pronto de la estrechez del pueblo.

Siete campanadas cayeron de la torre de la Colegiata, y sombras apenas femeniles fueron

poco a poco surgiendo de los callejones y adentrándose en el ancho portal, por donde salía tenue y olorosa humareda; los pasos resonaban huecamente; pasaron dos hombres rasurados hablando de política; cruzáronse con la blonda y ojerosa Rosita Gil; en el fondo de la botica vieron el grupo gesticulante de contertulios: los malgastadores de entusiasmo, como los llamaba el difunto doctor; sobre la gasa verde tendida encima del escaparate de la confitería, zumbaban las moscas; contra una reja, un rostro de mujer se achataba para acercarse al hombre que la hablaba desde la acera... La noria de Guardamar rodaba lentamente sus canjilones, cual si quisiera acentuar para Elvira su sensación de vulgaridad y de fastidio...

Llegaron al puerto. En el agua densa, profunda, las luces se reflejaban en trémulas líneas que parecían deseosas de llegar al fondo; las montañas cerraban el horizonte de modo tal, que el mar parecía preso; hacia el embarcadero percibíase ruido de remos y fosforescencias; oyeron un canto a la vez grosero y poético, alejándose: era un pescador. Luego dominó esa

vasta tranquilidad que los ruidos pequeños realzan en lugar de turbarla.

Un poco sobrecogido por la envolvente quietud, el padre dijo:

—Mira qué estrellado está el cielo... Hay tantas estrellas, que alumbran un poquito lo alto de los montes... ¿En qué piensas? ¿Verdad que a veces, cuando está la noche tan hermosa, se queda uno así, sin pensar en nada y como si fuera a pensar de pronto en muchas cosas a la vez?

A Elvira le costó trabajo asentir con el gesto. ¿Era posible no pensar en nada? Aquel volcán del cerebro, en ella tan vivo y dañoso, ¿existía en otros apagado? ¡Ah, no; siempre preferiría el flujo y reflujo de esperanzas y afanes al marasmo; todo, incluso el dolor, era preferible a ese vivir amorfo, a esa imitación de la muerte!... ¡No, no, no!... Luchar, sufrir, gozar, con el bien o contra el bien; pero no entregarse sin combatir. Tal vez la verdadera dicha no estuviese en llegar, sino en correr palpitante tras una luz real o ilusoria. Y cual si su esfuerzo por sintetizar sus ansias materiales y espirituales fructi-

ficase de súbito, el mar y el firmamento polarizaron en la encalmada noche los significados alegóricos de la realidad y el ensueño; el cielo, que acaso no existiera, mostrábase arriba vasto, tachonado de vivas chispas; y el mar indudable, el mar lleno para otros de cóleras en las tempestades y de hondas transparencias en las bonanzas, era para ella, pobre soñadora perdida en un pueblo español, charco mezquino del que, a veces, se exhalaba un triste olor a podredumbre.





III

Y un día, de pronto, por una de esas fuerzas imprevistas cuya sola esencia parece imposible que pueda llegar en la endeble envoltura de un sobre, el ritmo monótono de su vida varió de velocidad y de rumbo, hacia la aventura.

Su ama, la que al año de criarla emigró del pueblo a la Argentina y casó allí con uno de esos creadores de grandes fortunas más ricos de voluntad que de escrúpulos, estaba en Madrid y la llamaba. La carta, un poco incoherente, tenía algo raro que el estupor y la alegría no dejaron en el primer momento advertir.

«Ven a pasar un mes con nosotros... Estoy triste... Mi hija se murió ya hace tres meses, y en cuanto el dolor me dejó pensar, he vuelto a acordarme de ti... Tú no sabes lo que te he querido, y tampoco yo lo sabía mientras vivió ella; pero ahora mi cariño ha vuelto y eres otra vez la de antes: mi nena, mi hija también... Pregúntale a tu madre y te lo dirá: el día antes de marcharme a América sentí necesidad de verte, y fuí, desde el pueblo donde trabajaba hasta Guardamar, a pie... Llegué con los pies hinchados, casi muerta...; ¡pero te vi!... También ahora vengo por verte desde muy lejos... Ven sin demora y no me hagas ir a buscarte... Sólo si tú no vienes seré capaz de volver a ese pueblo, que ni por ser mío deja de serme odioso... ¡Sufrí tantas injusticias en él!... Con ésta recibirás un recuerdo para Emma y lo que tú necesitas para venir. No tardes. Telegrafíame al recibir ésta...»

Había entre la precipitación temblorosa de la carta una emoción que en seguida alzó en Elvira ecos. Su ama, la casi olvidada, la que casi la olvidó también al tener una hija verdadera a

quien dar íntegros sus tesoros de maternidad, reapareció poco a poco en el recuerdo. Como las imágenes fotográficas surgen por misteriosa acción del reactivo, así en su memoria dibujábanse remotas escenas que ni siquiera sospechaba estuviesen grabadas en ella. Y, paralela al proceso de la memoria, la sensibilidad perfumaba las lejanas remembranzas con vibraciones de ternura; las evocaciones aparecían en la distancia pulidas, libres de toda desproporción, y con la dulcedumbre propia traíanle aún otra refleja, dimanada de su constante temor de ser cerebral, enjuta de espíritu, seca, como pretendían Emma y su madre.

La dádiva que acompañaba la carta excitó la codicia de los suyos, y dió al desgranar de viejas memorias relativas al ama una simpatía afectiva que sin duda no habría tenido de regresar pobre y pedigüeña. Cada cual ponía su elogio en la letanía de añoranzas:

—Tú no sabes lo que te quería... Pasaba horas mirándote, mirándote, y de pronto se le saltaban las lágrimas...

—Cuando estuviste enferma te veló diez no-

ches sin casi moverse de tu lado. Todos nos rendimos menos ella. Tenías una sed terrible, y hubo que quitar del cuarto los jarros, la palangana y hasta los floreritos de un altar que había entonces. Y te tirabas como loca a los brazos del ama, para chuparle la cara, por donde le corría el llanto... ¡Mira que esa mujer te quiso!

—Aquello de andarse treinta y ocho kilómetros sólo por no irse a la Argentina sin verte...

—Y parece que es rica..., riquísima... ¡Ah, si tú supieras aprovechar!

—Hay que decidir en seguida el viaje... Hoy se telegrafía y el lunes mismo puedes salir.

Mientras se preparaba su marcha, vivía Elvira en sonambulismo. Escenas y emociones dormidas en el fondo recóndito de la memoria, reavivábanse suavemente, y le parecía entrever fugitivas caricias, oír el timbre de una voz querida, estar en vísperas de encontrar, cual en una de esas novelas inverosímiles, a su verdadera madre. Esta sensación causábale remordimiento, y entonces se acercaba a doña Julia para darle abrazos y besos bruscos, que

eran repelidos con desabridos ademanes y aflautados gritos.

En todos los de la casa advertíase respecto a ella un cambio; dijérase que una atmósfera hecha de envidia y de menudas adulaciones a la vez, la envolvía. A veces las miradas no bastaban, y las palabras descubrían el pensar oculto de su hermana o de su madre:

—¡Quién fuera tú!—solía suspirar Emma.

—Esta hija mía nació con suerte—chillaba doña Julia.

El día de la marcha, las deferencias se extremaron. A la estación acudieron varias amigas a las que, obedientes a la recomendación de reserva hecha por el ama, sólo se les dijo que Elvira iba a pasar un mes con unos amigos de Madrid. Doña Julia afirmaba esto con perfecto acento de verdad, y nadie, ni los más suspicaces, habrían podido adivinar, al oírla referirse a aquella antigua amiga «a quien acababa de tocarle la lotería», que era el ama vejada, expoliada antaño en la riqueza más pura de su ser, en el jugo maternal, que dejó de pagársele en cuanto se convencieron de que, seducida,

no por la majeza de un zafio, sino por el anhelo subconsciente de concebir y cuidar a un ser pequeño y gemebundo, daría por forjarse la ilusión de que no había nacido muerto, no ya la leche melificada en sus entrañas, sino el trabajo de su cuerpo y su vida toda.

En el andén, ante la ventanilla donde se apoyaba Elvira, del grupo apiñado frente a ella salían las últimas recomendaciones:

—Que escribas en cuanto llegues, ¿eh?

—El jefe del tren entrará a cada rato a preguntarte, por si algo se te ocurre.

—Que nos mandes los figurines últimos.

—No dejes de tener en cuenta mis consejos; sé práctica siquiera una vez, hija.

—Adiós..., adiós...

Y poco a poco la marquesina de la estación fué alejándose, ensombreciéndose, hasta parecer un túnel en el que apenas adivinábase el precipitado aletear de los pañuelos.

El tumulto de ideas y la sensación inevitable de la primera partida causaron en Elvira un

minuto de estupor. El tren trepidaba sobre las plataformas metálicas, perdía su ritmo al tomar las curvas, parecía más fragoroso y rápido al cruzar entre los altos taludes graníticos. Y al fin, la campiña apareció dilatada, serena en la media luz de la tarde, vigilada desde todos los bordes del inmenso círculo, cuyo diámetro parecían ir trazando los railes por las altas montañas inmóviles.

Al salir del letargo espiritual, Elvira percibió claramente que el adiós más sincero de su alma no era para las personas, sino para las cosas, para los paisajes familiares... «Hasta aquel repecho habían llegado hacía dos años, una tarde de excursión; bajo aquellos olmos dorados por el otoño merendaron otra vez; en aquel picacho estuvo un día con el jorobadito para ver, muy a lo lejos, un pedazo de mar libre, casi ígneo bajo el sol...» Y después ya todo era nuevo: los viñedos, los cenicientos olivares, las planicies de largos surcos semejantes a radios de inacabable rueda... El pueblo quedaba detrás, reducido a su real pequeñez, y Elvira sonreía a la esperanza y respiraba con la boca entreabierta, feliz.

Ni siquiera pensaba en las gentes extrañas que iba a conocer; sólo pensaba en que se iba, en que escapaba de su prisión. Y cuando los bordes del cielo empalidecieron y venciendo la resistencia de los últimos celajes purpúreos y morados cayó la noche, aun sus ojos, muy abiertos, obstinábanse en penetrar las tinieblas que, de tiempo en tiempo, rasgaban haces de chispas desprendidas de la locomotora.

Una voz asmática cantó un nombre—«Villa Rubia»—, y entonces recordó que aquel era el pueblo desde donde el ama fué a pie hasta Guardamar sólo por verla. Este recuerdo la conmovió con tan dulce e insospechada ternura, que hubo de pestañear varias veces para estrangular las lágrimas que desde hacía tanto tiempo sólo salían de sus ojos impulsadas por el despecho o por la ira... ¡Ah, no; ella no era insensible, no era descastada, según el reproche frecuente de su madre!... Era que su casta, indócil al entronque ciego de la naturaleza, obedecía a la atracción voluntaria; que su sensibilidad vibraba sólo por misteriosos motivos; que por fatalidad de su anhelo vivía huérfana entre

sus padres, sola junto a su hermana, aislada entre su pueblo... No se había conmovido al partir el tren, verdad; pero ahora, en el pasado, el recuerdo del paralítico, que tanto la echaría de menos, enturbiaba su júbilo; y en el futuro, la mujer casi desconocida que volvía a buscar en ella la hija necesaria para su destino maravilloso de madre, removía en sus sentimientos uno de aquellos resortes secretos, no sólo ignorados de los suyos, sino también de ella misma, que tantas veces se había juzgado insensible, hosca, mala...

La noche fué febril, de ilusiones y temores súbitos, de pesadillas. Por la madrugada el sueño acogió durante varias horas su espíritu cansado, y el jefe del tren, que vino a traerle el desayuno, no se atrevió a despertarla. El sol fué menos considerado, y entró por la ventanilla a media mañana, alzando un polvo fastidioso de respirar y admirable de ver. Elvira despertó ágil, optimista, sacudida por una impaciencia que habría querido acelerar las horas. Poco después apareció en la lejanía Madrid.

Apenas se detuvo el tren, la conoció en seguida, a pesar de diferenciarse la imagen real de todo recuerdo y de toda preconcepción. No era la mujer rolliza y saludable entrevista en las remembranzas; era una pobre mujer ajada, envejecida por el dolor, con dulce rostro mortecino en el que parecían muy hondas las ansiosas luces de los ojos. También ella la conoció y vino a abrazarla en una carrera frenética, que hizo detenerse a muchos viajeros:

—¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¡Al fin!

—Vamos, cálmate, mujer...—decíale un hombre grueso, de tez asoleada y enorme cadena con dijes: sin duda su marido.

—Déjame... déjame... ¡Tú no puedes comprender esto!... ¡Déjame tenerla un rato así!... ¡No te separes!... ¡Hija mía, hija mía!... Hija mía sola, ¿verdad?

—Si no me separo... cálmese... cálmate.

—¡Hija de mi corazón!

—Está muy nerviosa la pobre, ¿sabe? Discúl-

pela, pues... Vamos... *Andáte*, que ya tendremos tiempo de hablar de todo...

Y volviéndose hacia Elvira, a modo de explicación, prosiguió:

—Al morir la nena se le entró usted en el recuerdo, y como yo por complacerla no reparo, aquí nos tiene... ¿Usted será tan buena de ayudarme a curarla?...

—Con toda mi alma... Apóyese en mí...

—No, dime de tú... Llámame mamá.

Salieron. Los esperaba un coche. Camino del hotel, el ama sufrió otro acceso histérico. Elvira estaba muy emocionada también; pero no pudo dejar de observar cómo el dolor había ennoblecido a la pobre mujer hasta ser imposible identificar en ella la villanía de origen. ¡No en vano le gustaba a ella sufrir! Sin duda el marido no debió penar nunca; bastaba verlo. Aunque deferente y obsequioso, dejaba traslucir, bajo la melosidad del tono criollo, algo enérgico y perentorio en el carácter. Acababa de conocerlos y ya pretendía establecer diferencias, adivinar secretos. ¡Ah, nunca podría ser metódica y cauta!

... En el fondo del coche, la boca dolorosa le sonrió. Llegaron al hotel—uno de los mejores—, y desde aquella misma hora inicióse para ella una vida extraña, atrofiadora en su descompasado dinamismo: la vida de quien se obstina en precipitar las horas y en percibir de golpe, merced a distensión de los sentidos, lo que el espíritu, por rápido que sea, necesita algún tiempo para fijar.

Salían temprano, siempre en automóvil, y recorrían incansables esas estaciones del turismo de las cuales queda un recuerdo cinematográfico. Museos, palacios, parques, teatros, pasaban en el vértigo de la actividad. Elvira estaba tan saturada de su pueblo, que durante los primeros días ocurríale un fenómeno absurdo: encontraba en muchas fisonomías parecidos con personas de Guardamar. El vaivén continuo de la muchedumbre, la despreocupación de las gentes en los paseos, el lujo de los escaparates, la apariencia de vida fácil en el hotel, y hasta el aspecto refinadamente maligno, clandestino y exacerbado que adquirían tantas caras en esa hora del crepúsculo en que los arcos voltaicos

empiezan a derramar la crudeza tililante de su luz, dábale la impresión de haber llegado a una ciudad fabulosa; y tardó varios días en percibir, tras el oleaje espumante del bienestar, esa otra ciudad oculta siempre en los grandes núcleos humanos a las miradas superficiales, que cambia el pan por anemia y nada sabe de las diversiones. Su contacto con esa otra ciudad resignada con su dolor, ruborosa de su dolor, despertó en su alma la voz de la inquietud por su propia vida. El descubrimiento fué fortuito: entraron en una casa lujosa y, al pasar por el patio, vieron en una de las ventanas de los pisos altos a varias muchachas trabajosamente curvadas sobre los bastidores de bordar. Esto bastó a Elvira para comprender de cuántas amarguras alimentábase el lujo muelle, y cuántas lágrimas había cuajadas en cada uno de los brillantes que el ama le daba a escondidas, pidiéndole que los guardara cual si sólo fueran golosinas fútiles escamoteadas a la vigilancia de un padre severo.

Y algo, no ya de padre, sino de dueño torvo, tenía el argentino. En las obsequiosidades que

dedicaba a Elvira, adivinaba ésta una fría indiferencia personal: eran sólo derivaciones del inmenso cariño que tenía a su mujer. Ante la enferma, como Aquiles ante la lanzada dirigida al talón, su serenidad dominante se plegaba, se disolvía en una inquietud donde la ternura y el terror se mezclaban en acerbo tumulto. Si Elvira hubiera tenido siquiera algún antecedente de su carácter, habría advertido, de seguro con extrañeza, el fenómeno de que aquel sojuzgador de la vida sentía la necesidad de ser dominado en el hogar, y ponía una complacencia incansable en adivinar y satisfacer hasta los gustos más arbitrarios de su esposa, cuya tiranía blanda, indolente, sólo tomaba carácter de altiva intemperancia si, al recuerdo de la hija muerta o al amor de la hija recobrada, pretendía él, en nombre de la prudencia y de la salud, inferirles algún menoscabo. Mientras más se esfumaba el recuerdo de la muerta, más se exaltaba el amor a Elvira; y a veces llegaba por sus arrebatos, por el desesperado frenesí de las caricias, a darle miedo. En los pasillos, en los antepalcos, en la misma calle,

apenas se quedaban solas, los dos brazos esqueléticos estrechaban su cuello; y de la boca, tan irreparablemente contraída que obligaba a pensar en una mueca de la calavera, salían ya confidencias, ya promesas, ya reproches:

—Tú no hagas caso de verlo frío en los primeros días. Él hace siempre mi voluntad, y ya verás cómo me deja ir a casa de un notario a ocuparme de ti.

—¡Oh, no, no me hables así!... Yo no quiero nada más que verte sana y alegre.

—Sí, tontina; si yo siento la muerte... Y quiero dejarte a cubierto, porque eres mi hijita idolatrada... Bésame... Bésame mucho... ¡Así!... Él tiene un carácter terrible; pero es con los demás... Para mí fué un santo desde el primer día... Ya ves, sus hermanas, dos pécoras, no las trata porque yo no las quiero... Tú procura serle simpática, y descuida.

—Si yo no pido nada; si a mí me basta con esto, con estar a tu lado y servirte de algo...

—¿Verdad que ya no volverás nunca al pue-

blo, que serás mi hija para siempre?... ¡No calles!... ¡Tú no me quieres como yo a ti!

Y la ansiedad de sentirse desmentida, le temblaba en los ojos y en los labios.

Pasados los primeros días, el cuerpo de Elvira se fatigó, y en la fantasía, cansada también de tantas mudanzas, las imágenes familiares se reavivaron. Asomada a aquella nueva ventana de la vida, esforzábase en recoger datos para resolver su propio problema; mas las diferencias, ventajas e inferioridades discernidas en los ejemplos objetivos, reducíanse, tras lentas simplificaciones, al común denominador de la sensualidad... El enemigo eterno de las mujeres era el deseo que encendía en los hombres; podían pasarse al enemigo y triunfar con él; pero, ¿y luego? Acaso por cuanto tiene la lujuria de agotadora se venguen ellos con tal crueldad, rechazándola de todas las colaboraciones puras, obligándola a buscar la única solución a sus vidas en el huerto del pecado legal, o en el jardín artificial donde lo prohibido refleja, por espejismos satánicos, la fatiga con

apariencias de lozanía y las mandrágoras cual castas azucenas. ¿Qué porvenir esperaba a las hermanas desconocidas que, bajo diferentes trajes—ya cubiertas con tules y joyas, ya con pobreterías bien cuidadas, ya con esos harapos sin rubor de los vencidos—, paseaban por hoteles, teatros y calles su juventud y su afán de encontrar una salida hacia la dicha? El mismo, el mismo siempre: la hora de enajenación sexual irresistible, igualitaria, devoradora de virtudes y cálculos, de cautelas e ímpetus; el minuto agónico, ante el cual llameaba el volcán del deseo y tras el que abríase, lánguida y tormentosa, la larga hora del cansancio y las desilusiones.

En torno de todas vió Elvira el mismo círculo opresor de concupiscencias; detrás de cada riqueza o de cada gracia femenina, un hombre o varios en acecho. Como si para que cada varón tuviera un rato de turbia alegría fuera preciso que tuviera la mujer muchos de pesar, había en los asedios algo de descarnado, de impaciente: la mujer era el camino hacia el goce o hacia la riqueza; y hasta cuanto dominaba percibíase

en su predominio esa exacerbación que hace a los tiranos gastarse en el esfuerzo y estar temiendo siempre el embate derrocador... ¡Ah, la historia doméstica sólo cambiaba de paisajes, de modos; el episodio central era el mismo!...

En vano escrutó las cajeras de los almacenes, las modelos de los modistos, las actrices, las cloróticas del Conservatorio exprimidas por la esperanza familiar de redimirse de la pobreza mediante una actitud engañosa y condenadas a trocar en sonsonete la música divina de Juan Sebastián Bach. Todo era lo mismo... ¡Lo mismo! La vida aparecíasele a modo de un arte en el cual sólo la maravillosa injusticia del genio determinara ese triunfo pleno que prolonga la juventud y a veces se paga tan caro en la vejez... Muchas veces, pensando en todo esto, su frente se abultaba, se ensombrecía, y el ama, abrazándola con arrebatos de loca, le preguntaba ávidamente.

—¿Qué le pasa a mi nena?... ¿Por qué se pone así mi nena?

—Nada, no era nada, de verdad.

—No me gusta verte triste... Ya verás cómo

tu mamá lo arregla todo para que tengas alegría...

Y multiplicaba sus besos, sus regalos.

Por las noches, cuando se acostaban, en la oscuridad, Elvira la oía llorar; y después de hacerse largo rato la dormida, impulsada por una impresión creciente de miedo, le preguntaba en voz muy queda.

—¿Qué tienes?... No des más vueltas... Trata de dormir.

—No puedo... Me parece que dormir es robarle tiempo a la dicha de tenerte a mi lado. Déjame ir a besarte... ¡Una sola vez!

—No, que te vas a enfriar... Te tiro el beso desde aquí... Hasta mañana... Duerme del lado derecho para que no tengas pesadillas como anoche...

Y la pobre mujer se esforzaba en obedecer; callaba durante largo rato, y luego empezaba de súbito a hablar a borbotones, entre contenidos sollozos, llamándola tan pronto por su nombre como por el de la hija muerta. Y Elvira, mientras se esforzaba en vencer el terror, pensaba en la frialdad amorfa de su verdadera ma-

dre, en el espíritu antifamiliar—en el sentido de compenetración—y antiamoroso—en el sentido de exaltación fecunda—de su casa; y una congoja seca, lancinante, ahuyentábale también el sueño.

Una noche, a pesar de sus palabras y del bromuro, la excitación del ama fué en aumento y, al levantarse para calmarla, Elvira notó que tenía fiebre altísima. Se vistió y fué a llamar al marido, que dormía en una de las habitaciones próximas. En seguida sobrevino el delirio, y cuando el médico llegó casi no tuvo que hablar para advertirles de la inminencia del supremo riesgo... Sólo dos palabras escapábanse ya claras de los labios de la enferma: «¡Hija mía... hija mía!», repetidas interminablemente. Le pusieron bolsas de hielo en la cabeza, la sangraron; pero ya era inútil. La poderosa deidad que la iba al fin a reunir con el ser perdido estaba a su cabecera, invisible, dispuesta a cortar con su guadaña todas las trabas humanas urdidas por la ciencia... En la amplitud del lecho, el cuerpo, consumido por los pe-

sares, apenas dibujábase bajo la colcha; y de la cabeza, envuelta en la maraña de canas prematuras, destacábanse los ojos levemente estrábicos y la línea ya cárdena de la boca, de donde brotaba un quejido monótono parecido al canturreo con que se arrulla a un niño... Hasta al entregarse a la Muerte debía aquella madre dar a su dolor el ritmo nostálgico de una canción de cuna.

Elvira asistió atónita a aquel drama fulminante. Nunca había visto un muerto, y, sin embargo, no tuvo miedo. ¡De lo que ella tenía miedo era de la vida! La congestión cumplió su obra en poco más de cinco horas, y sobre el revuelto tumulto del cuarto del hotel, sobre los baúles entreabiertos, los trajes mal colgados y los encargos sin desenvolver aún, dijo la quietud del cadáver, sin palabras, la inutilidad de tantas vanidades baldías... En el hotel se ocultó la muerte, y el entierro fué a media noche: había que escamotear la visión fúnebre a aquellas gentes alejadas de pensamientos trágicos por la existencia desordenada, fuera de su ritmo cotidiano. Elvira durmió sola en su cuarto,

y casi no se dió cuenta de la anomalía de estar allí, apartada de los suyos, unida tan sólo en la vasta ciudad a un hombre entontecido por el golpe, a quien ningún vínculo real la ligaba luego de muerta ella.

En su alocamiento, en su incesante ir y venir de paseos, de tiendas, de teatros, sólo algunas cartas lacónicas a su casa y una postal al jorobadito había tenido tiempo y ganas de escribir. Su telegrama participando la noticia debió producir en Guardamar un choque inesperado y terrible. ¿Vendrían a buscarla?... Quizás... ¡Ojalá no!... Tenía necesidad de ensimismarse para volver a encontrar el cabo perdido de su voluntad y de sus propósitos... Durmió entre sobresaltos, y a la mañana, ya tarde, vinieron a decirle que las hermanas del viudo habían llegado.

Eran dos mujerucas secas, hurañas, muy parecidas físicamente, con ojos sagaces entre las humildes mantillas: de esas viejas tempranas que se conservan durante muchos años invirtiendo el fuego de las pasiones nobles no vividas en oblicuos prejuicios y en odios, perseguidoras

implacables de los pecados de amor, beatas de éxtasis ante las ceremonias y palabras sensuales del rito, feas y agresivas, amazonas de las guerrillas de la Iglesia. La acogieron con frialdad, con animadversión, y le dijeron casi que era una advenediza y debía irse sin demora. Transcurrió la entrevista entre reticencias: «Ellas respetaban mucho la memoria de la muerta para permitirse juzgarla...» «De seguro que el Señor misericordioso, al hacerlo, no tendría en cuenta su carácter atrabiliario y su manía de rodearse de gentes de poco más o menos, que sólo iban al olor de la riqueza.» «¡Lo que su pobre hermano había sufrido!...» El orgullo de Elvira estuvo a punto de diluirse en una pena sosegada, incapaz de rebelión; pero reaccionó ante aquella codicia temerosa de ver compartidas las migajas del festín interrumpido por la Muerte, y decidió irse aquella misma noche, como quien huye.

La actitud del viudo al reponerse del primer amodorramiento, acabó de desconcertarla; ya no era el hombre pasivo y melifluo que a todo accede para tener contenta a la mujer; era otro hombre escueto, áspero, que le permitía expli-

carse su paso, hasta entonces no comprendido, del minúsculo comercio inicial al papel difícil de domador de hombres y de millones. Cuando le significó su deseo de partir aquella misma tarde, no se opuso; las hermanas ni siquiera disimularon su alegría.

Despechada, colérica, con el asco de que fueran a creerla capaz de llevarse algo o a registrarle el baúl como a una criada a quien se despide, tiró sobre la cama cuantos regalos había recibido y partió... Partió hacia Guardamar, porque no sabía otro camino del mundo. Y cuando, después de telegrafiar en la estación misma, se acomodó en el tren, y el jadear de la máquina y el olor bituminoso del mismo anudaron las sensaciones presentes con las interrumpidas quince días atrás para caer en los brazos maternales de la que ya estaba bajo la tierra, la invadió una sorpresa, una decepción, una desesperanza infinitas.

OTRA vez el torturante monólogo interior volvió a encadenar sus interrogaciones y recuerdos; los recuerdos de aquellos quince

días de ilusión inconfesada, de actividad, de escudriño febril en cien formas de la vida que ni siquiera había presentido, apagábanse poco a poco para dejar libre curso al caudal del dolor y de la incertidumbre. Se acordaba más de la fragancia serena de una tarde que pasearon por la Moncloa o del aire dorado de una mañana que madrugaron para ir al Retiro, que de la muerte misma... En dos o tres ocasiones le pareció sentir la impresión de ingravidez, de irresponsabilidad, que le comunicó en un té del Ritz la musiquilla voluptuosa y desmoralizadora de la orquesta de *zínganos*... Mas poco a poco, a medida que la noche avanzaba, la certidumbre del viaje estéril, del regreso casi ridículo, de su cobardía de volver sin haber sacado, ya que no ventajas materiales incompatibles con su dignidad, siquiera enseñanzas y respuestas para sus dudas, menguábale el ánimo... Al nacer el día el paisaje tornóse familiar, antipático. Serían las diez cuando vió los olivares cenicientos, los alcores donde fueron a merendar, el pedazo de mar color cobalto bajo el sol mañanero... Y mientras el molino de la imaginación giraba en las eter-

nas preguntas: ¿Cuál es el sentido de la vida, el goce individual o el altruísmo? ¿Cómo reducir a un mínimum el desequilibrio entre el anhelo y la posesión?, sintió un dolor agudo en el alma.

Allá lejos, al término de una curva, apareció la marquesina de la estación, que se fué acercando, agrandando... Aún le quedó un momento para pensar: «La vida no es una tela sobre la cual se pueden bordar los adornos, sino una tela cuyos adornos hay que ir haciendo paso a paso al tejerla...» El tren trepidó sobre una plataforma metálica y entró en el andén... Doña Julia, Emma y su padre la esperaban interrogativos... Al abrazarla, su padre le hizo daño con una de sus uñas, y como si aquel mezquino sufrimiento fuera la grieta por donde el dolor inmenso y contenido de la desilusión se precipitase, las lágrimas se desbordaron de sus ojos, y lloró largo rato inconsolablemente, estremecida.

—Vamos, cállate...

—No hagas el paso, mujer; no es para tanto —chillaba doña Julia.

—Debiste avisarnos y no venir así...

—Menos mal que has aprendido a llorar...

—Ea, ¡trágate esas lágrimas!

Y su esfuerzo para tragarse el llanto incomprendido fué tan violento, que hasta mucho después de llegar no se atrevieron a abrumarla bajo el alud de las preguntas.





IV

A los dos o tres días de estar de regreso, los episodios de su estancia en Madrid adquirieron en la mente de Elvira tal vaguedad de contornos y tal trastrueque en el orden de sucesión, que le parecían algo reflejo: un sueño o el recuer'o de una lectura. La muerte del ama, con sus escenas intensamente dolorosas por lo cortas y súbitas, desvanecíase en la memoria, mientras que el ambiente y la dulce fragancia de un parque, el rostro depauperado de una obrera o el gesto sombrío de una de las muchachas que iban a examinarse al Conservatorio, adquirían extraño relieve. Elvi-

ra apenas si se sorprendía de recordar con tal fijeza cosas que ni siquiera había creído observar. Y es que en su cerebro, torturado por la idea centrípeta de hallar soluciones al problema de su juventud, las imágenes concordes, aun las más pueriles, se impresionaban a impulso de una atracción ajena a la voluntad y al cálculo.

De sus torturadores soliloquios surgió, al fin, la idea fija de que el matrimonio era la única ventana abierta hacia la luz en las tinieblas de su esclavitud filial. Era preciso, ante todo, salir de su casa, dejar de sentir la inquietadora sugestión del sexo, casarse. Pero ¿a quién elegir? Bien pronto supo mejor aún que don Marcos, el usurero, el estado de los peculios. Fué una labor lenta, sagaz, que le ocupó muchos días, sirviendo de derivativo a la cólera y a la exasperación, deseosas a veces de desbordar su violencia por sobre los diques elevados a costa de pacientes esfuerzos. Durante muchas horas, sin perder dato, sin permitir a la simpatía intervenir en las compulsaciones, revisó uno a uno todos los partidos del pueblo, hasta dividirlos en dos grupos: los seguros y los posibles. Los

seguros eran los ricos; los posibles, los que siendo en la actualidad pobres parecían capaces de triunfar por la argucia o por la fuerza. De los primeros había seis; de los segundos, dos; en el resto de la juventud masculina del pueblo era inútil pensar: guapos mozos a lo más, almas conformes, pobres muchachos que querían vivir sin las amarguras de la meditación sus días juveniles... Nada, nada, según Elvira.

Los muchachos ricos le repugnaban por su ordinariez: parecían ir sonando siempre el producto de las cosechas; y además eran los más difíciles: a los egoístas temores de perder la independencia, unían la menor necesidad de cambiar de estado, pues casi todos calmaban sus apetitos en viajes a la capital y en juergas celebradas en los mismos ventorrillos adonde, los domingos por la tarde, solían ir a merendar muchas señoras y muchachas, que miraban las puertas con complacido recelo, temerosas, y deseosas a la vez, de percibir reminiscencias de las clandestinas orgías... Esto le cerraba casi por completo las perspectivas: no ignoraba que gran parte de sus sinsabores domésticos tenían

por origen la penuria. En la balanza fueron pesadas con exactitud las ventajas y desventajas de cada uno, y el recuento fué tan estéril, que estuvo a punto de desistir del camino matrimonial y arriesgarse por uno de esos atajos que acortan mucho o conducen a principios de ignominia. Esta incertidumbre duró varios días, y sin la presencia de la única persona que no podía estorbar con oposición material sus planes —el abuelo—, se habría lanzado a cualquier desatino, fríamente, sistemáticamente. Si la libertad y la dicha hubiesen estado encerradas en una caja que fuera preciso robar con la ganzúa del vicio, habría tomado la apariencia viciosa sin dejar de ser casta. Su aparente equilibrio estaba mantenido por la pugna de fuerzas opuestas de violencia igual; mas en cuanto una de ellas flaquease, la crisis, la catástrofe acaso, se podría desencadenar. Ni su padre, ni Emma, ni doña Julia, se percataban de su estado; pero cada vez que Elvira entraba en la habitación del paralítico, tenían los marchitos ojuelos tal chispa de desconfianza que, para no afrontarla en silencio y no descubrir su turbación, hilvanaba

una charla voluble, sin pausas; y en cuanto se detenía siquiera para respirar, él la atajaba con palabras de clarividencia:

—Tú no estás pensando en lo que dices, paloma.

—¡Qué cosas tienes! ¿En qué he de pensar?

—En algo que me ocultas..., que está no sé si cerca o lejos de aquí; pero que no está en tu parloteo.

—¿Vas a creer que estoy enamorada? Eso se queda para Emma, que tiene una pasión eterna cada ocho días.

—Ya sé que tú no estás enamorada... ¡Ojalá lo estuvieses!

—¿Y quién te iba a cuidar entonces?... Acuérdate de lo que has pasado mientras yo falté. . No, no... Por nada del mundo quiero enamorarme... Enamorarse es dejar de ser de uno mismo para ser de otro... Yo quiero ser tuya y mía nada más... Me gusta sufrir a tu lado.

Y él, sin convencerse, insistía:

—Lo peor es que te guste sufrir también sola... Necesito dejarte casada... Por eso no me he muerto aún.

Aquella adivinación del viejo ya caduco para todas las demás ideas de la vida, la enternecía y le demostraba, en síntesis, la eficaz virtud del cariño. La inteligencia nublada hasta el punto de involucrar los recuerdos más próximos, daba su postrera lucidez al temor de ver descarriada la nieta preferida. El rencor al hijo, el incomprensible miedo a la muerte, que obligaba a los otros a responder a sus preguntas sobre el paradero de sus compañeros de juventud—fallecidos casi todos ya—diciendo que seguían vivos y sanos, hasta la manía de haber dejado escondido en Venezuela un tesoro, cesaban en cuanto entraba ella. Y una lucidez mitad viril mitad maternal aguzaba su espíritu, dirigiéndolo hacia los rincones de la preocupación que Elvira trataba de dejar más en sombra. Como no sabía los nombres de los jóvenes del pueblo, se orientaba por el recuerdo para insistir en su propósito:

—¿Por qué no te casas con el hijo de Juan el trajinante?Debe tener bien cubierto el riñón.¿No ha salido buen chico acaso? El padre y el abuelo lo eran... Le has de decir que venga a verme.

Muchas veces a ella le era imposible identificar al candidato; y con melancólica envidia pensaba: «¿Se habrá ido del pueblo? ¿Habrá muerto? ¿O será uno de esos seres sin ambición a quienes ni siquiera se les siente vivir?» Su gran memoria apenas bastaba para organizar aquella teoría de fantasmas que seguían estando vivos para el anciano; y le eran menester muchos esfuerzos de desimulo para no descubrir sus ignorancias o sus embustes cuando sobrevenían preguntas repentinas. Los demás solían turbarse, trabucarse, salir corriendo de la alcoba para disimular el error; ella, no: luchaba bravamente, inventaba, y triunfaba al fin. Por eso cuando le daba imaginarios pormenores de alguno de sus amigos, él susurraba adolecido:

—Tú sola te interesas por mis cosas, nena... ¿De modo que ayer te tropezaste con el gran Policarpo Benítez?... De seguro que no está tan conservado como yo; esto de la parálisis alguna ventaja había de tener... Como que no se gasta uno... ¡Vaya con el gran Policarpo!... ¡Hombre! ¿Y si te fijaras en su nieto? Me parece recordar que tenía un nieto.

—No sé.

—Sí, un muchachote con los pantalones siempre remendados... No parecía demasiado bruto.

—Ah, sí... se fué a América—concluía ella para no descubrir que aquel recuerdo había naufragado en su memoria; y, en seguida, medrosa del mudo preguntar de los ojuelos fijos siempre en los suyos, añadía:

—Pero si no tengo ninguna prisa en casarme, abuelito.

Aquella obstinación del anciano venía a veces a diversificar su inquietud. Aunque provecto y desvalido, atribuíale larga experiencia acerca de cosas que en vano se esforzaba ella para adivinarlas. La posibilidad de que aquella zozobra, aquel anhelo, fueran productos meramente fisiológicos, y de que el matrimonio los mitigara o desvaneciese, hacíala mirar con rencor a los hombres. Su inconformidad era al mismo tiempo potro de tortura y motivo de goce recóndito; las noches de insomnio, las cóleras cuando hacíase público uno de los múltiples casos de atropello de la política puebleril, la opresora voluptuosidad que algunas tardes

le daba ganas de llorar por todos los dolores no vengados del mundo, los cien síntomas de su sed de libertad y de justicia, no los cambiaba Elvira por la fofa coquetería de las demás muchachas. Era como uno de esos enfermos orgullosos de la rareza de su enfermedad. Y, sin embargo, esta exuberancia imaginativa no medraba a expensas de la vida física: la mujer fuerte subsistía íntegra en ella; el amor, si venía alguna vez, hallaría vaso apasionado, y sus caricias, a semejanza de la boca de la amada de Salomón, tendrían «el sabor del buen vino que se entra suavemente y desata hasta los labios de los viejos.» Era tan mujer, tan hembra, que algunos hombres bajaban la mirada ante la suya.

Pero los vagos ímpetus del sexo aparecían siempre enfrenados por el temor de que por la expansión de ellos se desmejorase su alma, de la que estaba enamorada más aún que de sus carnes frescas, elásticas y morenas. Los buenos mozos parecíanle objetos apetecibles mientras no pensaba que pudieran vulgarizarla o someterla. ¡Oh, el abuelito sabía mucho! Su remedio

era, sin duda, el específico. A su edad, pasado ese primer hervor juvenil en que se querría vivir cien horas al día y dar parte de la propia gracia, sin temor a menguarla, en cada mirada y en cada caricia, las mujeres vulgares sólo aspiran a llegar al misterio del placer por el hombre, y las menos vulgares, a llegar al trémulo misterio del hijo, no importa si al través del placer, de la repugnancia o del dolor; esto era cierto, sí; cierto en la mayoría de los casos; pero ¿por qué no había de ser ella la excepción gregaria, casi contenta del doloroso privilegio? Ser excepción: he aquí la vanidad irremediable.

Una noche el pensamiento la saturó de tal modo, que las palabras se le desbordaron:

—Si cualquiera de los hombres de aquí, el más feo de todos, tuviera tu alma, abuelito...

—Ha sido preciso que el cuerpo se me pusiera así para que el alma fuera mejor... Ya ves que la compensación es demasiado cara.

—¡Qué importa el cuerpo!

—A tu edad debe importar... Los sentidos se vengan de la inteligencia cuando ésta se vuelve

demasiado presumida como la tuya. Ten cuidado, nena.

Y ella sonreía, sonreía, por no llorar.

MAS sus cuidados eran baldíos: el cálculo la embriagaba; el esfuerzo por fingir la espontaneidad equivalía a una inocente y peligrosa prestidigitación. Decidida a agotar todos los medios antes de rendirse, olvidó la dura certidumbre que todas las apariencias le dieron en Madrid acerca de la imposible manumisión de la mujer, víctima por igual de su propio atavismo de incultura y del ajeno concepto de su papel en la vida; y por sustraerse al cálculo ingénito en ella, calculaba de prisa, como diciéndose: «Esto lo he resuelto dejándome llevar por el corazón.» ¡Es tan fácil engañarse cuando un soplo de anhelo nos separa de la verdad!...

Y así, se puso a estudiar con ahinco para graduarse de maestra. Ni las burlas, ni las exhortaciones familiares, ni el comprobar ante el espejo que enflaquecía, abatieron su tesón. Para no ser gravosa y contribuir a pagar sus matrí-

culas, se cosía los trajes y, muy temprano, con las manos enguantadas para no estropeárselas, ayudaba en las duras faenas, mientras Emma estaba aún en el lecho. En pocos meses acabó los estudios, y sólo entonces, al fin del sacrificio, comprendió que su trabajo había sido estéril. ¿De qué la servía? ¿Qué influencia benéfica iba a tener en su vivir el meterse en un aula a canturrear con quince o veinte párvulos? No; ella necesitaba algo más inmediato, más brillante, más transformador. No era un sentimiento de altruismo el que la guiaba, sino un egoísmo refinado y transcendente. Al través de inmensas separaciones de ignorancia, por misteriosa endósmosis, los jugos que nutrieron el alma bravía de Zaratustra habían infiltrado una gota en aquella almita presa en un cuerpo de mujer. ¡Si tuviera condiciones de artista! El arte era una de las grandes potencias niveladoras del mundo; como el amor—tal vez por ser el amor mismo en su esencia abstracta—, reducía diferencias de fortuna, de clase, hasta de tiempo. Si daba prosapia a los villanos, juventud a los viejos, experiencia a los jóvenes y fortuna a

los menesterosos, bien podía alzarla a ella desde el desamparo infinito en que se encontraba... Y alucinada, fascinada por la quimera, volvió a nutrir y a desencadenar su energía...

Quiso probar en el piano; mas era menester empezar otra vez desde los áridos comienzos falseados en ella por la enseñanza estúpida, y en las primeras nociones de armonía se fué disolviendo su entusiasmo. Quedaba aún el teatro; pero le repugnaba sin saber bien por qué: acaso por la leyenda de liviandad de las actrices, acaso—y esto es más probable—por haber visto en las obras de estos tiempos de decadencia en que el melodrama ha suplantado al drama y la risa grosera a la sonrisa, siempre degradadas las pasiones heroicas. Y su espíritu inquieto iba y venía por el círculo terriblemente vicioso de lo imposible, como un navío de potentes calderas cuyo timón y brújula hubiesen sido arrebatados por el huracán.

Por entonces, la Sociedad obrera del pueblo organizó un mitin, y se anunció que llegarían de Madrid los apóstoles de la revolución. Elvira, necesitada de dar expansiones, por arbitra-

rias que fuesen, a sus inquietudes, resolvió ir. Para conseguirlo hubo de recurrir a halagos inútiles, a ruegos; y al cabo dejó de pedir, decidida a obrar con astucia. Apenas se anunció el mitin, desde el púlpito y los confesonarios empezó a levantarse el sólido muro de insinuaciones, recomendaciones y amenazas, que debía separar a los buenos de los renegados. «La fe sublime en que habíamos nacido», «la Santa Madre Iglesia protectora de España», «los sacrosantos dogmas que no pueden discutirse sin atentar a los fundamentos de la patria, del hogar y de la conciencia», estaban, a lo que parece, en peligro ante aquellos tres o cuatro hombres de trajes descuidados que llegarían poco después a Guardamar en un vagón de tercera clase. Doña Julia y Emma, al convencerse de que el deseo de Elvira no procedía de pasajera excentricidad, se escandalizaron y la llenaron de improperios. Desde su regreso, desde su obstinación en no contar nada del viaje a Madrid ni explicar cómo había sido tan imbécil de volver «con las manos vacías», la hostilidad habíase acentuado. «Sólo le faltaba—dijo doña

Julia—hacerse de esas que por París y Londres tiran piedras en lugar de estar barriendo o remendando calcetines.» Elvira estuvo a punto de argüir los ejemplos innumerables de competencia y abnegación dados por las mujeres, no sólo en las profesiones de tradición femenina, sino en aquellas para el desempeño de las cuales habíase reputado irreemplazable al hombre; mas no queriendo embotar sus armas contra la incomprensión y suscitar nuevas burlas, sólo dijo irónicamente:

—Si se quedara a oscuras como el cinematógrafo, ya sé yo de muchas que irían.

—No sé qué es lo que quieres decir—saltó Emma—. También voy a la iglesia, y no se queda a oscuras.

—Bueno, cada cual va donde le parece... Como es gratis, tengo esperanza de encontrarme a más de una señora; ya veréis.

—Mira tú las pelanduscas que irán.

—Claro, no se trata de esos días de confesión en que tú y tus amigas sólo tenéis que confesar el pecado original... Algo original habías de tener.

—Ya saliste con una chuscada... No puedes negar que has estado en Madrid.

Doña Julia intervino, y entonces Elvira, cambiando de tono, exasperada, rebatió:

—En todas partes, ir a un sitio donde se aprende algo, es un mérito; y si no leyerais otra cosa que el folletín, ya lo sabríais.

—Pero, ¿te crees tú que eres la única leída del mundo? ¡Qué ínfulas! Antes de que tú tuvieras dientes ya había oído hablar tu madre de todas esas trapatiestas, que no son, en el fondo, más que cosas que yo me sé...

—Bueno; tenéis razón.

—Nada, dentro de poco tendremos que hablarte con diccionario.

La cólera que quería Elvira evitar estaba a punto de dominarla, y calló; pero su voluntad quedó erguida y dispuesta para lograr de cualquier modo su propósito. Si era preciso un escándalo, lo arrostraría; quizás para sus planes futuros conviniese sacudirse de un golpe la doble tutela de la familia y del pueblo. ¡Quién sabe! La reunión debía realizarse por la tarde, y esto facilitaba su plan. Con cautela veló el

paso del jorobadito y, cuando pasó, lo detuvo.

—Hola, Antonio; supongo que recibiste mi postal de Madrid.

—Sí; y te la agradecí como no puedes figurarte... Fué muy oportuna. Hay días tristes en que la menor cosa consuela...

—Me alegro más entonces de haberte escrito... Yo también sé lo que son esos días.

—Tú no puedes saberlo, por fortuna... ¡Si vieras cuántas veces la leí! De memoria podría decírtela.

—Pues pensé escribirte una carta larga, y no me atreví. Como desde hace tiempo me huyes...

—¿Huirte?... No... Digo, sí; pero no es de ti precisamente: huyo de todos, porque no puedo huir de mí mismo; y, sin embargo, de ti no... Muchas veces, si no fuera por la necesidad de tropezarme con otros, saldría sólo por verte a ti..., aunque tú no me vieras... Y estoy seguro de que con sólo eso sufriría menos.

—Esa es la verdadera amistad.

—Ya sabes que soy tu amigo de siempre y para siempre.

—Pues los amigos son para las ocasiones...

¿No es así? Necesito pedirte una cosa: ven el jueves por la tarde a la reunión.

—Puedes pedírmela ahora mismo. Sea lo que sea, lo haré.

—No; el jueves. Así te diré algo de lo que iba a ponerte en la carta.

—Me habían dicho que nunca salías a las reuniones.

—Es verdad; pero el jueves saldré por ti.

—¡Hace tanto tiempo que no vengo a tu casa!... Tu madre y tu hermana van a extrañarse.

—En ese caso, no vengas. Yo creía que estabas por encima de habladurías y sandeces, y que tratándose de servirme...

Y él, entonces, irguiendo la cabecita fina sobre las dos jorobas, con un gesto a la vez ruboroso y altivo, prometió:

—Tienes razón... Vendré... Pase lo que pase, vendré.

En la tertulia del siguiente jueves la salida de Elvira produjo tal estupor, que casi no quedó ya sorpresa para comentar la llegada del jo-

robadito y el coloquio de ambos. Eulogio Ochoa coqueteaba en el balcón con Emma, y Cecilia Luque se quejaba al doctor de sus jaquecas pertinaces; mientras, Rosita Gil, sentada con aquella dejadez tropical que sugería siempre a los hombres la idea de que iba a entregárseles a la primera ocasión, ensalzaba lánguidamente, sin cuidarse de la burlona sonrisa de las hijas del director de Correos y de las de Puig, la apostura del nuevo barítono. Sólo doña Julia seguía con curiosidad, donde el cariño maternal se impurificaba por una chispa de codicia, la charla de los dos inesperados contertulios. «¿Iría aquella hija de su alma a hacer por primera vez en su vida algo con sentido común? Antonio no era ciertamente hombre para ella, que merecía un príncipe; pero los tiempos estaban muy duros, y el chico, a la muerte de su padre, quedaría bien, lo que se dice bien. Además, Antonio tenía poca salud; se veía a la legua... Y a los dos o tres años podía Elvira estar sola, y tan ricamente... ¡Ah, si aquella veleta tuviese la cabeza tan bien puesta como Emma!... ¡Si no fuera tan aturdida, tan loca!...»

Elvira hablaba, hablaba con vehemencia, y la pasión embellecía su rostro; el jorobadito la escuchaba quejarse de la vida sórdida, sin ventanas hacia el ideal; de la necesidad de hallar una zona donde ejercer sin restricción el ansia de saber, de gozar con ser útil, de engrandecerse; y, poco a poco, el sentido de las palabras perdíase para él, mientras la boca húmeda y atractiva captaba íntegro su interés, transformándolo en sensual magnetismo. «Se ahogaba en la estrechez material de una casa—decía ella—y en la estrechez moral de un pueblo que, para concluir de parecerle abominable, seguía viviendo su vida de rastreros egoísmos y tropelías mezquinas, sin preocuparse del drama inmenso que se debatía con la sangre y los dolores de medio mundo.» El asentía cautivado, preso en la red tejida poco a poco en torno de su ser viril; y hasta cuando pretendía responder con más incorpórea idealidad a la fraternal complicidad que ella le pedía, le chispeaban los ojos. Al oírla lamentar que las gracias de su cara y de su cuerpo acaparasen la atención de todos sin dejar nada para el espíritu aprisiona-

do dentro, Antonio aprobaba con su manecita de niño; pero los labios un poco trémulos y la brillantez de sus pupilas decían su impresión de hombre: el vasallaje casi bestial ante aquel gestecillo de la boca más persuasivo que las palabras, ante los ojos cambiantes y hondos, ante los brazos envolventes, morenos: brazos de abrazo largo y crujidor; vasallaje ante el imperio de aquel cuerpo, ¡ay!, tan distinto, no sólo por el sexo, sino por la perfección, al pobre cuerpo monstruoso donde también vivía enjaulada un alma inquieta...

Al separarse, estaban ya de acuerdo; él la esperaría tres días después, media hora antes del mitin, frente a la placita de las monjas; ella bajaría con la vieja Dionisia, el ama de su padre, a quien iría a buscar a su casita del arrabal para evitar que las inevitables y casi deseadas habladurías tomaran cierto sesgo, y los tres irían ya, sin recatarse, a ocupar las tres sillas pedidas de antemano. Así se hizo. Y la primera decepción de la aventura fué la facilidad sin obstáculos con que la llevó a término.

Cuando, después, pensaba Elvira en el mitin, sobre las varias emociones dominaba el recuerdo de un agrio olor a muchedumbre. Aquellos discursos de frases gruesas apoyadas por ademanes más que enérgicos descompasados, parecíanle viejos y vanos, a pesar de no haberlos oído jamás. La suciedad, la grosería de las interrupciones, el producirse los oradores en el escenario—símbolo subconsciente para ella de toda mentira ingeniosa—, la certeza de que luego volvería el pueblo y el mundo a seguir el cauce ingente de la injusticia, la desilusionó de improviso, y aun más que las miradas impúdicas de muchos la hirieron como afrentas los requiebros dichos en voz alta, con la impunidad ofrecida por la insignificancia de su acompañante. ¡Cuánto debió sufrir el pobre Antonio aquella noche! Elvira lo recordaba hundido en la butaca, un poco trémulo, como si el tono marcial de los oradores aumentara sus deseos de erguirse. Una vez sus manos se juntaron para aplaudir, y a ella le volvió a parecer un niño.

A partir del primer discurso, el mitin tomó

apariencia de espectáculo, a ratos risible, a ratos indignante. ¿Aquello podía contribuir a descabezar el dragón de las tiranías? ¡Imposible!... El azoro del ama se manifestaba en monosílabos aprobatorios: «Bien», «eso», «cabal». Y entre la mujer que apenas entendía y el cuerpo deforme que, de vez en cuando, rozaba el suyo, sintió Elvira deseos de fugarse, de saltar desde allí hasta su cuarto, hasta debajo de la fuente; de desinfectar su cuerpo y su espíritu; de rehuir la espesa multitud, el cuerpecillo corcovado de Antonio y hasta la vieja nodriza, de cuyos senos, ahora flácidos, había extraído su padre los primeros jugos de su parda existencia.

Y entró en su casa triste, como después de uno de esos pecados fatigosos que dejan el alma siempre insatisfecha y manchada. No pudo comer, y para no soportar la presencia de Emma, la voz cortante de doña Julia y las uñas siniestras de su padre, se fué a sentar al cuarto de su abuelo; allí estuvo acurrucada, silenciosa para no despertarlo, desorientada por su fracaso, a veces con ganas de reír, a pesar de su

tristeza, que sólo el miedo a comenzar la debilidad impedía resolverse en llanto. De pronto sintió los ojos otra vez infantiles a fuerza de vejez abiertos sobre ella, y la voz trémula salió de entre la maraña de plata:

—Contigo estaba soñando, nenita...

—Pues sigue; yo velo tu sueño. Te pondré la almohada mejor... Así.

El anciano volvió a cerrar los ojos; sucedió un silencio, y la voz volvió a oírse otra vez:

—Quiero que no eches en saco roto lo que te dije del nieto de Juan el trajinante... Debéis hacer buena pareja.

Aquel novio imposible, no sabía si muerto o ausente, se asoció en su pobre alma torturada con las impresiones del día, y una de esas congojas incomprensibles, hechas de menudos dolores, la sacudió de súbito ante el abuelo, cuyos brazos, imposibilitados y aislados de la ternura del corazón por la parálisis, no se podían tender hacia ella para calmarla, para acariciarla, para mimarla.



V

El disgusto familiar duró poco y, como siempre, se resolvió en burlas. Ninguno tuvo penetración de inteligencia ni de cariño para comprender las causas de aquella absurda salida en compañía de Antonio y de Dionisia. A la misma Elvira quedóle un desasosiego, un descontento que, durante más de un mes, la obligó a esquivar hasta a los cómplices de la extraña aventura. Su alma seria, casi dramática hasta cuando se servía de la burla, se desgarraba al reconocer que la mofa de los suyos era merecida esta vez; y soportó las cuchufletas de Emma y las intempestivas reticencias

de doña Julia con humildad ajena a su carácter: como todo ser altivo, soportó los castigos justos. Sólo su padre no le dijo nada; cuando aludían al mitin delante de él, bajaba la cabeza cual si también fuese culpable, y clavaba los ojos en las uñas con extraña fijeza, tal vez para no dar pretexto ni con la mirada a envenenar la discusión.

Pronto la vehemencia de su carácter indujo a Elvira a buscar en el extremo opuesto una válvula para que su energía contenida no la ahogase; y doña Julia y Emma la vieron con deleite realizar por sí sola, movida de una especie de frenesí trabajador, todas las faenas domésticas de la casa. No se arreglaba, no volvió a salir a ninguna de las reuniones; ni siquiera se asomaba al balcón en los crepúsculos. Pero esto duró poco; la vida muscular no logró enmohecer los ejes del molino de la fantasía sino corto tiempo; y una noche, inesperadamente, en el yermo de posibilidades surgió una que se fué precisando, mirificando... ¿Cómo no se le ocurrió antes? Catequizaría a Emilito Rocas, se casaría con él, restauraría la casa y la hacienda desmoronadas, e impondría de nuevo al pueblo el sentido

de aquellos blasones que antaño constituyeron casi la causa primera de su fundación. Ya tenía obra en que emplear las fuertes potencias de su alma.

Procedió con tanto método y cautela, que cuando los más suspicaces advirtieron los primeros indicios, ya llevaba andado gran trecho. Su voluntad halló manera de ejercitarse y, fríamente, sin desfallecer ni un solo minuto, aprovechó todos los recursos y modificó muchas contingencias. Emilito Rocas no era mal parecido y, a diferencia de su hermano, que estudiaba en Toledo, conservaba en medio de su pobreza algo de alcurnia. Poco inteligente, abúlico, abrumado por unos apellidos de cuya prosapia y pasado esplendor oyó hablar siempre como de una gloria irremediablemente muerta, tenía, a trueque de cierta prestancia física aumentada por la rigidez, algo receloso en el hablar, cual si temiera dejar traslucir que su nobleza era por completo ajena a su persona. Vivía con su padre—hombre débil, gallardo y gran aficionado a la caza—, con su madre—señora tramposa a quien en muchas tiendas ne-

gábanle ya crédito con el cazurro pretexto de «acabárseles de terminar» cuanto pedía—, y con su tía Adela—santurrona, estulta y despreciadora de la mesocracia—. El desorden, el abandono, el orgullo más momificado que vivo, dominaban la casa. Y, sin embargo, era tal la inferioridad del pueblo, que sin la dejación absoluta de los Rocas su influjo habría sido dominador en la política y en cuanto no se relacionara de manera inmediata y directa con el vital egoísmo de los intereses cotidianos. Para otros, los restos de sus bienes y la fuerza del blasón habrían constituído un nuevo punto de partida; pero en ellos era algo que se desmoronaba; cada día llevábase una migaja de aquellos restos, y el imperativo de la necesidad los forzaba, no sólo a enajenar lo tangible, sino también lo espiritual, lo tradicional. Perdíán hora a hora la aureola augusta de esa superioridad indiscutida de los nobles, sin adquirir la holgura burguesa ni la despreocupación casi feliz del verdadero pobre; perdían el ayer sin ganar el mañana ni librar el hoy de estrecheces e incertidumbres. Elvira, al pensar en esto, apretaba inconscientemente los

puños, como si tuviera en ellos las riendas de un vehículo que fuera preciso detener en el plano inclinado, a cuyo término abríase la sima.

Establecido el primer eslabón mudo de las seducciones, los otros se anudaron lógicamente. Cuando doña Julia y Emma la vieron arreglarse de nuevo con esmero y asomarse otra vez a mirar a la calle, comentaron: «No podía durar tanta belleza»; mas no lograron percibir las causas del cambio. Durante muchas tardes Elvira vió pasar a Emilito en apariencia indiferente, y un día en que al fin su paso coincidió con no haber nadie conocido en la calle, dejó caer el abanico y él se acercó presuroso a recogerlo. Con este motivo entablóse el diálogo:

—No se moleste usted.

—¡Oh, por Dios!...

—¿Me permite que se lo suba?

—Muchas gracias... Voy a descolgar un hilo, usted lo ata, y así se ahorra los escalones. Hay días en que tiene una las manos de trapo.

Y al decirlo, mostró sus manos perfectas en

un ademán que avaloró el talle y el busto. Todavía, antes de entrar, añadió sonriendo suavemente:

—Usted me dispensa, ¿verdad?

—¡No faltaba más!

Cuando, tras largos trámites, el abanico fué amarrado y volvió a manos de su dueña, Emilito saludó y se fué; mas antes de tomar la calle de bajada hacia el puerto, Elvira le vió volver la cabeza, y su rostro se iluminó con una llama de júbilo: la primera piedra de su edificio estaba colocada.

A la tarde siguiente, él volvió a pasar y saludó; Elvira, sin extremar hacia la sequedad ni hacia la familiaridad su breve inclinación de cabeza, respondió al saludo, y también, como el día antes, le vió mirarla al tomar otra calle. A los cuatro días de repetirse la escena no se asomó, y desde dentro sintió sus pasos mucho menos rápidos que otras veces; sin duda quería dar tiempo a que ella saliera; tampoco se asomó al otro día, ni al tercero tampoco; al cuarto salió, y Emilito, sin disimular la alegría, se detuvo para decirle:

—Creí que estaba usted enferma. La he echado de menos mucho... mucho.

—Pues le doy las gracias... Por poco que una sea, siempre ocupa sitio.

—Claro, además que... Lo de la enfermedad sólo me lo figuré el primer día.

—¿Es usted adivino?

—Si lo hubiera sido no habría tenido que preguntárselo a Eulogio Ochoa.

—No está bien eso de averiguar... Conste.

—¿Verdad que me dispensa la indiscreción?

—¡Qué remedio!... Lo que sí le ruego es que cuando quiera saber algo mío, me lo pregunte a mí.

—Entonces hágame el favor de no pasar tanto tiempo sin asomarse... Para que vea que cumplo su orden, voy ahora mismo a pedirle una cosa: permiso para venir con Eulogio el próximo jueves. Aunque sólo conozco a su padre de vista...

—De seguro, él tendrá mucho gusto en conocerle.

—¿No vendré a descomponer la reunión?

—¿La reunión?... ¡Ah, eso es del negociado

de mi hermana Emma!... Si viene a la reunión, hable con ella; pero si lo que quiere es prolongar este rato de charla conmigo, sepa que no descompone nada... Perdone usted, me llaman... Con permiso.

Y respondiendo a la imaginaria voz de dentro, se fué para no volver a salir ya en toda la tarde.

La situación del próximo día le pareció embarazosa, pues era igualmente perjudicial, según sus cálculos, no salir que entablar plática otra vez, exponiéndose a mermar el deseo con la facilidad. Antoñito vino a sacarla del apuro... Casi desde la escapada no habían vuelto a verse; y como el interés del mirar recaía íntegro en las dos enormes jibas donde se apoyaba su cabeza, Elvira no notó aquella tarde su demacración, ni la niebla melancólica que cubría sus anchos ojos almendrados. Al llamarlo y acogerlo con una sonrisa, la niebla comenzó a desvanecerse en el infantil semblante; y al retenerlo las dos veces que esbozó el ademán de irse, se disipó del todo, como si dentro de él acabase de salir el sol. No aludieron al mitin ni

a los lejanos días de la escuela. Ella, agotados los temas inmediatos, hubo de reanudar sus confidencias sobre su aversión al pueblo y sus ansias de abandonarle. Había en la locuacidad de Elvira algo de nervioso, de ausente, que el jorobadito debió percibir, pues en dos ocasiones trató de despedirse sin que ella se lo consintiera... «Si tenía gusto en hablar con él, ¿por qué miraba tantas veces hacia el final de la calle?» El anhelo estrangulaba en Antonio la voz de la suspicacia, que le gritaba en vano: «Vete... Habla contigo, pero no para ti.» Al fin, unos pasos sonaron allá lejos, y las palabras de Elvira tomaron un ritmo más presuroso que afectuoso... Los pasos se acercaron, se detuvieron casi un momento, y volvieron lentamente a alejarse.

Emilito Rocas le dedicó al pasar un sombrerazo ceremonioso, y Elvira comprobó en el brusco fruncimiento de las cejas la contrariedad que le produjo el no hallarla sola. El gesto fué tan vivo, que ella se dijo con satisfacción: «No sabe contenerse... Así será más fácil de someter; sus apetitos serán mis aliados.» Y le sonrió a Anto-

ñito de una manera tan luminosa, tan contenta, que él tuvo un temblor de júbilo que se propagó desde la cabecita fina, por las jorobas, hasta los piececitos infantiles.

Fueron quince días aprovechados concienzudamente, quince días de avance paulatino, siempre con la precaución de poder retroceder sin quedar comprometida o burlada. Cuando llegó el jueves, estaba febril; no pensaba salir a la sala; y, empero, sintió la necesidad de estar bonita; su tocado fué largo e interrumpido por meditaciones; a veces la vibración de su cuerpo, y casi de su alma, le sugería esta duda: «¿Estaré enamorada? ¿Habré hecho como esos niños que se inventan un espectro para tenerle miedo después?» No era imprescindible permanecer inmune a los dardos del amor y de la sensualidad. Emilito Rocas no podía ser para ella otra cosa que la solución personificada de su problema... Su apostura, su relativa facilidad de hablar bien a las mujeres—única zona del espíritu dominador viva aún entre la atrofia de la inteligencia y del carácter familiares—, no

iban a pesar en su ánimo más que las inferioridades comprobadas y sospechadas.

Pero... ¿y si contra toda su previsión, contra toda su voluntad, la locura de la pasión la poseyese?... ¡Ah entonces!... Todo menos sucumbir: la huída, el suicidio, la prostitución si era menester, para apagar con el frío viscoso del vicio y del tedio la llama importuna. Las circunstancias habían hecho que el hombre llegase a ser el aliado; pero el amor, ya puro, ya impuro, serían los enemigos siempre... El amor no debía caber en ninguna vida ocupada por la pobreza y la esclavitud.

La llegada de los primeros visitantes la calmó, y fué a sentarse, como de costumbre, junto al abuelo. De tiempo en tiempo detenía la conversación para espiar el sonido de unos pasos que reconoció al punto. ¡Ya estaba allí! Casi no le fueron precisos los oídos por el salto que dió, gozoso, su corazón. El murmullo que llegaba de la sala bajó de tono, tornóse circunspecto, y volvió gradualmente a elevarse hasta que lo rasgaron las carcajadas robustas de Eulogio Ochoa y las voces puntiagudas de doña Júlia.

Varias insinuaciones del paralítico acerca de las presuntas excelencias de los nietos de sus amigos de juventud, quedaron sin respuesta. Inesperadamente, Emma entró muy sofocada a decirle:

—Chica, debías salir... Está Emilito Rocas. ¡Si vieras qué simpático es... y nada orgulloso! Ha preguntado dos veces por ti... Anda, anímate.

—No sé a qué vienes con embajadas. Ya sabes que no salgo.

—Como hace poco saliste una tarde...

—¡Pues hoy no!

—¡Chica, qué genio! Cualquiera diría que te escuece.

—¡Déjame en paz!

Su voz era colérica, casi furiosa; furiosa contra la intrusa y, más aún, contra su propio anhelo que la impulsaba hacia afuera... ¡No, no saldría!... Resistir: he aquí la palabra matriz donde estaban en germen los futuros triunfos... No importa a qué costa, pisaría la cabeza de la incitadora serpiente y seguiría las normas trazadas por el cálculo.

Emma se encogió de hombros, volvióse a la sala, donde en seguida Elvira la oyó reír. Aquella risa le pareció una ofensa, y entonces la dominó un deseo extraño: que el abuelo se durmiera para ir a pasos quedos a la alcoba de sus padres y oír, al través de la puerta, las conversaciones de la tertulia. Se acercó al paralítico, y, después de mullirle bien la almohada, estuvo pasándole la mano por la frente sin hablar, con toda la energía de su ser puesta en el propósito de adormecerlo, hasta que los párpados fueron juntándose. Luego se quitó los zapatos, y levemente, en puntillas, encaminóse a la alcoba paterna.

Empezaba la noche; la reunión no podría prolongarse mucho. Desde su observatorio las voces percibíanse ya aisladas, a pesar de la viveza de la conversación. Eulogio Ochoa despellejaba a Rosita Gil, y doña Julia y Emma reían sin pensar que otra vez pudiera el murmurador esgrimir su gracia contra ellas. Una de las de Puig hablaba con gran encomio de un señor sueco recién llegado a la fonda; era, según ellas, «no sé qué de su país», y venía a causa de

un navío que debía de llegar en breve y el cual podrían ir a visitar, pues la había invitado... ¿Por qué estaba tan callado Emilito? ¿Sería capaz de estar mirando a otra? No, imposible; la red había sido bien tendida, y las mallas, muy juntas ya, imposibilitaban el escape... Estaría callado por cortedad, por desesperanza de verla salir; de seguro tendría clavado el mirar hosco y sensual en las paredes, tras de las cuales debía presentirla... De todos modos, si él no fuera tan poco listo, hubiese hablado, porque las palabras encubren mejor las intenciones, y el silencio es siempre delator. Así lo quería ella: débil, impetuoso, deslumbrado por los deseos... Y casi sentía por él una especie de ternura compasiva: la que se siente por un ser indefenso próximo a caer en la zona de acción de otro ser fuerte, egoísta y sin escrúpulos. En su ansia de calcular, Elvira llegaba hasta a suponer lo que de hallarse en lugar de Emilio habría dicho ella; y mientras el monólogo voluble iba desarrollándose en su pensamiento, le oyó hablar con acento nervioso, en tono sin duda demasiado alto para la pequeñez de la sala; y sin dete-

nerse a pensar que esa prueba de sagacidad pugnaba con el concepto de indefensión que la acababa casi de conmover, complacióse en pensar que hablaba un poco para «afuera», para la que, entreabierta la boca en una sonrisa mitad maligna mitad cándida, estaba escuchándole en la sombra.

La puerta crujió; ella se apartó con sobresalto, y fué a acodarse en la balconada. El frío de las baldosas le produjo una sensación de bienestar. La calle estaba oscura, y al asomarse creyó percibir una silueta pequeña, monstruosa, que se alejaba y desaparecía en un recodo; mas estaba saturada de sus pensamientos, y la vida objetiva aparecíasele como algo irreal... ¿La habría echado de menos Emilito? En eso estribaba el triunfo de su estratagema y el que no resultase baldía la labor realizada. Apenas si notó que desde muy lejos venían acercándose por ambos lados de la calle oscilantes luces y el lento tañir de una esquila: era el Viático. El tumulto de los de la sala al acudir al balcón próximo la hizo apartarse, y estuvo a punto de ser sorprendida. Desde su escondite los sintió

encender velas, cuchichear, arrodillarse. «¿Al lado de quién estaría él? Al lado de Emma, no, porque Eulogio la tendría acaparada... Estaría solo, espiando una aparición furtiva, sin poder interesarse en el drama de los que iban con tan litúrgico aparato a turbar al agonizante, por pensar en ella.»

Desde la casa vecina anunció una voz adolecidamente:

—Es para el hijo pequeño de don Roque... Ya parecía un muerto la última vez que lo vimos. ¿Recuerda usted, doña Julia?

—Sí. ¡El pobre!... ¡Bien joven se lo lleva la Muerte!

Durante un momento Elvira pensó en aquella existencia truncada al florecer, y a ella, que no había llorado sino dos o tres veces en la vida, y más de rabia que de pena, se le cuajaron en los ojos dos lágrimas de conmiseración.

La calle iba poco a poco iluminándose, llenándose de susurros. Reflejadas en el cristal de uno de los postigos, vió las luces, los oros de las casullas y del palio, la blanca cabeza del sacerdote que tantas veces la exhortaba a en-

trar en el redil, cual si fuera desmandada ovejita; y a pesar de la solemnidad del momento, no pudo la emoción religiosa sobreponerse en ella, cuyo mal era vivir mucho en poco espacio y sin actividad, al dolor humano de ver partir a un ser cuyo destino de pesadumbres o placeres, de fracaso o de triunfo, quedaba incumplido. «¡No, ella no podía compartir la fe de su hermana y de su madre; ella no podía arrodillarse con instantánea compunción, para volver a reír en cuanto se alejaran los cirios!» La causa suprema de la creencia es la muerte, el más allá de la muerte; y Elvira estaba tan saturada de ansia vital, que la idea de irse del mundo antojábasele remota, quimérica. No se hinojó; ceñuda, nerviosa, vió oscurecerse otra vez la calle, apagarse los murmullos, perderse el tintineo de la campanita... Y se quedó un rato de cara a la sombra, en inconsciente actitud de reto, como desafiando a la segadora, que acechaba alguna casa más abajo para vendimiar una vida en agraz, a que viniera a tomar la suya.

Otra vez la curiosidad de ver junto a quién

habíase arrodillado Emilio poseyó su mente, y volvió a apoyarse en la puerta, muy cerca de la cerradura, tratando de ver. Ya todos estaban de pie y se despedían. Con sorpresa oyó a Emilito Rocas decirle a su padre:

—Entonces quedamos en que mañana por la tarde, al salir usted de la oficina, vengo. ¿No es así?

—Eso es; sí, señor.

La extrañeza fué tal, que un momento dudó de sus oídos; pero el curso del diálogo acentuó el estupor de ver que el enemigo, supuesto poco antes inerme, disponía no sólo de la sagacidad, sino también de la inventiva y de la audacia.

—No sabe lo que le agradezco su amabilidad —le oyó añadir—. Desde hace tiempo tenía muchas ganas de tenerlo. Lo que siento es el trabajo que le voy a dar.

—¡Quiá!—terció doña Julia—. Le servirá de entretenimiento más bien.

—Pues de nuevo gracias, y hasta mañana.

Cuando él se fué, Elvira entró, y no tuvo necesidad de preguntar: la nueva le salió al encuentro. Emilito y su padre habían simpatiza-

do mucho, y éste habíase ofrecido para dibujarle un árbol genealógico, trabajo de habilidad y de paciencia que sólo él era capaz de llevar a término. Elvira comprendió el subterfugio, y otra vez sintióse un poco complacida, aunque al punto la contrarió el darse cuenta de que ya no era ella quien decidía con autoridad incontrastada el curso de las cosas. ¿Sería esto vago anuncio de dominaciones futuras? ¡Quién sabe! Después de todo, era conveniente dejar algún margen a lo imprevisto, a la casualidad, que es la cadena de innumerables eslabones invisibles con que las potencias desconocidas unen a los hechos y a los seres...

Al otro día estuvo indecisa; no salir era extremar demasiado la nota; «brillar por su ausencia», mostrar miedo. Lo mejor era no mudar sus costumbres... Y salió al balcón, como todas las tardes, esforzándose en ocultar, tras un abandono de dejadez y una máscara de indiferencia, la ansiedad de su alma y el nerviosismo de su cuerpo, que habría querido salir al encuentro del esperado.

Poco antes de las seis lo vió aparecer allá

lejos, con un rollo de papeles en la mano. El padre no había llegado aún, y a instancias de doña Julia, que en cuanto lo oyó hablar se asomó seguida de Emma, Emilito subió a esperarle. Ya los cuatro en la sala, entablóse una conversación vulgar, y cuando menos podía Elvira esperarlo, Emilito, encarándose con ella, le dijo:

—Anoche no quiso usted salir... ¿Es que no era la reunión de su gusto?

—Nada de eso; es que tenía que hacer.

—Diga usted que eso es puro pretexto... Es de lo más sosa, y los jueves le da por quedarse allá dentro con el abuelo. No sé a quién sale esta muchacha.

—Si se quedó dentro para que la echasen de menos, lo consiguió bien.

—¡Oh, no, señor!... Cada cual tiene sus aficiones.

—Sus manías, querrás decir.

—¿Es que le tira a usted la vida de clausura? Sería lástima.

—Ni chispa. No me verá usted en la iglesia sino de Pascuas a Ramos; pero, la verdad, me

tira aún menos la reunión. Y eso que anoche no cantó Juanita Puig.

El padre vino en ese instante, jadeando, y se excusó por la tardanza: «Aquella maldita oficina, donde necesitaba hacerlo todo para librar a los otros de las chillerías de Madrid...» Luego entró a cambiarse de ropa, y la conversación rota se volvió a engarzar.

De pronto llegó del interior una blasfemia ahogada. ¿Había sido él? Sí; no era el abuelo, como otras veces; el estupor de las muchachas y de doña Julia fué tal, que se levantaron para ir a ver; pero la madre ordenó:

—Quedaos con el señor Rocas... Dispénseme un segundo.

Y salió sola. Poco después se oyó su voz aflautada llamar:

—Ven, Emma.

Vencida la momentánea inquietud al quedarse solos, Emilito fué a hablarle, sin duda a insistir en las causas de su retraimiento, y Elvira tuvo entonces la inspiración repentina de mentir.

—Papá tiene un genio terrible—dijo—. ¿Verdad que no se le conoce?

—No, nada... ¿De veras? Nadie lo diría.

—Es el agua mansa; pero cuando se encrespa... Es de una violencia espantosa.

Aquella calumnia al más indiferente y al más apacible de los hombres, dicha al principio «porque sí», le pareció en seguida útil para prevenir muchos riesgos en el futuro. Por lo pronto él mostróse un poco cohibido, y cuando Elvira vió regresar a los suyos y supo que aquel exabrupto sin precedentes provenía de haberse roto, en el aceleramiento de desnudarse, la uña preferida, la del dedo meñique, no pudo menos de sonreír.

Emilito desplegó los papeles y empezó a explicar el trabajo. Del tronco, sombreado con tinta de China, salían ramas que se bifurcaban numerosas veces, y de las cuales pendían, a modo de frutos gigantescos, círculos con sendos nombres escritos en letra menuda. Mientras doña Julia, Emma y su padre seguían aún las genealogías con dificultad, Elvira las había descifrado todas, y en una de las ramas más altas, hacia la derecha, vió un circulito vacío, donde, si algo no venía a torcer sus planes, se-

ría preciso escribir pronto un nombre: el suyo. Y tan intensa fué su emoción, que hubo de salir de la sala y estarse en el pasillo un rato, temerosa de descubrirse.

A partir de ese día las visitas se repitieron cada tarde. La labor avanzaba con lentitud; más de una vez Elvira vió los ojos fatigados de Emilito apartarse de la vitela y fijarse en ella a espaldas del padre, curvado concienzudamente sobre el trabajo.

Aún doña Julia y Emma no habían advertido los múltiples hilos tendidos entre Elvira y Emilio; ebrias de vanidad, exhibían al nuevo contertulio, y ante las otras amigas hablaban de su intimidad con los Rocas con un énfasis que a Elvira le daba sonrojo y ganas de gritar: «Estúpidas, sólo viene por mí, que no lo estimo por lo que es, sino por su nombre y por lo que yo sabré hacer que ese nombre sea.»

El miércoles siguiente, cuando se despedía, él le dijo en voz acariciadora, suplicante:

—Mañana, ¿faltará usted también a la reunión?

—Como todos los jueves... ¿Es que no le parece que nos vemos ya bastante, casi demasiado?

—No, no me lo parece... Ni podría parecérmelo, aunque la viera a usted a todas horas... ¡Salga mañana, hágame el favor!

Nada más pudieron hablar; pero Elvira tuvo la certeza de que algo concreto, decisivo quizás, habríala él dicho de no acercarse doña Julia.

Al otro día, a pesar de sus deseos de acceder, no salió a la sala; la batalla entre la voluntad y el anhelo fué ruda, y estuvo varias veces indecisa; pero al fin el anhelo quedó sometido. Desde el cuarto del abuelo primero, y desde la alcoba más tarde, oyó la voz nerviosa, casi irritada, de Emilio, y con orgulloso júbilo comprobó que se iba más temprano. Por la noche asomóse al balcón y le vió pasar dos veces y saludarla con frialdad delatora de que sus procedimientos eran certeros. Hacía mucho tiempo ya que había pasado la última vez, cuando una mujeruca se detuvo ante el balcón y le preguntó misteriosamente:

—¿Es usted la señorita Elvira?

—Yo soy, sí.

—Me han dado una cosa para usted... Una carta.

Elvira dudó sólo un instante; luego se decidió con valentía:

— Tírela usted desde ahí cuando yo me quite.

Entró y vió a la mujer apartarse hasta el centro de la calle y lanzar el papel doblado y lastrado con un guijarro. En la penumbra de la habitación albeaba el mensaje misteriosamente, cual un destino. Elvira, al cogerlo entre sus manos, creyó sentir ya, por prodigiosa transfusión, el halago de las palabras escritas; y antes de intentar leerlo le dió cobijo dentro de su corpiño, casi encima del corazón, que sólo por su llegada y su vecindad aceleraba el latir. No pretendió imitar a Emma yendo a leerlo al último cuarto del pasillo; se impuso el sacrificio de esperar hasta media noche, cuando todos durmieran. Entonces encendió una bujía, desdobló el papel y leyó:

«Estoy aterrorizado, queridísima y siempre

soñadísima Elvira, de pensar que pueda usted reírse al leer estas letras. ¡Sería un dolor tan grande!... ¡El más grande!... Las he pensado muchos días, muchas noches, y al ir a escribirlas ahora, sólo se me ocurre, para que sean menos imperfectas, decirle con las mismas palabras con que usted me propuso fugarnos una vez, de niños, en nuestra escuelita de la calle Corta: «¿Quiere que vayamos juntos mundo »adelante, unidos para siempre, hasta encon»trar un sitio donde la gente sea, ya que no bue»na, menos mala, menos incomprensiva que »aquí?» Lo que me confió usted la otra tarde acerca de su desesperación y de sus ansias, me ha hecho atreverme... Poco soy y parezco menos aún; pero quiero tener la esperanza de que usted mirará algo más que el cuerpo. Con mi nombre, que pongo a sus pies, y con mi gran cariño, tal vez fuéramos menos infelices... o felices, ¡quién sabe! Un gesto o una palabra suya me bastarán para comprender si debo esperar. *Antonio.*»

La letra clara, esmeradísima, se hacía temblona en los dos últimos renglones. Elvira tuvo

primero extrañeza, ira más bien; y estrujó con indignación egoísta aquella carta que no era la esperada. Mas esta violencia duró muy poco; y a medida que se fué calmando, dulcificó su alma una piedad purísima, dolorosa; una piedad casi maternal por aquel ser pequeño e inválido para la lucha por la vida, como un niño.

Y no llegó la carta de Emilito; no llegó, por ser innecesaria: en pocos días las miradas y las intenciones dijeron tanto, que las palabras rezagadas nada habrían podido ya expresar.

Los acontecimientos tomaron de pronto ese curso acelerado tan frecuente en los asedios de amor, después del lento combate hasta reducir las primeras defensas. Ni siquiera Elvira, tan minuciosa, tan sistemática, pudo, al rememorar después, reconstituir paso a paso los que ambos dieran hasta encontrarse dos meses más tarde en una de esas complicidades tácitas henchidas del único deleite puro que el amor proporciona. No lo quería, no estaba enamorada de él; había en aquellos coloquios salpimentados de suaves

reticencias y avalorados por silencios en los que jadeaban los pechos con voluptuosa angustia, sólo un triunfo de la voluntad; y, sin embargo, bastaba el simulacro del amor para irradiar sobre su vida un reflejo de ventura... ¡Ah, si hubiera sido el verdadero amor!... El mundo se le antojaba menos adusto, más claro; y cada mañana, al vencer las neblinas del sueño, recobraba la posesión de su secreto y todo el día lo llevaba dulcemente escondido, cual un tesoro.

El cuadro genealógico fué terminado, y se espaciaron las visitas; pero ya nunca pasaba él sin hallarla asomada al balcón, sin detenerse, sin cambiar muchas de esas palabras pueriles, cargadas de sentido, con que creen los enamorados engañar a todos.

—Hoy no dirá que me he retrasado.

—Conste que no le cuento los minutos; ¿con qué derecho?

—En cambio yo los cuento cuando paso y no está usted.

—Falta saber hasta cuántos tendría paciencia de contar.

Y el diálogo seguía así largo rato, sin revelar

ni el deseo creciente ni el tesón sostenido, en apariencia vano, a manera de uno de esos ríos que no por ir subterráneos dejan de fertilizar la campiña.

Un poco arrastrada por necesidades de la edad y del sexo, aunque sin renunciar a su sentido crítico, Elvira cedía; dosificábale, no obstante, las concesiones, sin dejarle adquirir ninguna ventaja positiva, esquivándose, incitándolo con frialdades súbitas, sin perder jamás el dominio de sí, y sin dejar de estudiar, al mismo tiempo, el carácter de Emilio. Sin duda era impulsivo, sensual; el hábito de triunfar rápidamente teníalo excitado ante su resistencia; y por eso muchas veces vibraban bajo sus galanteos dejos de cólera... La táctica consistía, pues, no en neutralizar esos impulsos, sino en fortificarlos, en exacerbarlos hasta darles la tensión necesaria para salvar de un salto, sin titubeos, el paso difícil entre el celibato y el matrimonio. Todo su triunfo estribaba en persuadirlo, sin palabras, de que, para conseguirla, era imprescindible casarse.

Una de las tardes de visita, él le pidió, por

gestos, que fuese a buscar algo en su sombrero, puesto en la percha. Elvira se hizo la desentendida y, al cabo de mucho rato, fué a ver; sujeto por la badana estaba un papelito proponiéndole cita a media noche en el balcón. Aquello no convenía a sus planes, y volvió a dejar el papel, jurándole al día siguiente, cuando él le reprochó su negativa a coger la esquela, no haber comprendido sus señas. Resistir sin matar la esperanza era su divisa; y con ese instinto femenino, más sabio en psicologías exacerbadas por el deseo que la inteligencia y la experiencia, lograba imprimir el aire ingenuo de las improvisaciones a las frases y actos más meditados.

En otra ocasión, hallándose solos en el pasillo, ella vió en sus ojos el designio de acercarse, de tomarle quizás la mano o el rostro para ejercer uno de esos actos de violento dominio con que el varón suele tantas veces triunfar, y casi se sintió perdida; pero al ver ya los brazos de Emilio tendidos hacia ella, la astucia, hada de los débiles, le inspiró la idea salvadora de decirle:

—¡Papá está ahí, por Dios!... Ya conoces su genio.

—¡Pero!...

—No vayas a echarlo a perder todo en un minuto.

Y él cayó en el engaño, y su titubeo dió lugar a que doña Julia apareciera.

A veces la lentitud del procedimiento exasperaba a Elvira: hubiese deseado mayor celeridad o, al menos, mayores dificultades que acaparasen toda su inteligencia y su energía. Como le faltaba el amor, potencia eterna que ilumina con una sola chispa de luz horas innumerables, engrandece, dota de atributos a los signos mínimos y transforma en variedad infinita el monótono vaivén entre el deseo y los obstáculos, la falta de accidentes la encolerizaba en ocasiones; sobre todo, cuando, por necesidad de ejercitar su facultad de análisis, dedicaba el tiempo de espera a prever el curso que habían de tomar luego los hechos, con lo cual vivía dos veces episodios burgueses y fútiles, mientras su alma soñaba, sin confesarlo, en imposibles aventuras.

Cuando estaba libre de preocupaciones perentorias, el molino de su imaginación comenzaba a dar vueltas, y las imágenes del ensueño engendraban recuerdos, dolores, anhelos imposibles, inconformidades y hasta crisis de lágrimas que exasperaban a doña Julia y ponían en la boca de Emma burlonas sonrisas. Pero esas lágrimas, inmotivadas en el instante de verterse—lágrimas que caen a favor de un crepúsculo o de un insomnio y que parecen verterse por un dolor antiguo o por un dolor en acecho—, dejaban su espíritu límpido, dispuesto a la lucha, ágil, nuevo, como deja un chubasco estival el polvoriento verdor del paisaje.

Siempre el principio de cada visita tenía en ambos aprestos espirituales de batalla. Emilito, sin darse cuenta, apercibíase también, para ser al punto vencido por un leve roce del brazo de Elvira, por una palabra trémula, por una de esas miradas tras las cuales se cierran los párpados a fin de proteger el rubor de los ojos. Si discutían sobre cualquier cosa, le bastaba el más sofístico razonamiento para hacerlo abdicar. Acostumbraba preguntarle su opinión, para

sostener a seguida la contraria; y él, balbuciente, torpe y anheloso de humildes adulaciones, al modo del perro que luego de cometer una falta ronda a su dueño, daba vueltas a los conceptos hasta venir a parar, con una mirada equivalente al lamer suplicativo del can, en que, en vez de lo dicho, quiso decir lo contrario. La victoria la envanecía entonces... «Bien sé que este pobre chico no sabe nada de nada y es obtuso, sin instinto ni voluntad—decíase para no confesarse que antes de dominarle por la supremacía de la inteligencia, los sentidos lo habían ya derrotado—; ¡ah, pero si hubiere de combatir con otro más fuerte, sería igual!... Sí, sería igual, igual.»

No obstante el renovado sabor del triunfo, la impaciencia impulsábala de tiempo en tiempo a arriesgar todo a un aventurero albur. Lo monótono de su vivir le pesaba más cada vez. Aquel reloj del comedor que vió desde niña, incansable, sin descomponerse jamás, obediente al doble peso suspenso de sendas cadenas que su padre arreglaba antes de irse a la oficina, cual si quisiera estimular la exactitud del apa-

rato con la suya, era uno de los muebles más odiados de la casa: las mismas horas sonaban con igual sonido gangoso para recordar la imprescindible obligación de cumplir los mismos menesteres. ¡Ah, si al menos hubiese un día sonado las trece o dado las cuatro antes de las dos!... Pero no, aquel reloj era el alma de su casa trasfundida a un objeto, era el centinela del fastidio, el medidor del tiempo sin apenas espacio; y su tic tac parecía marcar los bordes de un camino muy angosto, por donde el tedio iba rítmicamente hacia el infinito. El «se continuará» del folletín, leído todas las tardes por su madre en voz alta—porque «si no no se enteraba»—, parecíale el símbolo de su existencia.

El día en que debían visitar el vapor sueco lo eligió Elvira de antemano para recapitular la situación. Hasta entonces sólo había hechos preparativos. Era preciso salir ya de los tanteos, ejecutar, decidir. Habían convenido ir, además de las Puig, doña Julia, Emma, Rosita Gil, Emilito y Eulogio Ochoa. La animación de las Puig, que invitaban como si el buque les

perteneciese, contagió a los demás. Antoñito fué también invitado; pero, a última hora, se excusó.

Al saberlo Elvira, tuvo remordimiento; casi no había vuelto a pensar en él. Después de mandarle la carta, como si con sólo desprenderse el secreto de su corazón le permitiese comprender la imposibilidad de su anhelo y su ridículo, se escondió en su casa sin pedir siquiera respuesta, sin esperarla casi, dudando a veces hasta de haberla escrito. Sólo una tarde, por azar, lo vió Elvira de lejos, y los ojos soñadores le parecieron más tristes, más ajados. ¡Pobre cuerpo monstruoso, donde persistía, para martirizarle con herida mayor, el sentido de armonía y el anhelo de belleza! ¡Qué noches de angustia debiste pasar antes de decidirte a poner en unos renglones, primero perfectos y después temblorosos, el secreto de tu ambición! ¡Qué horas, ya extenuadas de desilusiones, ya iracundas de protesta, debiste consumir mientras la divinidad esquiva, absorta en sus cálculos, te iba poco a poco olvidando!

Sólo al saber que rehusaba la invitación de

las Puig después de preguntar si iba ella, el recuerdo vivificó en la mente de Elvira la figura tortuosa y doliente; y como más de una vez, al sospechar que pudiera exigirle otro amor que el de compasiva protectora, había pensado en buscar manera de desarraigar de su alma la esperanza sin mortificarlo y sin perder su pura amistad, comprendió que aquella carta sin respuesta y aquel egoísta olvido había erizado entre los dos algo injusto, triste, inexorable, peor que la indiferencia y la hostilidad: el sabor de lo que fué dulce una vez, la amistad entre la cual pudo haber un sacrificio que no se realizó.

Las Puig gozaron desde aquellos días el incienso de la adulación: hasta las muchachas más retraídas y los pollos más desdeñosos quisieron contraer méritos para ser invitados; mas ellas se mantuvieron en el límite del círculo íntimo, y todo fué inútil. Con Elías Romero, que quiso también ir, estuvieron a punto de ser débiles; pero Rosita Gil le puso el veto, y no hubo manera de disuadirla. Elvira también la apoyó: «¿No le cuesta trabajo—adujo—saludarnos cuando va

con amigas de esas que él llama de la aristocracia, porque han logrado acaparar todo el dinero de Guardamar? Pues ahora nos toca a nosotras.» Y el londinense honorario no pudo, en virtud de esta sentencia, permitirse la originalidad de ir con polainas a visitar un buque.

La cita era en el embarcadero chico, y allí esperaban las de Puig, acompañadas del señor sueco. La travesía fué corta. El mar, movido apenas por la brisa, parecía venir todo hacia la barca en un acto de sumisión. Eulogio Ochoa remaba vigorosamente; bajo la camisa veíasele el tórax jadeante, perlado de gotitas. Emma llevaba el timón; doña Julia se sobresaltaba cuando una de las bandas tocaba las grecas de espuma formada por la proa, y sus chillidos —parecidos por lo breves y ásperos al de gaviotas—, alzaban unánimes risas. Ya lejos de la playa vióse el pueblo apiñado en un leve repecho. En el seno de la bahía albeaban algunos caseríos humosos; el sol, ya apartado del cénit, podía mirarse cara a cara; el azul del cielo era desvaído, casi blanco en los bordes; la atmósfera, flúida, ligera; sobre los alcores destacaba

el verde jugoso de las parcelas cultivadas, los collados, los vallecillos cubiertos de fronda, y más lejos, como gigantes tutelares, cortaban el mirar las enhiestas montañas, rubias de sol. Y todo el paisaje estaba envuelto en un silencio sutil, cordial, casi optimista. Daban ganas de abrir la boca, de absorber la tarde entera y saturarse de alegría...

El barco, que desde lejos parecióles pequeño, fué agrandándose, agrandándose, y ya junto a él, el botecillo parecía peligrar bajo la convexidad de la mura. Para subir hubo miedo, recelo, orden de que los hombres pasaran antes para impedirles ver, favorecidos por la posición y la brisa, algo que todos los años enseñábase sin rebozo en los baños de mar. Desde la borda, los marinos, fornidos y rubios, sonreían con fuerte candidez. El buque era grande, de seis mil toneladas, y estaba allí por un azar de la guerra. Dos oficiales se aprestaron a hacer los honores.

Después del sabio aprovechamiento del espacio, que impresionó a todos, cada cual dedicó sus exclamaciones a maravillas diversas, según

las peculiaridades de los espíritus: a las máquinas fragorosas y oleaginosas, a los salones laqueados, al orden de la despensa, a las cámaras frigoríficas, a la minúscula enfermería, a los puentes, a los aparatos de náutica... Emilito, ciego para cuanto no fuera los ricillos de una nuca y las gracias de un cuerpo insinuado bajo la blanca y vaporosa batista, reprochaba a cada paso en voz baja y casi colérica:

—¿No decía usted que podríamos hablar aquí?

—Sí, tenga paciencia.

—Si no buscamos la ocasión...

—Hay que buscarla sin que lo noten. Déjeme a mí.

A Elvira le costó trabajo arrancarse del encanto aventurero exhalado por el buque, de la idea infantil de esconderse en cualquier sitio y estarse calladita hasta que estuviesen en alta mar, muy lejos. Los misteriosos crujidos de la madera, el suavísimo vaivén, la fría corrección de los oficiales, la vastedad del agua, que besaba los ventanillos redondos; el olor a alquitrán, la trepidación, hasta la pesantez del aire,

avivaban sus anhelos de partir, espoleando su fantasía. Pero allí estaba la existencia cotidiana para exigirle su tributo... Era estéril soñar; el camino de su vida no estaba sobre el ondular de las olas, sino sobre la dura tierra del pueblo. Antes de que Emilio la estrechase con sus exigencias, ya la misma campana de a bordo, con cinco golpes secos semejantes por el timbre a las campanadas odiosas del reloj de su casa, le habían dicho: «Basta de viajar con las nubes... No oigas tu voz interna cuando hablan los demás; no mires dentro de tu fantasía, sino en torno...»

Las palabras insistentes de Emilio concluyeron de rescatarla de la quimera, y hubo de resignarse a vivir su menuda realidad y a contentarse con infiltrarle siquiera algo de sus sueños.

—Quédese un poquito detrás, Elvira.

—Ya le he dicho que tenga paciencia... No corre tanta prisa.

—Creo que por hablar conmigo nada pueden decirle. Ya ve usted a su hermana y a Eulogio.

—No es por lo que me digan: es por mí. Además, no quiero dar pie para que se figuren lo que no existe.

—¿Se tiene usted a menos de que la crean mi novia?

—Según; eso es lo que hay que ver.

Llegaban al extremo de un pasillo donde la atmósfera era caliginosa, y se dispusieron a subir por una angosta escalera de peldaños guarnecidos de cobre para volver a cubierta a respirar aire fresco. Un oficial dió el brazo a Emma, y otro, al ver a Emilito cogerse al de Elvira, se lo ofreció a Rosita Gil. Doña Julia iba detrás; y Eulogio Ochoa hubo de apencar con una de las Puig. En el comedor les tenían preparados sorbetes y refrescos; todo muy limpio, muy cuco, con copia de confituras y bizcochos. Las solteronas y doña Julia tuvieron ocasión allí de dar suelta a su complacencia: el orden, la pulcritud de los camareros, la riqueza de la vajilla, las pirámides de naranjas que casi iluminaban el aparador, las maravillaron más que cuantas novedades ofrece siempre un gran buque a la gente de tierra.

Emilito, inclinándose hacia Elvira al ofrecerle el té, susurró:

—Yo la quiero a usted, Elvira... La quiero con toda mi alma... Desde el primer día... Al bajarme a coger el abanico y mirarla, me pareció que no la había visto nunca hasta entonces.

Ella se cercioró de que podrían hablar sin interrupciones, y repuso:

—Así es como vale la pena de querer; pero...

—¿Por qué hace ese gesto de incredulidad?

—Porque no sé si usted merecerá que hablemos en serio, que es la única manera de hablar conmigo.

—En serio hablo; usted sabe que soy un caballero, que...

—Mire, Emilio... Sé eso y cuanto usted pueda añadir; y voy a hablarle con sinceridad, con rudeza tal vez, pero de una manera que no deje lugar a dudas en nuestras relaciones. ¿Usted quiere saber si le quiero? Pues creo que sí; en todo caso, me es usted, física y moralmente—en lo que lo conozco—, simpático... más que sim-

pático, si le parece poco. Ya ve que no me duelen prendas... Ahora me toca a mí preguntar: ¿para qué le gusto yo a usted?

—Hombre, Elvira..., para todo; para...

—¿Ve cómo se azora? No se contesta bien con puntos suspensivos. Esa pregunta tan simple, lo ha desconcertado y lo hace recurrir a vaguedades... Esto es lo que yo quiero evitar. ¿Dice que me quiere para todo? Pues para todo no puede ser, ya que ha de ser sólo para una sola cosa: para casarnos. Cien palabras cuestan mucho menos que un hecho; así que reduciremos la cosa a un sí y a un no... Vamos a ver, siguen las preguntas: ¿Usted ha dicho ya algo en su casa?

—No; es decir... He hablado de usted, de...

—¿Y qué?... No, calle; yo misma le daré la respuesta: su elección ha parecido mal.

—Mal precisamente...

—Si no me extraña, y, además, no me ofende... Ustedes tienen su nobleza y la cuidan, hacen bien; en mi sentir, la cuidan poco; mire si soy franca. Tampoco creo yo que mi elección, si es que llego a elegirlo, sea grata a los míos; así

que tendríamos que luchar contra dos oposiciones.

—Pero, ¿en su casa?...

—Sí, sí, en mi casa... La nobleza no es todo, y estos tiempos son materialistas; los padres, con su egoísmo, quieren continuarse en los hijos o, al menos, resarcirse de los gastos que por ellos hicieron... ¿Comprende? Puesto que he llamado a lo mío por su nombre, no debo andarme con rodeos con lo de usted: todo Guardamar sabe la situación de su casa. A mí no me incumbe averiguar el motivo; pero nadie ignora que su primo, el de Madrid, se va poco a poco quedando con todo, y que a cada venta cae sobre ustedes una lluvia de acreedores que casi desmigajan el dinero antes de llegar.

—Es verdad, Elvira... Me da pena decirlo.

—Lo que debía darle pena es no evitarlo... Vamos a lo nuestro: si llegamos a querernos hemos de ser usted para mí y yo para usted, desprendiéndonos del interés de las dos familias, que desearían para cada uno el matrimonio de conveniencia que remediara la situación... Modestia aparte, yo me creo capaz, con

orden, con tiempo, de poner en pie muchas cosas que ustedes creen caídas por cobardía e incuria. Usted es abogado, ¿verdad?

—Sí.

—Y como si no lo fuera: ahí está el daño. A mí me falta poco para ser maestra superior, y me siento capaz de acabar la carrera y ejercer. De todo, con tal de no vivir así, tímidamente, sin merecer disfrutar una vida que no nos decidimos a hacer de verdad nuestra... Siento tener que decirle estas palabras duras, en vez de las palabritas dulces con que usted soñó.

—Oyéndola, todas las palabras me parecen dulces... En medio de todo, yo comprendo que...

—No me responda ahora nada. Procure reflexionar en cuanto le he dicho... Recuerde, cada vez que ponga el pensamiento en mí, que la franqueza es la única base posible para establecer nuestras relaciones más allá de la amistad, y no vuelva a hablarme hasta que lo haya pensado mucho..., si es que entonces no prefiere callarse.

—¡Oh, Elvira!

—En ese caso no le guardaría rencor, se lo juro... ¿De qué habláis, Emma?

Con esta escapada hacia la conversación general cortó Elvira el diálogo. La mayor de las Puig había oído decir que el jorobadito acababa de heredar al hermano de su padre, un potentado de la capital, y entre chanzas y veras comentábase el capricho de la Providencia, que así dotaba a un ser tan poco necesitado de bienes. «Eso le consolará de no ser buen galán»—dijo doña Julia, mirando a Eulogio, enfurruñado con Emma a causa de las obsequiosidades de uno de los marinos. Elvira sintió por las palabras de su madre una repugnancia invencible, al pensar en la pena que estaría pasando el pobre contrahecho, a quien la Naturaleza, para ser más cruel, no quiso siquiera añadir las jorobas espirituales de la inconsciencia y la vanidad; al pensar en la pobre mísera alma presa; en la juventud apasionada y forzada a huir de la juventud y del amor ruborosamente, como huyen de los sanos los leprosos. Y una onda de ternura sin mancha, casi maternal, le estremeció el pecho, le anudó la garganta y

fué a deshacérsele en húmeda niebla bajo los párpados.

El retorno fué melancólico. Las Puig intentaron iniciar un coro bullanguero; pero la solemnidad de la tarde, que se desangraba en los bordes del cielo antes de dejarse vencer por la noche, retuvo las voces y puso en los rostros ese velo con que el crepúsculo ennoblece todo y presta, aun a las fisonomías menos aptas para reflejar el pensamiento, aire de meditaciones profundas. Las montañas parecían más distantes, y sombras violentas bajaban de ellas para amortajar la campiña. Las lucecitas doradas de Guardamar se fueron precisando, multiplicando; en el fondo de la bahía el buque llegó a ser sólo una línea tenue, sobre la cual, a manera de estrellas de prodigio, lucían una llamita roja y otra blanca.

Ya en casa, doña Julia dijo a su marido, mirando a las muchachas con sorna:

—¿Sabes que el jorobadito ha heredado una millonada?

—Hombre...

—Y con el carácter de malva que tiene... Pero para nosotros, como si no. ¡Los hijos que miran por sus padres sólo se ven ya en las novelas! A ésta—por Emma—le da por los barbilindos; y ésta, por lo visto, aspira a casarse, si no con un príncipe, al menos con uno que tenga escudo para el coche y no tenga coche donde ponerlo... Ji, ji, ji...

La risa aguda produjo en Elvira el efecto de un arma que entrara en su sensibilidad rompiendo muchos de esos ligamentos invisibles, mitad fisiológicos mitad morales, que unen siempre a madre y a hijos. La dignidad maternal parecíale empequeñecida, bastardeada con aquellas cábalas. Y, sin el miedo a que la tomaran por loca o a excitar la burla, habría caído de rodillas ante doña Julia, como ante la imagen sagrada de la maternidad, para pedirle fervorosamente: «No te profanes a ti misma... ¡Respétate y respétanos!»

Y otra vez rodeó sus actos de cautela para dar el golpe seguro. Ni de la menor concesión pudo ufanarse Emilio; siempre vivo, mas apartado siempre por una distancia regulada por el

instinto femenil, aquel efluvio erótico, más persuasivo para él que cualquier dialéctica, lo mareaba e iba aboliendo sus prejuicios hasta disolver las rancias y orgullosas ideas en el anhelo único, imperativo y torturador, de poseerla. Sus esfuerzos para dosificar ese influjo fueron enormes: el cerebro domeñó hasta los ímpetus menos sensuales de la feminidad; ni un apretón de manos fué correspondido, ningún roce furtivo consiguió estremecerla; y, al mismo tiempo, palabras vagas, gestos apenas iniciados, parecían decir a Emilio: «No, no soy fría; fíjate y verás en mi boca, en mis ojos, en todo mi cuerpo, promesas de pasión.» ¡Con cuánta codicia la vió él besar muchas veces, húmedamente, calculadamente, al nene de los vecinos del segundo! No hubo en Elvira palabra ni mohín que no obedeciese a su plan; la cadena de previsiones no tuvo ni un eslabón mal engarzado por falta de esmero.

A los cinco días de la excursión todavía Emilio no había hecho referencia al coloquio del buque, y ella no parecía impacientarse; al pasar la semana fué él quien dió muestras de desasosiego:

—Mire que es usted extraña, Elvira.

—¡Extraña! ¿Por qué?

—Yo pensé que me pediría una respuesta a la pregunta de la otra tarde.

—Las contestaciones que han de influir mucho en la vida, deben pensarse mucho... Ya me contestará cuando haya reflexionado, cuando se haya convencido de que su cariño no era tan grande como se figuró... Sí, sí; no crea que todo el mal está en engañar, sino también en engañarse.

—En eso ya sabe que es usted quien se equivoca... He pensado todo y puedo contestarle, pero...

—Ahora es usted quien usa de la palabrita que el otro día le fué tan antipática. Todos seríamos felices sin los peros. Si a usted le gustaran los chistes como a Eulogio Ochoa, le diría que para mí el «pero» es el verdadero castigo del pecado de la manzana.

—Tiene usted razón, no me gustan los chistes, sobre todo entre nosotros dos. Yo no tengo ni su talento ni su... Bueno, ya ve que le hablo en serio, con el corazón en la mano. La quiero.

estoy dispuesto a todo, y cuando le diga «sí» será usted quien disponga la manera como hemos de triunfar de los obstáculos, con tal de que sea cuanto antes... ¿Le satisface eso? El pero se reduce a una petición, a una súplica... Mi tía Adela, que es mi madrina y no me niega nada, quiere tener el gusto de conocerla antes de que yo le responda... El domingo en misa, por ejemplo... Usted se pone en el reclinatorio de al lado y hablan como de casualidad.

—No me gusta esa manera de conocer a nadie.

—Ya le he dicho que es una súplica.

—Pues bien, si no me tachara de intransigente...

—La tacharé, desde luego... ¡Complázcame!...

Elvira pestañeó muchas veces antes de responder; por instinto comprendió de súbito que en aquella prueba, a pesar de su impertinencia y de cuanto pudiese tener de vejatoria, estaba la posibilidad de jugarlo todo a un solo envite. Se trataba de seducir, de sojuzgar a la beata, y eso convenía a su carácter; mas, al mismo tiempo, algo recóndito—¿venganza de mujer?,

¿orgullo de raza demócrata?—le sugirió el medio de hallar desquite para la mortificación de someterse al visto bueno de aquella vieja imbécil, cuyo único mérito era llevar en las venas sangre, empobrecida ya, de algún hombre o mujer capaces cuando fueron jóvenes y animosos, como ella era hoy, de fundar una dinastía.

—No tengo inconveniente—respondió bajando los ojos—, con tal de que tú te sometas también a otra prueba; es lo justo.

—¿Yo?...

—Sí... Deseo que entres conmigo al cuarto de mi abuelo, que él te vea, y que tú no desmientas nada de cuanto yo le diga... Ya ves que no es mucho pedir.

Con su impulsividad de siempre, él dijo alzándose:

—Vamos ahora mismo.

—Espera, he de encontrar antes un pretexto... No me gusta que seas tan repentino.

—Es mi carácter.

—Es tu genio, que no es igual... Yo te avisaré.

Pocos días después encontró ella la coyuntura, y al ir a despedirle, como de costumbre, en lugar de quedarse un rato hablando junto a la puerta, entraron en la alcoba del paralítico. El anciano los vió sin sorpresa, cual si los aguardara; sus ojuelos infantiles sonreían, y otra vez sus brazos tuvieron la sombra de una agitación, el deseo, ya irrealizable, de abrazar. Elvira, poniéndose detrás de él, hizo a Emilito nueva y muda demanda de silencio, e inclinándose al oído del abuelo, dijo suavemente:

—Es el chico de Juan el trajinante, ¿sabes?

—Yo...

—Calla...

—Sí, sí... Dicen que se parece al padre de su abuelo.

—No sé... no sé... Es guapo mozo... En eso sí te la mereces... Acércate más, que apenas veo.

—Dile algo, bobo... Dile que tu padre vendrá a visitarlo uno de estos días.

Emilito respondió de modo maquinal, sobrecogido por la augustez del viejo, por el desamparo del aposento, por lo inesperado de la esce-

na y, sobre todo, por aquel tuteo repentino y delicioso de Elvira. El viejo sonreía mirando a su nieta sonreír. Esta dijo:

—Nos queremos, abuelo, y vamos a casarnos aunque somos pobres.

—Se es menos pobre con cariño y con vuestros años, que son casi dos riquezas... Cuando te cases, si no te asusta el mar, podréis ir a Venezuela a recoger algo bueno que está escondido allí... Ya os diré dónde... Quizás te lleves dos tesoros, tunante.

Elvira entonces susurró:

—A nadie digas nada hasta que yo te avise, abuelito... Verdad es que aquí nunca entran... Quise que fueras el primero en saberlo, por si no te parecía bien. ¿Verdad que sí te lo parece? Ahora nos vamos, antes de que vaya alguien a darse cuenta de que estamos aquí... Bobo, dile adiós. Está cortado delante de ti, como un niño.

—Yo a su tiempo no me cortaba nunca... Id con Dios y dile a tu padre que venga.

Mientras ella le mullía la almohada, Emilito cogió una de las manos inertes y puso en ella los labios. Este acto sencillo derramó en el alma

de Elvira una inmensa y pueril certidumbre... ¡No era posible haber visto al abuelo cara a cara, haberle besado la mano, y engañarla después! Sus ojos y los de Emilio estaban húmedos de ternura... Los del abuelo ya lo estaban siempre, cual si las lágrimas se hubiesen convertido en perennes cortinas de dolor al través de las cuales considerara el largo pasado y el corto porvenir... Salieron despacio, y el lento mirar los acompañó hasta la puerta.

Ya en el pasillo, él se sintió libre de aquella emoción casi religiosa, y como si saliese del templo, sin recordar siquiera la extravagante farsa de que acababa de ser protagonista, atrajo a su novia hacia sí y la besó en la boca largamente, ávidamente. Elvira estaba fría, trémula, feliz. Comprendía que el circulito vacío del árbol genealógico dibujado por su padre era ya suyo.



VII

Como si aquel calendario tan monótono quisiera de pronto resarcirla de su lentitud, a Elvira le pareció un día que el tiempo aceleraba su paso sin dejarla siquiera lugar para ordenar sus impresiones. Por primera vez sintió sorpresa y miedo al ver realizarse los sucesos por ella misma preparados; la lógica con que ocurrían la asustaba un poco. Era cual si esa puerta inexorablemente cerrada que defiende en el mito la estancia de los decisivos tesoros, cediese al menor empuje de su mano. Todo era sencillo, ordenado, sorprendente... Los milagros fáciles sobrecogen más a

los espíritus agudos, porque no entrañan una subversión radical de las formas humanas.

Su entrevista con la tía Adela antojábasele ya remota; el carácter novelesco de aquella mujer que pasaba la vida entre rosarios y novelones tomados a crédito, su idea absurda del matrimonio por sorpresa, los obstáculos que para realizar la pantomima que precedió al desposorio legítimo hubieron juntas de vencer, el revuelo del pueblo, los días aciagos vividos en casa mientras tramitaban la boda y resolvían si emigraban a América o no, las visitas inquisitivas de las amigas, el mismo recuerdo lleno de indescifrables presagios de aquella mañana en que sus suegros fueron a buscarla, la abrazaron delante de su madre y de Emma, y le dijeron: «Lo hecho hecho está, y vosotros os casáis en misa mayor y no vais a Buenos Aires, sino a daros un paseo por Barcelona con lo que han dado unas tierras vendidas expresamente para eso, a pasar luego un mes en la finca, y a casa después.»

A veces se esforzaba en asir un solo recuerdo, en aislarse en la recapitulación y en la pro·

longación de un solo episodio; pero el presente, con sus imperativos, casi nunca se lo consentía. Para lograr esa voluptuosidad algo estéril de revivir con la memoria el ayer, érale preciso una paz que el febril dinamismo le hacía imposible entonces. Y sin darse cuenta de que en cualquier otra ocasión la quietud de añorante remanso habría sido imposible para ella, que llevaba dentro de sí el demonio de la intranquilidad y era enemiga del sosiego, hermano inconfesado de la Muerte, decíase: «¿Por qué el tiempo ha de marchar para mí demasiado de prisa o demasiado despacio?», sin lograr responderse esta sencilla verdad: «Porque sólo marcha sin mortificarnos cuando nos encontramos en perfecto equilibrio entre el ayer y el mañana, cuando no contamos con él; porque sentir el tiempo, lo mismo que sentir el cuerpo, es casi siempre signo de dolor.»

La tía Adela fué el hada madrina de la boda. Por impenetrable misterio, en aquella entrevista de la iglesia, aceptada por Elvira como un vejamen y cobrada de antemano con la presentación apócrifa de Emilito al abuelo, se fraguó

el primer hierro de su yugo. Tal vez por la altivez, quizás por ese predominio que en forma de celos, de despecho o de envidia, ejerce la belleza juvenil en quienes van a entrar en la vejez, la beata tomó el partido de Elvira desde el primer instante, con una vehemencia y un poder de intriga acrecentados por la falta de escrúpulos. La iglesia, de donde era sacerdotisa dictatorial, fué su campo de acción, y la sacristía y el confesonario, los reductos en que poco a poco fueron, según la maledicencia, quebrantándose las resistencias del anciano sacerdote. Contra toda lógica, las gentes dieron por hecho que el cura—mozo de labor en la casa de los Rocas cuando la tía Adela era niña, y sostenido luego en el Seminario merced a la liberalidad de los abuelos de Emilito—, se había prestado a la mojiganga. Apenas si dos o tres arguyeron que era imposible que el viejecito, ignorante casi hasta la sabiduría suprema, no tuviese noticia del edicto papal *Ne temere*, anulador de esas bodas súbitas que tanto quebrantaron durante algunos años la autoridad paterna, la pompa ritual católica y, sobre todo,

las arcas parroquiales. La verdad no se esclareció nunca. Elvira presintió desde luego que aquel acto equivalía a quemar sus naves; y cuando una mañana, durante la primera misa, se vió de rodillas junto a Emilio ante el altar, en el instante en que el anciano abría los brazos en el ademán de bendecir, la emoción no le impidió entreabrir los labios en un gesto en el cual, contradictoriamente, el temblor decía miedo y la sonrisa triunfo.

Cuando las viejas que había en la iglesia se dieron cuenta, arremolináronse junto al presbiterio, sin atreverse a hablar más que con los ojos. Y al acabar la misa y retirarse el cura encendido de rubor, la tía Adela, con tono despótico, dijo a la grey de beatas:

—Ya ven ustedes que están casados ante Dios, que es lo único que vale. Ahora, a no irlo diciendo por ahí.

—No, no, que lo digan si quieren—pidió Elvira.

Y con una agudeza insospechada, la tía Adela añadió:

—Pidiéndoles que callen se sabrá antes, tonta...

En la puerta del templo se separaron, y cada cual fué para su casa. Elvira iba aturdida, dándose, a cada paso que la acercaba a los suyos, cuenta de los riesgos a que aquel simulacro de matrimonio la exponía; pero remisa, al mismo tiempo, a dudar de que tras el escándalo no sobreviniese la total realización de su plan. Pocas horas después comenzaron a llegar los primeros buscadores de noticias, y a media tarde la nueva corría ya como vieja por el pueblo. Rosita Gil, al abrazársele entre histéricos sollozos, le dijo:

—¡Que sea enhorabuena!... ¿Y cuándo os vais a vivir como casados? Yo que tú no aguantaría más, chica... Supongo que ya me contarás...

Elvira sentía un disgusto, mitad de rubor y mitad de indignación, ante los extremos de su madre y de Emma; parecía que no se tratara de la deseadísima posibilidad de librarse de ella, sino de un rapto fatal para el porvenir de la casa. Su padre, en cambio, nada dijo; palideció un poco, la besó sin apenas rozarla con los labios, y quedó luego en éxtasis mirándose las

uñas agudas y traslúcidas. Eulogio Ochoa fué de los últimos en llegar.

—Chica, ¿es verdad lo que dicen por ahí?

—Verdad del todo... Y no me preguntes nada más.

—Cuando un hombre quiere verdaderamente a una mujer...—insinuó Emma.

Eulogio fingió no entender la alusión, y doña Julia, tras un hipo inesperado de llanto, dijo:

—Yo ya lo había notado desde hacía tiempo... A una madre no se la engaña...

—Pues yo, no; confieso mi torpeza... Ni yo ni nadie... Es decir, ahora acabo de decírselo a uno que, después de ponerse como la cera, me aseguró que él sí lo había notado.

—¿Y quién es ese lince?

—Antoñito... Empleó, por cierto, una frase que debe haberla aprendido en uno de esos librotes en que tiene siempre metida la cabeza.

—A ver, a ver...

—Prepárate...: «Que no sólo se observa con los ojos, sino con el corazón...»

—Precioso...—chilló doña Julia.

—Para mí que ese feto estaba enamorado de Elvira—añadió encolerizada Emma.

Y Elvira sintió desbordársele del alma una pesadumbre infinita; y para que su ternura no fuese a servir de pasto a la curiosidad sin interés de los suyos y de Eulogio, salió de la sala.

En el pasillo, impelida por la costumbre, puso la mano en el picaporte de la puerta del cuarto del abuelo; pero un terror repentino la paralizó; y alejándose a pasos lentos, fué a la alcoba y echóse de bruces en la cama, con los ojos muy abiertos y el alma saturada de interrogaciones. Una tristeza superior a cuantas hasta entonces sintiera la removía, y, sin embargo, no podía llorar.

Dos días después, siempre bajo la tutelar protección de la tía Adela, que sonreía desdeñosamente, realizóse el matrimonio civil ante un pobre hombre tan poco digno de representar la autoridad humana como el provecto sacerdote lo era de representar la divina. El banquete matrimonial celebróse en casa de Emilito—comida de dilapidación y aturdimiento—; después, aun cuando ya las primeras brisas oto-

ñales sacudían la pereza del mediodía, todos, y Rosita Gil y la tía Adela más aún, mostraron un vergonzoso interés en obligarles a dormir la siesta; Elvira se resistió por pudor y cólera ante la salacidad de las fantasías impotentes y de los cuerpos sin espíritu. Otro anhelo impulsábala, además, a posponer cuanto le fuese posible la inmolación de su doncellez; a despecho de las dos ceremonias, le parecía que hasta que Emilio tomase posesión de ella, cual de un objeto adjudicado en almoneda pública, su libertad estaba aún intacta, y le era posible deshacer lo hecho. En su miedo apenas intervenía el sacrificio cruento del cuerpo, el misterio carnal; era sólo el pavor del calculista obstinándose en retardar esa última operación que va a descubrirnos, de manera inexorable, si un problema está o no bien resuelto.

Aquella misma tarde salieron para Elche, desde donde debían continuar hacia Alicante, Valencia y Barcelona. En la estación no faltaron las bromas de mal gusto, los plácemes de doble sentido. Momentos antes de partir, mientras la tía Adela llamaba a Emilito aparte para

entregarle unas antiguas monedas de oro escamoteadas a la catástrofe y varios billetes de Banco—el producto de una esmeralda vendida a don Marcos el usurero—, Elvira oyó decir a Emma:

—Ahora iba el doctor a casa de Antoñito... Dicen que tiene mucha fiebre.

Y aquella fiebre, nacida del alma en decepción y tortura, produjo en ella, por contraste, una contrición adolorida. ¡Qué distinta aquella fiebre de la que se asomaba, en impacientes chispas, a los ojos de su marido!... ¡Su marido! Este título, con el posesivo antepuesto, le sonaba de manera extraña. Ya tenía su marido, ya era de un hombre, ya iba a realizar esa ilusión que tantas veces mancha la infancia y pone rojizos celajes en el horizonte juvenil... ¡Ah, si pudiese deshacer lo hecho! Pero ya era tarde. Sonaron adioses, crujió el tren, las cosas cambiaron de sitio; y, de súbito, Emilio la cogió entre sus brazos, le buscó la boca, y puso en ella, no el beso suave que hubiera aconsonantado con sus preocupaciones, sino una caricia húmeda, violenta, de dueño que allana una propiedad insensible.

Y la prolongación de aquel beso fué todo el viaje. Ni en Elche, bajo los palmares cargados de racimos de oro, a la sombra blanco-violeta de los huertos, pudo conseguir tregua: incapaz de sentir el hechizo casi místico del paisaje, viva añoranza bíblica rezagada entre la feracidad de Murcia y la caliza sequía de Alicante, Emilio no la consintió gustar aquella paz casta; ni en Valencia la desperezada, ni en el viaje—¡que habría podido ser tan dulce!—por entre huertas, a lo largo del Mediterráneo, hacia Barcelona, Elvira obtuvo reposo para gustar otra impresión que la de ser perseguida, forzada, poseída sin suavidad, en ataques que hasta lastimaban su carne y ajaban sus ropas y su alma. Ante el más puro espectáculo, inesperadamente, no ya de tarde o de noche, sino en las mañanas—que por ser la infancia del día tienen algo de castidad—, Emilio imponíale el sacrificio, doloroso primero, luego repugnante, y al fin, a veces, sin que ella se atreviese a confesárselo, grato, pero menos que cualquier otro placer. Fué siempre, no importa dónde, el mismo cuarto penumbroso, la misma escena jadeante, la misma decep-

ción física, que le daba ganas de gritar a cuantas muchachas desconocidas encontraba: «¿Por qué os afanáis y desveláis por esto, necias, habiendo tantas otras cosas mejores en el mundo?»

En las demás cosas su voluntad triunfaba fácilmente de la de Emilio. Primero tanteó contrariarlo en los planes de inversión de tiempo, en la elección de platos, hasta en si debían ir por una calle o por otra; y él cedía sin trabajo, como si aparte el cuerpo de Elvira, todo le fuera indiferente.

—¿Quieres que vayamos a la noche al circo, en vez de ir al teatro que dijiste?

—Lo que tú prefieras; sí.

—Pues debíamos esta tarde, en vez de echarnos a dormir la siesta, escribir o leer.

—¡Ah, no; eso sí que no!

Y aquí la energía del macho era inquebrantable, e inútiles los esfuerzos de la mujer para disuadirlo.

Barcelona produjo a Elvira una impresión muy diferente a la que de Madrid recordaba; ciudad más monótona, a pesar de su variedad externa, menos cordial, dijérase que en ella los

transeuntes se eran mucho más desconocidos que en Madrid. El tráfico intenso y un poco brusco, la fealdad de algunos edificios y el lujo demasiado metálico de otros, la disgustó. Sin precisar su impresión, percibía, bajo la rudeza dialectal y el vaivén crematístico de la muchedumbre, el ansia de entronizar frente al señorío descuidado de la capital, que es siempre pueblo pintoresco cuando tiene el buen gusto de olvidarse de que es Corte, una plutocracia y una mesocracia troqueladas en el molde yanqui, sin espíritu selecto ni sentido hospitalario de ciudadanía. Cuatro cosas la compensaban del tenue mal olor de la ciudad, signo de internas podredumbres: los alrededores frondosos y agrestes, la intranquilidad política, la Rambla de las Flores, oasis fragante en medio del rudo pasar humano, y el puerto, siempre vivo, rayado de múltiples sierpes luminosas durante la noche, con sus cien mástiles sugeridores de ideas de aventura y sus súbitos alaridos de sirenas propagados de monte a monte, a modo de gritos de alerta, hasta el fatídico Montjuich.

Al revés que ella, Emilio reducía todas las

imágenes al común denominador de su pueblo. Por grande, por heterogéneo que fuera el espectáculo, encontraba medio de empequeñecerlo o relacionarlo con algo de Guardamar. Era un fenómeno involuntario, y no había en él ni complacencia ni repugnancia, como no la hay en un espejo turbio y mezquino al copiar las cosas. Para él, desde los sitios más apartados del orbe partían radios que iban a morir en la plaza rodeada de tristes soportales por donde paseaban los mozos y las mozas, sin mezclarse nunca, los días de fiesta. No había camino del mundo que no lo llevase hacia aquel Guardamar odiado por Elvira.

Por esto tuvieron las primeras disensiones matrimoniales, las únicas traducidas en palabras:

—Aquel barco de dos chimeneas me recuerda un vaporcito de juguete que hizo en Guardamar hace años el hijo del recaudador de contribuciones.

—¡Qué cosas tienes, Emilio!

Poco después, ante un escaparate de modas, dijo:

—Aquí sí se daría gusto Elías Romero, ¿eh?

—Se daría mucho más en un pesebre—respondió ella.

Luego, en un teatro donde salía un coro de atletas, no pudo reprimir esta picaresca exclamación:

—¡Quién viera aquí a Rosita Gil!

Y como habían sido las tres remembranzas en el mismo día, Elvira tampoco pudo contenerse, y le dijo:

—¡Basta ya con el dichoso Guardamar!... No vayas también a tener el mal gusto de decirme que el jorobado que vende billetes a la puerta se parece a Antoñito. Sólo te faltaba eso para amargarme del todo el día de hoy...

Y él se quedó atónito, sin explicarse la inmotivada cólera y sin atreverse a protestar, temeroso de que ella no quisiese acceder luego a sus demandas.

Una tarde, seducida por el espectáculo del mar y de los navíos, tras una de esas siestas en que se quedaba primero extenuada y después furiosa, al oír a Emilio roncar con un ronquido parecido al de Emma, se apretó contra él y le propuso:

—Mira, vamos a tomar el barco que sale mañana.

—¿Volver embarcados?

—No; volver, no; irnos... El que sale para Buenos Aires.

—¿Qué dices?

—Sí, óyeme... En el pueblo todo es sórdido, mezquino... No saldremos nunca de la miseria; y si salimos nosotros, la tendremos alrededor; mientras que allá podremos trabajar los dos, no importa en qué, y labrarnos una vida nuestra... Tenemos bastante para el viaje... Anda, sé valiente.

La voz era, por vez primera, tan amorosa, tan insinuante, que él tuvo miedo; y para no entregarse, le respondió con brusquedad, casi groseramente:

—Pero, ¿te has vuelto loca?... No creerás que yo puedo ponerme a trabajar como un jornalero... ¡No faltaba más!... Recuerda que mi apellido es también tuyo ya.

Esta dialéctica al mismo tiempo pueril y terrible, esta impasibilidad ante las seducciones de la vida, produjo en Elvira una reacción de

momentánea renuncia. Todo era inútil: su sacrificio, sus ensueños, su indudable dominio sobre los únicos resortes que tenía aquella alma desprovista del auxilio de la inteligencia y asaeteada por los sentidos. El verlo comer, el verlo dormir, el sentir su deseo sudoroso, hasta el verlo beber agua, la entristecía. No había visto nunca hombre con más necesidades materiales. La gula, la lujuria, la pereza, los pecados que apenas necesitan del alma, llenaban en él el espacio de todos los demás pecados.

Extraño a las ideas y aspiraciones grandes, ofrecíale Emilio, cual teclado rudimentario de un órgano sin voces angélicas ni voces graves de pasión, sólo tres registros menguados en que aparecían escritos con el barro inicial estas palabras tristes: «Apetitos; sumisión a las tradiciones e indiferencia por su origen; conformidad.» Para Emilio, el vasto mundo era sitio por donde se puede pasar, mas en donde no se puede vivir... ¡Guardamar... Guardamar siempre!... El lugarejo que guardaba el pedazo de mar, guardaría también su alma inquieta de oleaje, ansiosa de borrascas, de limpia inmensidad; su

pobre alma, que acaso tendría, a semejanza del pedazo de Océano detentado por la tierra inhóspite donde nació, que reducirse a lavar las inmundicias del pueblo. Sería, pues, preciso, caso de no entregarse a una desesperada molicie, multiplicar y estrechar su empeño y obligar a Emilito a ejercer dominio sobre el perdido feudo. Puesto que le era imposible emigrar, aceptaría la tarea más pequeña y más triste. Restauraría la casa, obligaría a sus hombres a intervenir en la política, daría a los escudos semiderruídos realidad de bienestar. Y por no desesperar ante el gesto de tedio o ante las impaciencias lúbricas con que Emilio acogía sus planes, decíase: «Es muy pronto aún... Será mejor saciarlo antes, apartarlo de esta vida provisional de viaje en que los vicios se exacerban y el carácter más firme se torna frívolo, serenarlo y fortificarlo en el campo.» Y en vez de esperar a que se consumiese el dinero presupuestado para la estancia en Barcelona, contagió a Emilio de su deseo de irse a la finca—lugar de recogimiento preparatorio del regreso—, y partieron una mañana clara de octubre.

Al llegar al campo experimentó Elvira la impresión más grata desde el día de la boda: la cortesanía seria, humilde, con que salieron a recibirlos los guardas, le pareció un anticipo del anhelado vasallaje. En el caserón destartalado, vetusto y oloroso a abandono, se respiraba una nobleza agraria. Por los caminos, los labriegos se quitaban el sombrero respetuosamente; y aun los más ricos y alejados del antiguo señorío de los Rocas decían al verlos pasar:

—Son los señoritos de «La Pinada...»

En el vasto silencio del campo, mientras Emilio cogía la escopeta y se iba seguido de los perros en busca de liebres, o pasaba las horas somníferas del mediodía metido en un puesto, sin leer nada, probablemente sin pensar en nada, en espera de que las perdices, atraídas por el macho enjaulado, acudieran, el alma de Elvira, viajera incansable, iba a recorrer paisajes del pasado o a perderse en las brumas del porvenir. Por las tardes, bajo el fresco rumor de la arboleda, solía pasear sola, ir a ver mo-

rir el día desde una colina; y desde allí oteaba los llanos en donde antaño reinara con dominio pleno la familia en que acababa de entrar por la puerta estrecha del matrimonio. ¡Ah, si aquellas tierras pudieran volver a ser suyas! A ser suyas, no ya por la avaricia de poseer: a ser suyas para que la energía de su ser, incapaz del egoísmo de satisfacerse solo y ávido de realzar la vida de cuantos no saben vivir, hallase en los campesinos no contaminados aún de la estrechez de los pueblos, arcilla viva que moldear... Este anhelo de altruísmo encontraba ejemplos de su acción a todo lo largo de sus remembranzas: en el colegio de párvulos donde conoció a Antoñito, en el otro colegio de niñas, en su casa, entre las amigas que poco a poco fueron apartándose de ella para no sufrir el acicate, a veces cruel, de sus censuras y exhortaciones. Siempre quiso desdoblar su energía sobre alguien; no había nacido para subalterna; pero su despotismo no era malvado... Su envidia no fué jamás a envolver con amarillo vaho a quienes disfrutan riquezas; ni los vestidos, ni las joyas, ni los automóviles, constitu-

yeron imán para su deseo; en cambio, la posibilidad de evangelizar un grupo de almas pobres y de rescatarlas del error de no aprovechar plenamente el don de la vida, fué su manía noble. ¡Cuántas noches, bajo el parral, obstinóse en enseñar a leer a la mujer del guarda, sin ceder ante la bestial torpeza, acariciando, a cada esfuerzo realizado para contener sus nervios, la quimera de que aquella semilla de sabiduría pudiera fructificar más tarde... Era algo maternal, instintivo, larvado en las entrañas del espíritu, sin intervención del entendimiento. Tal vez una forma misteriosa de la herencia del ama... «¡Ah, ella triunfaría al fin en el pueblo; y por su influjo la vida de Guardamar llegaría a ser más sonriente, más próspera, menos enturbiada de concupiscencias!...»

Algunas noches la tensión mental, el ir y venir de sus reflexiones, la dejaba extenuada, con un cansancio físico tras el cual le era doloroso hasta moverse; y entonces decíase para volver a pensar lo mismo a los pocos minutos: «Ea, ahora a olvidar, a dejar que el campo cumpla su obra sedante... A criar firmeza y fuerza.

Vale más no devanarse los sesos y almacenar energías para después.» Ignoraba que un triste ginebrino había escrito estas palabras acerbas y terriblemente verídicas contra los desmanes del análisis: «El grano pulverizado en el molino no puede ya nunca germinar.»

Pocas tardes antes del día señalado para el regreso, Elvira vió, desde el altozano adonde solía ir a contemplar el crepúsculo, a Emilito en compañía de un desconocido. Venían por un sendero estrecho, hablando: al pronto pensó que fuese algún viajero obligado a descender del automóvil por cualquier accidente; pero pronto advirtió que el automóvil se encaminaba hacia la casa y que junto al *chauffeur* iba el chico del guarda, guiándole. Cuando Emilito y el forastero estuvieron cerca, notó Elvira que éste era un hombre joven, recio, de tez muy morena. Los ojos francos y el hablar muy meloso—que le rocordó al punto al marido del ama—no pudo percibirlos hasta poco después.

—El señor—dijo Emilito turbándose un poco,

como siempre que hablaba con hombres—me dice que viene de Guardamar sólo por verme y...

—Vengo, señora, a proponerle un negocio.

—Es mi mujer.

—Pues tantísimo gusto, señora... Vengo, porque en Guardamar no he podido entenderme con los padres de su esposo acerca de un proyecto mío sobre los terrenos que tiene hipotecados a su tía Adela don Marcos; y como su marido ha de ser el heredero único, y a mí me gusta mucho más entenderme con gente joven...

—Si mi tía Adela y, sobre todo, mi padre, que es el cabeza de familia, no son de su opinión, temo que haya hecho el viaje inútilmente.

—En ese caso, con volverme está todo listo... Mi proyecto era más útil para Guardamar que para mí... Se trata de un capricho sentimental: fabricar un lavadero y una planta de luz eléctrica... Nada por lo visto, ya que usted ni quiere tomarse la pena de oírme... En fin, que me he equivocado. Siento que ustedes sean tan poco jóvenes.

Elvira, herida por la frase y por el tono, intervino:

—Si, como dice el señor, los terrenos han de ser tuyos y el asunto interesa al pueblo entero, lo menos que puedes hacer es escucharle... Háganos el favor de venir a la casa y de quedarse a cenar con nosotros... De sobremesa hablarán ustedes... Por aquí.

Emilito, al oír a Elvira, cambió en seguida de actitud; el desconocido acomódose sin hacerse rogar a la proposición. Mientras iban despacio hacia la casa, Elvira sintió la inquietud de no saber quién era aquel hombre... ¡Acaso había hecho mal en imponer su voluntad a Emilio! Sin embargo, una voz persuasiva decíale desde dentro del alma que había hecho bien, y que aquella tarde quedaría para siempre fija en su memoria sin que el recién llegado interviniese apenas. Al subir un repecho, como ella se rezagase, él se detuvo y, con galantería brusca no exenta de gracia, le preguntó:

—¿Qué, se cansa usted?

—Oh, no... Es que siempre me entra pereza de volver a casa a esta hora... Las acacias, el

tomillo, hasta los jarales, perfuman de un modo que da no sé qué encerrarse entre cuatro paredes. Y luego este silencio, esta luz suave que acaricia... Hay tardes en que me parece que este campo es el más lindo del mundo... Verdad que nunca he visto otro.

—Todos los campos tienen su grandeza; pero el campo de uno parece que tiene más... Yo también soy de por aquí...

—Creímos que era usted americano, por el acento—dijo Emilio.

—Pues soy de aquí... Del mismo Guardamar; y más de una piedra he tirado de chico al farol del zaguán de su casa... Y hasta puede que le haya dado a usted algún zamarreo, porque, según dicen, fuí tremendo de chico.

—¿De modo que usted me conoce?

—Y usted a mí, sólo que no me recuerda; y eso que cada cual, usted por su nobleza y yo por... iba a decir que por mi nobleza también, pero era por mi fuerza, marcábamos los dos extremos sociales de Guardamar... Mi padre era Juan el trajinante.

El doble «¡ah!» que suscitó esta presentación

fué tan unánime como diverso de sentido; el de Emilio decía esa displicencia de quien, seducido un momento por engañosas superioridades, recobra al fin su posición preeminente; el otro era mucho más complejo: constituía la soldadura entre el azar actual y lejanas y misteriosas remembranzas. Viendo su desenvoltura, el dejo de orgullo nada jactancioso, su aire viril y la impresión que, a pesar de la melosidad del tono, la hizo prejuzgarlo opuesto en carácter a aquel criollo marido del ama—una de las más antipáticas figuras de su recuerdo—, Elvira sintió una ráfaga de superstición. ¡Aquel era el hombre con quien su abuelo se obstinaba en querer casarla! ¡Aquel era el autocreador, el cabeza de raza, el hombre de inteligencia firme y regazo blando en el cual podía una mujer abdicar de sus pretensiones de dominio!... Sin disimulo, su mirada iba de Emilito a él, comparando lo conocido con lo supuesto. Y como tras el doble «¡ah!» de sorpresa el silencio seguía y amenazaba volverse hostil, le preguntó:

—¿De modo que ha hecho usted fortuna por allá?

—Sí, bastante...

—Y ahora viene a retirarse, claro.

—¡Oh, no! A mi edad y con mi genio me sería imposible... Yo no lucho por tener tanto o cuanto, sino por el gusto que me da sentir mi propia fuerza... Lo bueno no es nunca llegar, sino ir.

La cena fué jovial: un hálito juvenil animó la conversación, y hasta Emilito se mostró menos rígido y torpe que de costumbre. El hijo del buhonero contó su vida con tal desenfado, rehuyendo con tan natural tino el atribuir a sus méritos el triunfo, que la atención de Elvira quedó presa desde las primeras palabras. Para reconstruir mejor los episodios, cerraba él a veces los párpados, y entonces la voz, hasta pocos momentos antes desconocida, sonaba en los oídos femeniles como algo familiar, más aún, como algo propio, y los ecos que alzaba en el alma antojábansele a Elvira ser los de su misma voz transfundida a un cuerpo de varón, libre de esas trabas que ponen ante la mujer la disyuntiva de reducir su personalidad a la pasiva de un objeto que a todos se presta, o a

soportar con protesta estéril la mezquindad de la familia, de la aldea o de la ciudad.

Vicisitudes, nostalgias vencidas por la voluntad, rudas tareas, luchas, éxitos conquistados con esfuerzo y con sangre, fueron pasando por la conversación. Pero poco a poco, a medida que Elvira comparaba a los dos hombres y gozaba la ilusión de ver en un espejo humano su propio ser victorioso por la única supremacía del sexo, la simpatía primera, en vez de crecer, trocábase en una hostilidad absurda, hecha de afinidades y despecho. Era una marejada odiosa, ajena a su razón, que le subía desde el fondo del espíritu, dictándole pensamientos coléricos, frases capciosas que le era preciso esforzarse para no decir, ansias de mortificarlo con esa certera y estúpida complacencia empleada a veces contra nosotros mismos. Al servirse el café ya tenía, sin darse cuenta, formado el propósito de oponerse a los designios de aquel hombre, fuesen los que fuesen. En dos o tres ocasiones le llevó la contraria, deseosa de chocar; y al ver que él sonreía y dejaba resbalar sus palabras cual se esquiva con piadosa

negligencia el arma del enemigo demasiado débil, perdió la serenidad y comenzó a hablar con acritud:

—No todo en el mundo es el dinero; hay cosas que no se compran ni se venden.

—Lo que pasa es que hay otras muchas clases de moneda, señora. Cada pasión acuña la suya.

—Pues en ese caso, las del abolengo y la estirpe son las que no entran en el comercio ni pueden ni deben cambiarse, ¿no le parece?

—Psch... No, no me lo parece, porque la nobleza no es una pasión, sino casi lo contrario. La nobleza acuña medallas, pergaminos, ejecutorias... Y esas, dispénseme que se lo diga, se compran y se venden, y no muy caro, créame... La pasión está en desear, en conseguir, en violentar... No en aceptar.

—Esas son tonterías o algo peor.

—Diga usted el calificativo... No tema ofenderme. No soy de los que hacen las cosas y se asustan luego de los nombres.

Elvira se mordió el labio para no seguir. Le daba vergüenza hablar con una voz que no era

la suya, contra aquella otra voz que decía sus ideas, sus ensueños de toda la vida, con la ventaja de haberlos realizado. Se levantó, y bruscamente, sin acceder al ruego apurado de su marido y a las insinuaciones del visitante, salió so pretexto de dejarlos solos, «porque los negocios se tratan mejor entre hombres», para desear, apenas estuvo fuera, volver a entrar, y sin atreverse siquiera a oír detrás de la puerta, según la inspiración femenina, por temor de otro obstáculo femenino también: la insaciable curiosidad de la mujer del guarda. Anduvo de un lado a otro largo rato, descontenta; dispuso habitaciones por *si aquel señor* quería quedarse, y luego se acostó, sin lograr dormir. Mucho rato después entró Emilio y le dijo que, a pesar de la hora, el forastero se obstinaba en marchar. Ella se hizo la dormida, y al fin se durmió con sueño intranquilo. A media noche tendió un brazo y acarició a Emilio, que despertó sorprendido ante aquella caricia, la primera de quien, cuando más, había sido sumisa aceptadora... Elvira soñaba: el abuelo era joven y no era su abuelo... Los dos se querían e iban ca-

mino de Venezuela en busca de un tesoro enterrado... La tez del misterioso ser que siendo su abuelo era su novio, su amante, su todo en la vida, era cetrina; los ojos, francos; la voz, algo melosa, gustaba decir ideas sencillas, fuertes, prontas a convertirse en hechos... Y de pronto, el abuelo, el desconocido, el novio... se hacía pequeño, muy pequeño, infantil, y le salían de la espalda y del pecho sendas jorobas lamentables.



VIII

Al regresar al pueblo, Elvira tuvo un presentimiento doloroso: aquel regreso era el decisivo. Aun cuando volviese a salir alguna vez de Guardamar, no sería ya sin dejar parte de su ser en rehenes, y con la certeza de tener que volver, no a rescatarlo, sino a reintegrarlo. Fueran cuales fueran su energía y su capacidad de acción, ejerceríanse allí. Su vida no tendría otra órbita.

Y con pesar se confesaba que su primer paso como señora del pueblo había sido casi un delito. Las abortadas negociaciones para ceder

los terrenos hipotecados por la tía Adela en beneficio de Guardamar, a condición de que el indiano edificase en ellos un lavadero y una escuela pública, constituyeron para Elvira algo misterioso en que intervino una potencia hasta entonces extraña a su ser. Dijérase que el demonio apoderábase de su voluntad, de su pensamiento y de sus palabras, para atizar la estúpida desconfianza de Emilio y de los suyos. Las suspicacias más idiotas, las razones menos dignas de este nombre, fueron sugeridas o dichas por ella. Suyo fué el gesto más mojigato cuando, tras rastreras averiguaciones, supieron que el filántropo vivía sin casar, maritalmente, con una mujer; suya fué la insinuación, aseverada poco después por todos, de que el capital había sido hecho traficando con negros entre América y África; suyas las simientes, funestamente fructíferas, de dudas, de suposiciones de futuros lucros, de calumnias, de imbéciles masonerías e insensateces que en ningún otro sitio hubieran obtenido más eco que el de la risa desdeñosa.

—Es un hereje, se ve a la legua...

—No se hace un capital como el que dicen que trae, así como así...

—Esos villanos enriquecidos creen que se puede comprar la fe y la dignidad de un pueblo cristiano como se compra el ébano vivo.

—Mientras haya un átomo de patriotismo en Guardamar, ni una sola conciencia se venderá.

—Sólo el maestro de escuela lo saluda ya, y ése lo hará con su *conqué*.

Pero cuando Elvira se quedaba sola, libre de aquel espíritu suplantador, el remordimiento transformábase, primero, en propósito, luego, en desesperación, y después, en lágrimas. Y habituada al fenómeno del desdoblamiento, cual si hablase con otra persona, se decía:

—¿Por qué eres así? ¿Por qué te complaces en mortificarte y en ir contra tus convicciones de siempre? No seas cobarde, que te ha de pesar... Apártate de ese remolino y ve por el sendero estrecho, a su lado, frente a los demás... ¡Sigue el buen consejo que te doy!

Y, sin embargo, el otro *yo,* en cuanto cesaba la soledad, reanudaba contumaz la mala obra.

Una esperanza quimérica llevábala a atribuir al hijo del trajinante, para aquella pugna, la tenacidad y el esfuerzo que sin duda supo poner él en otros actos. ¡Con qué gusto se habría humillado ante aquella derrota! ¡Con qué contrito goce se habría pasado, al primer signo de triunfo, al enemigo que tan cerca estaba de su alma!... Mas esa tenacidad y esa energía, sin duda las características espirituales del desconocido, no sólo no reaparecieron, sino que la fatiga, el asco de ver repudiado con tanta paletada de cieno su romántico altruísmo, dieron pronto su fruto: una carta seca de despedida, equivalente a un encogimiento de hombros. «Guardamar en mi recuerdo era algo muy querido...—decía en el párrafo último—. Porque nunca necesité de él parecía que lo quería más... Visto ahora, y vistas, sobre todo, las personas que debían sacarlo del mísero atraso en que lo dejaron, me ha producido, aún más que antes, el ansia de emigrar otra vez y para siempre, sacudiéndome en la estación el polvo de las botas.»

Cada una de las palabras de la carta le pareció a Elvira ofensiva, justa y escrita sólo para

ella. ¿Por qué aquel hombre no supo adivinar tras sus primeras frases de oposición, aquella noche de la cena del campo, una aliada? ¿Por qué en las discusiones sucesivas encaróse siempre con los Rocas, con el cura, y fingió no reparar en ella, que habría podido reducirlos a todos?... Sólo él se había mostrado esquivo, sin parecer siquiera reparar en las odiadas gracias del sexo, que aun los más indiferentes de Guardamar codiciaron alguna vez. Ni su espíritu ni la juventud de su carne habían bastado a apartarle siquiera un momento de su trayectoria de hombre de brega... ¡Quién sabe si el recuerdo de otra mujer lo hacía insensible para los atractivos de las demás!

Tal vez por eso—despecho misterioso de la mujer que se ofende cuando no solicitan lo que no está dispuesta a dar—le interesaba y dolía más el carácter inexorable de su enojo... «Porque nunca lo he necesitado ni ha de ser ya nada en mi vida, lo quiero más»—decía la carta... Por análoga causa habría ido ella a arrodillarse y a pedirle perdón, cuando ya era tarde... Y con una esperanza oscura, salió con Emilio, lo

hizo pasar por la fonda, y ya allí, le preguntó al mozo:

—¿Se ha ido por fin ese señor?

—¿Cuál?

—El indiano ese; el hijo del trajinante.

—¡Ah, Perico!... Sí; se fué hoy...

—¿Y no ha dejado nada?... ¿No volverá?

—Quiá, nada... Hasta me dió unos zapatucos de esos de dos colores, que se va a quedar bizco el señorito Elías Romero cuando me los plante... Dijo que por haberlos *llevao* aquí, me los dejaba.

—Buen rumbo lleve...

—¡Bien debe haber *robao* por las Américas!... Al irse me alargó diez duros y me dijo: «Toma... ¿Sigues bebiendo tres frascos de vino de una sentada, como antes?» «Hoy van a ser cuatro» —le respondí. Y entonces él va, y largándome dos duros más, siguió: «Aquí creen que tú eres el más bruto del pueblo, y no es verdad: lo que pasa es que eres el bruto menos... ¿cómo dijo?... adúltero... no, *adulterao* o cosa así.»

El vino había desatado aquella lengua a diario torpe y siempre tropezante en interjecciones

y blasfemias, y fué preciso dejarlo con la palabra en la boca en medio de un párrafo que aun proseguía cuando torcieron ellos por la primera calle. El golpe dejó a Elvira anonadada; varios días tardó en reponerse, y durante muchos, cual si necesitara embriagarse de algo para olvidar, cayó en una especie de frenesí de los sentidos: comía glotonamente, contra su costumbre; dormía con exceso, y Emilito la conoció en un aspecto ignorado y temible: en el de vampiresa. De esta época de sensualidad brutal, de complacencia de la carne, fué saliendo poco a poco, como se sale de una enfermedad grave, y quedó extenuada, lánguida, con una propensión inevitable a llorar sin motivo inmediato, sin que a veces fuera preciso siquiera que el recuerdo se fijara en algo triste, cual si estuviera tan saturada de dolor que el hecho de ensimismarse bastara para cuajar las lágrimas. No salía, y en cuanto la dejaban sola, por las tardes, subía al terrado, el más alto de Guardamar, y desde allí contemplaba un espectáculo para ella nuevo y henchido de sugestiones: veía al pueblo en un aspecto a la vez total y esque-

mático. Las calles eran líneas que, al alejarse, se estrechaban; las plazas, pequeños ensanchamientos en el dédalo de entrecruzadas rectas; el puerto apenas si parecía, a lo lejos, un espejo roto. Allí, en aquel esquinazo, se consumía de salacidad Rosita Gil; aquí cerca, bajo esas tejas pizarrosas, penaba Antoñito; allá estaba su casa de antes, la que encerró su infancia, sus primeros anhelos, sus riñas con doña Julia, con Emma y consigo misma... El pueblo, visto así, en aquel círculo simbólico del cual era centro su nueva casa—la «casa de los escudos»: ¡cuánto misterio reducido a vulgaridad!—, adquiría un aspecto más impersonal, más suave: era el pueblo todo, visto y sentido desde lo alto, fuera del tiempo; y el múltiple rumor de su vida, idealizado por la paz azul del crepúsculo, antojábasele ser la voz profunda, no sólo de los vivos, sino de los muertos y de los no nacidos aún, que se elevaba hasta ella para decirle: «¿Por qué has ahuyentado sin motivo, sin tener siquiera razones personales que oponer a la colectividad, al hijo pródigo deseoso de traer un tributo con que endulzar nuestra vida de hoy y abrir

carriles al progreso?... Has hecho mal, has sido ingrata, has pagado con baldío egoísmo la maternal rudeza con que te criamos, has perjudicado a tu pueblo sin favorecerte; por eso lloras en los insomnios y sobresaltan tus sueños monstruosas imágenes que dejan en tus días estela de amargura... Tú no quieres confesarte por qué lo has hecho; mas nosotros leemos en tu alma, y no nos puedes engañar. Pecado de orgullo que no se redime es tu pecado.»

Trastornos fisiológicos acentuaban el estado de opresión espiritual; todas las mañanas sufría mareos, náuseas, un desgano invencible, un deseo de estar sola con los ojos cerrados, sin pensar en nada, sin recordar nada, viviendo apenas. Esta ausencia abolía poco a poco el dolor y hasta la sensación de existir; y así estaba con el alma suspensa y desligada de la realidad durante largas horas. A veces el repentino sonar de una voz la estremecía, mientras otras el espíritu estaba tan fuera de ella, que la estupidez de la tía Adela, la vacuidad de su suegro y cuantas cosas excitaban antes su disgusto, la dejaban en una indiferencia amorfa... Súbitas ráfagas de lucidez

autocrítica la hacían decirse: «Vamos, Elvira; hay que resistir, hay que resucitar. Pareces un objeto sobre el que resbala la vida deteriorándolo. ¿Qué puede importarte un desconocido? Ayer no era nada en tu vida, y mañana su paso se borrará como el de una estrella fugaz... Ea, levántate. Recobra tu alma y lucha.» Entonces, venciendo la resistencia del cuerpo, laxo y pesado cual si estuviese convaleciente o próxima a caer enferma, se vestía e iba hasta su casa. Sólo dos meses la habían separado de los suyos tanto, que, no ya las personas, hasta los lugares y los objetos que constituyeron el marco de su vida anterior, parecíanle extraños. Su madre y Emma cuchicheaban a escondidas y cortaban con ofensiva brusquedad las conversaciones al entrar ella; su padre la acogía con una frialdad mitad de ser extraño mitad de ser inferior que no osa alzar los ojos hacia los grandes; y uno de esos días en que se sintió aislada entre ellos, la necesidad de algún afecto balsámico pudo más que el miedo y la llevó a entrar en el cuarto del paralítico, esquivado hasta entonces.

Al oírla abrir la puerta, los ojuelos mortecinos tuvieron un corto fulgor, y el anhelo debió ser tal, que el cuerpo pareció ir a animarse con un movimiento imposible:

—¡Abuelo!... ¡Abuelito!

—Ya sabía yo que vendrías al fin... Creo que por esperarte no me he muerto.

Los sollozos, sofrenados a costa de una energía que los filtraba suspiro a suspiro sin dejarlos desbordarse en esa crisis exasperada tras la cual empieza el consuelo, rompieron los diques, y una congoja de aflicción la sacudió, removiendo sus pesares más hondos. Sentía en aquel minuto que no en la adversidad, sino en su propia conducta, estaba la causa de su juventud malograda, de su libertad perdida, de aquel paso frío y sin goces por las etapas que hasta en las vidas vulgares poseen esa fragancia —hecha de mentiras—que crea la verdad única de la hora vivida con deleite. Y como si ante el patriarca de su familia, añoso tronco hendido por el rayo de la Muerte, sintiese el deber de confesar sus culpas, cayó primero de bruces sobre el lecho y luego se arrastró de rodillas has-

ta besar la mano muerta y llenarla de lágrimas:

—¡Ay, abuelo, perdóname..., perdóname!... Tanta ilusión que tú pusiste en mí para esto... ¡Perdóname!...

Fué un momento patético, casi dulce. Las palabras se repetían balbucientes una y otra vez, mojadas de llanto, en un ritornelo cuyo dolor se hacía infantil. Cuando el torrente perdió violencia y adquirió al fin el desmayo de la humildad, de entre la barba de plata surgió la voz temblona de años y de penas:

—No llores así... Todo tiene remedio en el mundo, nenita... ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—¡Ay, abuelo, abuelito!... ¡No debes nunca perdonarme!

—¿Y cómo no perdonarte, si eres desgraciada?... Tú eres mucha mujer, y por eso yo quería para ti un hombre de temple, que a besos, o a manotazos si era preciso, te apagara ese fuego de la imaginación y te hiciera ir tras él como una corderita contenta... ¡Y te me fuíste a casar con ese muñeco..., con esa parodia de hombre!

Siguió un silencio, y el anciano lo cortó con esta proposición inesperada:

—Si pudiéramos convencerle para que fuérais a Venezuela... Yo os daría bien las señas del lugar donde está enterrado el tesoro.

Aquella nota maniática palió la aflicción y puso en los labios de Elvira la sonrisa bajo el húmedo cortinaje del llanto... ¡Todo era así en la vida: las vetas puras y la escoria se mezclaban inseparadamente, y con la sal de cada lágrima podía sazonarse un chiste grotesco! Bastó aquella rendija de luz para dejar al alma juvenil la necesaria tregua. Un suave y momentáneo arco iris limitaba el horizonte. Como en sus días de soltera, le mulló la almohada y le recortó la barba; hubiese querido detener el tiempo, olvidar en aquel remanso que había trocado ya las esperanzas en realidades... Pero el odiado reloj del comedor sonó tres campanadas irónicas, lentas, repetidas tras corto intervalo, y fué necesario partir.

Siempre que regresaba a su nueva casa, viniese de donde viniese, Elvira acortaba, sin darse cuenta, el paso.

El anacronismo del centenario caserón tenía viva correspondencia en la familia, que, al amparo de las paredes, se hurtaba a los deberes y hasta a los goces de su tiempo. Ante aquella inercia, la voluntad más dinámica era infructuosa; ni construir, ni restaurar, ni oponerse con acción alguna al desastre, era posible entre aquellas gentes La ruina corría con velocidad acelerada por un camino inclinado imposible de desviar. El caserón, con sus balcones volados, su escudo de granito, su estilo híbrido y sus desconchaduras descubriendo tras la imitación a piedra el ladrillo y la grava; y la familia, con sus indolencias, sus desconchaduras morales, sus ineptitudes para ser abejas activas en la vida, cada vez más intercambiada, del mundo, parecían víctimas del mismo fatalismo... Por eso Elvira retardaba, con subconsciente cambio de paso, el retorno. No había salido de su casa hacia la libertad, según soñó, sino de una prisión a otra.

Al amortiguarse con los días la caprichosa esperanza de que el hijo del trajinante iba a escribirla, un renuevo de activa energía volvió a

poseerla y se puso al trabajo. Con ardor heroico registró papeles y fué poco a poco enterándose de las deudas, de los gravámenes, de los lazos tendidos por los prestamistas y el desorden. Escribió en un libro—tomado a crédito también—cifras que, obedecidas durante algún tiempo, podrían redimirles; propuso un plan adoptado con entusiasmo y abandonado con presteza. Quiso contrarrestar con su laboriosidad la incuria de todos, y cansó su cuerpo con las más rudas labores del hogar... ¡No fué posible! Ninguno allí era malo; pero ninguno era capaz de mostrar tesón, de sentido ideal, ni siquiera de sentido práctico. Del espíritu que creara su alcurnia quedaba sólo algo de altivez y unas cuantas palabras huecas: Don Quijote y Sancho habían pasado inútilmente por el mundo para ellos. Su nobleza estaba a flor de labio siempre, y ningún sacrificio se imponían para sacarla del arroyo. Y Elvira llegó a sentir con mayor intransigencia la superioridad del apellido que no era suyo, y a llorar con mejores lágrimas que los verdaderos nobles el auge dilapidado e irrecobrable.

Cada dos o tres meses, don Marcos, el usurero, tenía con su suegro una conferencia en el despacho; entonces sobrevenía una época de «vacas gordas»: su suegra salía con vestidos joyantes y regresaba agobiada de paquetes; la tía Adela reponía sus novelones y sus devocionarios; Emilito estrenaba un traje; al hermano ausente se le giraba algo; el padre adquiría un par de perdices machos para la caza... Y lo demás se pulverizaba entre la cohorte de acreedores. Todo era, pues, inútil, inútil.

El Emilito entusiasta de antes sólo lo recobraba Elvira por las noches, en la intimidad de la alcoba, cuando ella, más que de responder a sus caricias, tenía ganas de llorar el fracaso. Por el día era otro: en cama hasta la una, vagoroso después por los salones de alto artesonado, sentándose tan pronto ante cualquier bargueño en actitud meditativa—para no pensar en nada—o tumbándose aún en uno de aquellos divanes que, con esa ironía latente de las cosas, parecían complacerse en conservar las huellas de tantas perezas, caían sobre él las horas como la simiente de la parábola en el pe-

dregal. Elvira llegó a atribuir aquella dejadez a algún sortilegio de la casa. ¿Tendría la sombra de los muros el poder letal de la sombra de algunos árboles? Su cabecita, que ella creyera tan segura, comenzaba a buscar en supersticiones la razón de aquel desconcierto, sin resignarse a confesar que no tenía otra razón misteriosa que ese misterio hijo de nuestra imprevisión, que con partículas de pereza y momentos de indecisión, crea en el tiempo montañas de imposibilidades.

Jamás ninguno de la familia tuvo para ella palabras sin mimo: todos la querían; la suegra habríase endeudado hasta lo infinito por traerle regalos de la calle; la tía Adela hablaba a los cuatro vientos de su hacendosidad, de su distinción, «que la hacía tan diferente de la demás familia», y nunca vino el suegro de caza sin traerle asignadas ya las mejores piezas; su marido era sumiso, fácil de manejar y de anular en cuanto no contrariara su animalidad. No quedaba siquiera el recurso de la cólera. Parecían irresponsables niños; y Elvira casi no sabía si condolerse o indignarse, al verlos pre-

tender suplir con zalemas su enorme incapacidad para la vida.

EN su desesperación y en su candidez, empezó a salir sola en busca de las ventajas materiales que no cuidaban de gestionar los hombres de su casa; y en todas partes leyó, primero, el estupor, después, la ironía, y luego, el deseo impuro de cobrar en la sola moneda que una pobre mujer joven puede dar a la codicia de los machos, lo único que en el atraso de los países parasitarios del progreso no puede intentar una joven: disputar a la injusticia unas migajas del botín. Tenía algo levemente cómico y hondamente triste verla solicitar para Emilito, sin que él lo supiera, un buen empleo del diputado de paso o una tregua del administrador de contribuciones. Alucinada, pidió a unos y a otros con inútil afán, sembrando despechos, despertando concupiscencias en muchos que no la hubieran deseado siquiera a no habérseles acercado en actitud menesterosa. Cuando llegaron los apuros económicos, su actividad se multiplicó. Un viejecito con fama de rico, de

ilustrado y de misántropo, después de negarle el favor que le demandaba, le dijo lealmente:

—No lo hago porque no puedo hacerlo... Si la Casa Roca no fuera un tonel de las Danaides donde cuanto se tire es inútil, yo haría un sacrificio sólo por usted... Y ya que no puedo darle lo que me pide, le daré al menos el consejo que no pide: Vuélvase a su casa y no busque... Sobre todo, no haga caso de promesas... *Memneso apistein*... Si alguno le da algo, no bastará sin duda para salvarla y de seguro la perderá.

Don Marcos fué más explícito, menos desinteresado, y prescindió de eufemismos y latines. La recibió en un gabinetito oscuro, se sentó en un sofá junto a ella, le tomó las dos manos, y tardó más de media hora en decirle que aquello que le pedía era dificilísimo. Detrás de cada negativa ponía con cruel habilidad varios puntos suspensivos abiertos a la esperanza. «Difícil no quiere decir imposible, claro; pero...» Mientras hablaba de garantías, de pactos de retro, de lo mucho que la Casa Roca le debía a él, tan sacrificado por todos, Elvira sentía las ma-

nos rugosas oprimirla, deslizársele por los brazos en áspero rozar que de cuando en cuando adquiría la repugnante tibieza del sudor. El diálogo anheloso y perentorio por parte de ella, tenía en el viejo taimado una escurridiza vaguedad; y poco a poco se le iban encendiendo el rubor y la ira.

—¡Por Dios, don Marcos!... Yo le juro que se le pagará hasta el último céntimo... «La Pinada», con otro arriendo y otro cultivo, puede dar más del doble... Luego, cancelando la hipoteca de la casa de la Marina y levantándole un piso, que se puede porque los cimientos y los muros son fuertes, es seguro alquilarla bien... No es a ellos a quien usted les prestará ahora... Tenga confianza en mí.

—Pero, hija mía, si lo que yo no tengo es ese dinero... Si entre todos me están dejando pobre... Yo, si tú no me pones el puñal al pecho y eres buena chica...; si encuentras, a ser posible, alguien que me firme esas letras, Antoñito Ramírez, por ejemplo, que estoy seguro de que lo hará a gusto por ti; y, sobre todo, si vuelves por aquí a menudo... ¡Si precisamente

mi defecto es ser demasiado blando de corazón!... Pero que nos conozcamos antes, que sepa yo si tú te mereces ese esfuerzo...

Al decir esto, la sensación de lima viscosa estaba muy cerca del codo, y Elvira hizo un movimiento brusco. Ya de pie, el viejo volvió a acercársele, a insinuar que aquello no era un desahucio total, sino una proposición para mejores tiempos; y, sin apenas separarse de ella, la acompañó hasta la puerta. Cual si la claridad de la calle fuera necesaria a su inteligencia para comprender, sólo entonces vió el baboso peligro de que acababa de escapar, y relacionó la táctica burda del sátiro con la de los demás a quienes había pedido apoyo. ¡Todos eran lo mismo! Un mismo deseo bastardo, injusto, había retrasado en la mayoría de los labios la negativa categórica. Por aquel deseo—servidumbre y predominio de la belleza femenina—su sacrificio era estéril, y estériles sus anhelos, sus ansias de suplir con su energía la atrofiada en los suyos, en su marido, ¡tan viejo a pesar de sus veintiséis años! Y otra vez las tres imágenes complementarias acudieron a su mente:

pensó en el abuelo, pensó en el hijo del trajinante, pensó en Antoñito, en la sugestión de don Marcos, y se dijo desesperadamente: «¡Oh, no... Pedirle a él, nunca... nunca: sería hacerlo más desgraciado aún!»

Y el tiempo corría. Elías Romero cambió los botines claros por otros color pizarra; las Puig fueron a la estación a despedir a los dos o tres veraneantes; Rosita Gil esperó excitada y ojerosa la llegada de la compañía de zarzuela, por si venía «aquel barítono»; Cecilia Luque arreglóse con el médico, y curada ya de sus jaquecas, dábalas mancomunadamente a los demás; los árboles del muelle perdieron las hojas; por las ventanas sin cristales del caserón de los escudos, entraron los rápidos cierzos del invierno; Antoñito regresó de uno de aquellos viajes cortos en que volvía a caer en el pueblo como piedra de honda; en casa del director de Correos celebraron una vez más el día de San José; vástagos tiernos asomaron en los árboles de la carretera, mientras a uno y otro lado alguna amapola se mecía en el ondular de los tri-

gales. Pronto hará un año—decíase Elvira—¡un año!

Su vida tenía algo de fantasmal; iba arrastrada por la corriente, sin ánimo siquiera para detenerse a recapitular las etapas; pasaba días, semanas, casi meses, amodorrada, sola, sin pensar, sin leer, hablando lo menos posible. Y de tiempo en tiempo un chispazo alumbraba su pensamiento con zig-zags interrogativos: «¿Dónde estaban sus sueños de triunfo, la esperanza de lograr el vasallaje del pueblo?... Respeto externo, sí... ¿Respeto? Acaso sólo fuera otra forma de cazurrería: a aquella gente hecha ya a saludar a diputados, a quitarse el sombrero ante curas, concejales, caciques y agentes del fisco, no le importaba reverencia de más; pero apenas encubiertos por esta sumisión del gesto, percibía Elvira dejos de desdén; mejor aún, de aquella indiferencia—villana copia de la indiferencia de los nobles—que iba aflojando todos los propulsores morales, aguando todos los entusiasmos y dando a Guardamar el aspecto de un superviviente.»

Una de las pocas tardes que fué a su casa

para ver al abuelo, oyó al través de la puerta del pasillo alegre tropel en la sala... Debía ser jueves, día de reunión. Y su recuerdo no pudo dejar de acariciar un instante la noche en que se había acercado a escuchar, a hurtadillas, la voz ahora tan vulgar y desprovista de ecos cordiales de Emilito. Se aproximó, y entre el murmullo de conversaciones percibió su nombre. Era Rosita Gil, que decía a Emma:

—¡Qué desfigurada está tu hermana, chica!

—Se conoce que no la ha sentado el matrimonio.

—¿No será que...?

Aquellas palabras elevaron en su alma un terror súbito... ¿Sería verdad?... Sí, ahora recordaba que los hombres se volvían menos a su paso, que el corsé la oprimía, que, a veces, al peinarse, parecíale ver sobre su cara un velo amarillo... Recordaba también, con miedo, otros detalles íntimos. Ah, ¿cómo no lo había pensado antes? Aun la acechaba un dolor más agudo que los sufridos hasta entonces: el de afearse, el de sentir degenerar, hasta desaparecer, aquella autoridad de la hermosura, de la

juventud y de la gracia... Y una impaciencia por comprobar la inmensa desdicha aceleró la entrevista con el abuelo y la obligó a regresar por primera vez de prisa a la casa de los escudos.

Se encerró en su cuarto y, lentamente, entre cavilaciones, empezó a desnudarse. Ante el armario, en la penumbra, su cuerpo fué primero sólo una silueta lechosa en la que la vista, poco a poco agudizada, fué descubriendo formas y turgencias. No había en el examen ningún deleite, ningún narcisismo, ninguna argucia sensual; dijérase que, ante la posibilidad del daño, había adquirido la carne ese casto respeto que detiene los sentidos ante la belleza de los enfermos. Los senos habían aumentado sin duda de volumen, y acaso oscurecido un poco; las caderas parecían también dibujar con mayor amplitud el ánfora del cuerpo; una línea tenue y morena le caía desde el vientre; el cuerpo no tenía ya aquella euritmia frágil, y el ritmo de las curvas era más lento, más cercano al reposo... Era una Elvira desconocida, en la cual sólo los ojos y la boca parecíanle expresar con el acento antiguo su ansiedad y su pena...

Dos golpes repentinos, que la hicieron estremecer, sonaron en la puerta. Era Emilio.

—¡Elvira, abre... ábreme!...

—No, ahora no se puede.

—Abreme, soy yo... ¡Abre, tonta!

—¡Que no!

—¡Abre o empujo!

Bien conocía ella aquel acento mitad irascible mitad suplicante; era la voz de la lujuria, la pasión única que lo hacía fuerte y le prestaba una ráfaga pasajera, como el deseo, de carácter. ¡Ah, si todas las posiciones altas del mundo hubiesen sido caricias de mujer, sexo, Emilio habría emulado a los grandes conquistadores!... Cuando el demonio de la carne lo poseía, no servían vallas... Además, ¿para qué resistir, para qué posponer?... ¡Qué más daba! Una idea de resignación que casi trocó en dulcedumbre su pena la impulsó a aceptar sin rebelarse la profanación próxima. Y casi con la complacencia de saber que iba a sufrir un martirio, dijo:

—Bueno... voy a abrirte... Espera un minuto.

Pero antes de echarse la bata se acercó de

nuevo al espejo, volvió a contemplarse, y con un ademán involuntario de piedad, cual si su imagen fuera otro ser infinitamente infeliz necesitado de una caricia pura, inclinó la cabeza, y al no poder satisfacer su anhelo de besarlo en la frente, puso sus labios sobre otros labios que respondieron a su beso con helada y dolorosa sonrisa.





IX

La maternidad pasó de este modo a ser, en el pensamiento de Elvira, un inmenso peligro. En el primer término de ella, a modo de centinelas de horror, velaban la belleza perdida y las ilusiones irrealizables. Su sensibilidad, agostada por las cábalas, no estaba preparada para melificar en el ansia de sentirse vivir en otro ser los dolores y las preocupaciones de ese maravilloso horror fisiológico germen de la ternura pristina del mundo.

Y esta inferioridad no era cifra de dureza congénita de su sentimiento; era producto de su vida inconforme, sin alegrías, sin dulces en-

gaños, sin esas horas en que las suaves quimeras del amor nos hacen creer protagonistas de un mundo cuya múltiple diversidad de rosas se abren sólo para nosotros. Esa maternidad que surge tras las encrucijadas del error, de las violencias o del vicio no puede aparecerse con el fragante hechizo lleno de promesas propio de los amores realizados; los caminos por donde lleguen del no ser los hijos que han de sustituirnos, llamarnos viejos y despedirnos cuando llegue a recogernos la muerte, han de ser risueños, ornados con la gracia fresca de la dicha sencilla o con la gracia febril de la imaginación; mas nunca áridos, sin recuerdos ni esperanzas que mitiguen el horror cruento de sentir desgarrarse el propio organismo para dar vida a otro. El hijo ha de ser, según la fuerte expresión popular, el fruto del amor, el premio del amor... Y no como recompensa, sino como castigo, que le cobraría en fealdad y prematura vejez sus errores, se le representaba en la conciencia la posibilidad de aquel fruto que jamás fué flor.

Sin participar a nadie su pena, sin decidirse

a creerla inevitable, intentó cuantos desatinos pudo para librarse de la amenaza. Su egoísmo excluía el temor y hasta la idea de culpa. Otra naturaleza menos vigorosa habría sucumbido, sin duda, pues no hubo pócima, hierba de esas sabidas sólo por las comadres, ni ejercicios violentos a que no se sometiese con resultado vano para su fin. La inutilidad de todo, unida a la necesidad de dudar, llevó a su ánimo la incertidumbre y aventó en su espíritu las energías postreras. Con irreflexiva alegría llegó a pensar en una enfermedad misteriosa ajena a la concepción. De elegir sus males, los habría preferido todos a la maternidad. Sus soliloquios ocupaban los largos desvelos nocturnos; eran quejas, proyectos, esperanzas iluminadas por el cárdeno fulgor del delito... Sí, todavía le quedaba la carta última, la que puede servir para recobrar lo perdido y ganar aún... ¡Guardamar no la vencería tan fácilmente!... Estaba dispuesta a todo: a vengarse de quienes la habían engañado con promesas; a huir sola, no importa adónde, para ganar, no importa cómo, una vida que sólo fuera suya; a matarse si no

había otro remedio; a las mayores violencias, con tal de no seguir siendo un cangilón vivo de aquella noria estúpida de Guardamar... ¡Ah, no!... Verse deformada, vieja de deseos no cumplidos, sin posibilidad de un mañana triunfal; ser una de aquellas pobres mujeres medio idiotas que bamboleaban su obesidad por las calles y salmodiaban rosarios sin fe profunda, ¡no!... Si en la comedia no logró sobreponer su papel al del coro, en el drama, en la tragedia, obtendría la victoria, aunque fuese póstuma, por un acto de furor heroico!... ¡Aún no sabían quién era Elvira!»

A veces la contracción de sus músculos apoyaba sus pensamientos, y Emilito, arrancado de su beatífico roncar, le decía entre dientes, sin abrir los ojos:

—No vayas a desvelarme... Cuenta hasta cien, y verás cómo te duermes... La noche se ha hecho para dormir.

Y ella, crispando los puños, respondía:

—Y el día también, según vosotros... ¡Estúpidos, estúpidos, estúpidos!...

Pocos días después, al volver de la calle, Emilito la llamó aparte para decirle:

—¿Sabes lo que me han contado en el Ayuntamiento? Que tu hermana está haciendo cucamonas a nuestro vecino... Ese que dicen que te quería a ti...

—¿A nuestro vecino?

—Sí, mujer..., al jorobeta... ¡Tiene gracia!

—Una gracia triste en todo caso.

—Pues es el candidato de tu madre... Y Eulogio Ochoa dice que cuando lo coja lo rompe la crisma... Vamos a tener *cine* gratis.

Ella nada añadió; la nueva era sólo otra gota más en el vaso. Desde la visita al abuelo, apenas había vuelto a su casa; y cuando iba entraba directamente a ver al paralítico. Sin romperse, las relaciones fueron debilitándose. No quería Elvira dejar traslucir sus estrecheces ni el torcedor del remordimiento. Además, la actitud del abuelo la contristaba: no le había vuelto a decir nada de su matrimonio; ni un reproche, ni una pregunta; sólo una sombra mate sobre los ojuelos, cada día más mortecinos. Su

apartamiento de las cosas del mundo era tal, que hasta rechazaba sus cuidados; nada parecía importarle ya; la barba extendíasele ahora caudalosa, amplificando el rostro y dándole un aspecto extraño, ausente. Doña Julia y Emma, que achacaban a orgullo la actitud de Elvira, respondíanle con frialdad poco a poco transmutada en distancia. Aquellos lugares, familiares durante tantos años, descubríanle ahora una reserva gélida; y el simple cambio de lugar de los muebles, en su cuarto de soltera, dábale una impresión de mayor tamaño, de expropiación espiritual.

A pesar de sus constantes anhelos de que su casa dejara de ser suya, la indiferencia de las cosas y la hostilidad de las personas la punzaba adoloridamente al modo vengativo que suele herir la sensibilidad paradójica de algunas vanidades, el desdén de aquellos a quienes antes se ha desdeñado. Si iban a verla era casi de cumplido, en visitas más dedicadas a los Rocas que a ella, y de tarde en tarde. Sólo su padre iba a menudo y andaba por los salones encogido, temeroso, chasqueando las uñas, pasmado ante

los muebles de taracea, ante el salón donde se alineaban los retratos de los antepasados, ante el árbol genealógico, su propia obra, que por estar en el testero parecíale algo ajeno a su humildad, sagrado, digno de silencio y adoración.

Ni a sí misma se atrevía a confesarse Elvira que su paso era irreparable. ¡Ah, si los cálculos de la vida pudieran borrarse como aquellos que hacía en la escuela, junto al desventurado jorobadito! Pero no, aquí cada operación era un hecho, un día, un mes muerto, matado; y esos cadáveres de tiempo, alineados en su memoria, se iban alejando, alejando, y llevándose la juventud. Entonces la palabra «experiencia», tan usada por su madre y por los padres de Emilio, aparecíasele como el nombre de la facultad más cruel otorgada por la Naturaleza o por Dios a los humanos. ¿Por qué cada hora debía de tener en su segundo postrero su crítica y su síntesis? ¿Por qué las agujas del reloj terrible que cuenta el tiempo de las vidas no habían de volver nunca hacia detrás?... ¡Hasta sus reflexiones eran inútiles, y su dolor incurable se irritaba con ellas... Por reflexionar con-

sumía el presente sin decidir el nuevo rumbo. «¡Era preciso soltar las velas, encender las calderas y largar las amarras, aun cuando fuera sin timón y sin brújula!»... Y al verse tan desfigurada, tan torpe de movimientos, unas veces le daba ira, otras melancolía y otras frenético ímpetu de partir, no de Guardamar, sino de la existencia, para poder reposar al fin en la prisión—al menos sin rejas—de una fosa.

Y una tarde, de pronto, sintió un anticipo de resignación que parecía venirle de más lejos aún que del fondo de sus entrañas y paralizar su sentimiento de protesta con una laxitud adolorida. Se daba cuenta del peligro de este remanso, y los resortes ágiles de su voluntad pugnaban por romper aquella indiferencia con el gesto de ira, con el proyecto de rebelión, con la blasfemia precursora de los actos furiosos. Y, sin embargo, no podía. Dijérase que se contemplaba ella misma desde otro plano, en medio de una glacial serenidad. Esto duró sólo un minuto; pero en él cupieron vastas y tristes visiones. Aquellos entrevistos anhelos de una gloria áspera, entre los riesgos esplendorosos de

un vivir trepidante surcado de relámpagos, esfumábanse, en lenta cabalgata de ensueños, hacia el ayer; y tímidamente, con esa vaguedad imperativa de los espectros, turbaba su quietismo la posibilidad de ser sólo instrumento de la Naturaleza para servir de crisol por donde debía pasar una estirpe, desde el progenitor indescifrable, a perderse en la muerte sin fasto de tantas dinastías, o a culminar, cuando ya ella no estuviera en el mundo, en el ser triunfador que ella quiso ser un segundo siquiera, a costa de toda la vida, del bien, del mal y del porvenir.

Como si su vida íntegra estuviese vinculada al escudo de piedra esculpido sobre el portalón, lloraba la decadencia de la casa; y la carcoma que iba poco a poco royendo las vigas de cedro la sentía roerle también las esperanzas. Debieran las estirpes nobles tener la incorruptible resistencia del alerce. Un mueble dura más que una raza. He aquí el supremo castigo a la soberbia de los hombres y la suprema crueldad de Dios.

A veces se indignaba contra el desorden y el dejarse ir y venir en el oleaje, sin oponerse con vigor para ahogarse al menos contra la corriente, en actitud de lucha. Ella habría recurrido a cualquier extrema medida, a los cáusticos tremendos, con tal de rescatar los despojos del patrimonio para agrandarlos luego con la seriedad y el orgullo. Las deudas pequeñas, las mentiras a las criadas cuando no podía pagárseles, las cuentas en las tiendas, aumentadas por la desorganización, la exasperaban, la avergonzaban como un baldón grotesco... Por no dejar la vagancia vanidosa eran capaces de todo menos de decisión ni para la virtud ni para el crimen. Sonreían al oírla hablar de lograr a toda costa un crédito, de unificar las deudas y de poner en actividad las pocas fuerzas de la casa. Y ella concluyó por hablar casi sólo para ella misma: «Era preciso abrir brecha con la piqueta del trabajo o con la ganzúa de la política, no importa por dónde... ¿No resultaba estúpido que su suegro siguiera afiliado al carlismo, siquiera platónicamente, dando el prestigio de su nombre a una causa imposible y renun-

ciando así a las ventajas que proporcionaba la política a otros? Y Emilito, aquel Emilito de alma infantil, hombre sólo para la sensualidad, capaz hasta de casarse por satisfacer un deseo, ¿no saldría nunca de su marasmo?» Elvira fraguaba intrigas, planes, pero todos se diluían en el nirvana de la casa; ni siquiera oponíanle objeciones. Su suegra decía: «Sí, sí..., esta chica es muy lista, y hay que hacerle caso», y al rato salía a engrosar las deudas; la tía Adela se entusiasmaba al oírla, y después olvidaba todo, cual si se tratase de otra novela más; Emilito la dejaba hablar sonriente, irónico, haciéndole sentir esa superioridad injusta del sexo... Y sintiendo en sí energías para revolucionar al pueblo e imponerle otra vez el cabestro de la servidumbre, Elvira concluía por cruzarse también de brazos ante la necedad potente de respuestas de este jaez: «Nuestros padres vivieron en estas creencias, y fueron siempre fieles a Su Majestad Don Carlos» «Las tradiciones de una casa noble como la nuestra no se cambian así como así.» Y aun Emilito solía añadir este exabrupto: «¿Nos concibes tú po-

niendo una fábrica de harinas, como esos *parvenus* de Montiel? Cada uno es como es... Ya te acostumbrarás.»

Entonces la acometían ímpetus de expulsarlos de aquella casa profanada; y hasta llegó a pensar si en lugar de estar en su seno por el acaso del matrimonio, estaría en ella merced a alguna bastardía ignorada y distante, ya que con tanto dolor repercutían en su alma los golpes de azada que ahondaban hora tras hora la sepultura en que iba el cuerpo noble de la estirpe a enterrarse sin posibilidad de resurrección. Las águilas del escudo habíanse trocado en aves de corral, y ni aun en eso: en estúpidos loros de plumaje desteñido, que repetían las palabras sagradas sin conciencia, incapaces de traducirlas en hechos. «Mío es el escudo, no de ellos», pensaba, porque yo soy capaz de revaluar los pergaminos y de imponerme el sacrificio de la vida y el de la muerte por restituir al blasón la antigua fuerza... ¡Ah, si pudiese reconquistarse lo perdido en lentas claudicaciones con un solo acto heroico!» Y sus manos, nostálgicas de grandes esfuerzos, contraídas en

el rabioso ademán de doblegar, de tundir, de vencer obstáculos, concluían por volverse contra sí misma y causarle un daño voluptuoso, balsámico, del que después le quedaban, a modo de estela, huellas azulosas.

Por las tardes, mientras todos salían, quedábase sola en el salón ante los retratos ancestrales, que la miraban con esa tenacidad tan viva y henchida de angustia en algunos ojos pintados; las caras, erguidas sobre las golillas, apenas delataban en algún rasgo de las facciones el parecido a sus descendientes. Hombres de presa debieron ser aquéllos: el de la mano en la empuñadura de la espada miraba con gesto tenaz; el viejo de pupilas grises tenía la diestra puesta sobre una esfera del mundo, más en ademán de posesión que de apoyo; el otro viejo, de labios delgados, ¡cuánto debió querer y poder!; y la mujer macilenta, que por todo adorno llevaba un látigo en la mano, ¿no era su progenitora en el tiempo, a pesar de la maternidad fofa y sin alma de que se ufanaba doña Julia? Así, entre las mudas efigies, sentíase en un ambiente íntimo. Ninguna hazaña de varón, ningún

rasgo férreo de mujer de los leídos en la crónica familiar parecíanle extraños. Y la fantasía, espoleada por la exasperación, por los insomnios y por el ayuno, lanzábase a suponer misteriosos y para ella gloriosos entronques, merced a los cuales la energía rebosante en su ser era el brote postrero de aquella energía viva en el invisible collar cuyas cuentas eran los ojos de los retratos, fijos en ella cual saetas de ultratumba que viniesen a clavar en su corazón esta orden: «¡Levanta la casa... Vela por nuestra estirpe!»

Al sobrevenir las sombras nocturnas, el salón parecía más grande; los rostros cobraban relieve sobre las renegridas telas, y Elvira, exaltada, sentía llenarse la estancia de fuerzas misteriosas. Aquellos gestos, robados a la muerte, los vivificaba su anhelo; y cual si la sangre de Emilito se hubiese trasfundido a la suya en aquellos frenéticos abrazos de los primeros días, sentía la obligación de rendir cuentas a los antepasados cuyo tesoro material y moral estaba desgarrándose en los zarzales de la curia y dilapidándose en pequeñas vanidades sin orgullo.

La emoción era tan intensa, que sus labios se contraían para musitar: «Yo no tengo la culpa; yo soy capaz de todo: del bien, del mal, hasta del crimen; pero, ¿qué puedo yo, pobre mujer?... ¡Nada, nada!... ¡Mi belleza era lo único mío capaz de triunfar, y vuestro nieto me lo ha quitado!»

La tía Adela, al regresar de la novena, antes de abismarse en la lectura de algún disparatado folletín, iba a darle las nuevas del pueblo. Por lo común la encontraba postrada en uno de los sillones frailunos, y nunca dejaba de preguntarle:

—¿Qué haces ahí, mujer?... No sé cómo no te aburres. Con eso de la economía te da por vivir en tinieblas... ¿Por qué no vienes a la iglesia conmigo?... Tampoco allí se gasta luz, boba.

La cólera, encendida al punto, dictaba esta respuesta:

—¡Porque no creo; porque me avergonzaría de ir con el corazón vacío y por costumbre a la casa de Dios; porque te execro a ti y a cuan-

tas vais a manchar el templo con una devoción de histéricas insatisfechas!...

Pero la inutilidad de esta cólera revelábasele antes de que la primera palabra hubiese bajado del pensamiento a los labios, y entonces decía simplemente:

—No, gracias... Estoy mejor aquí.

—Ha hablado hoy ese jesuíta nuevo que da gloria oírlo... ¡Qué pico de oro!... ¡Cómo habló de la Virgen, del arcángel *Grabiel* y de qué sé yo!... Parecía una novela!

—¿Y qué dijo?

— Cosas, hija... Cualquiera tiene memoria para recordarlas; un portento de sabio... Si hubiera muchos hombres así!...

Elvira sentía que sus manos temblaban del ansia fiera de estrangular; mas desarmada por la misma perfección de aquella estulticia, concluía por suscitar ella la conversación, temerosa de sus propias ideas en el silencio:

—¿Vió usted a mamá?

—Sí, allí estaba con Emma; y en la nave de al lado, nuestro vecino, con sus dos jorobas. Ojalá que la cosa cuaje y se remedien...

Él debe haber heredado un buen patrimonio.

—Mal remedio: cada uno debe bastarse a sí mismo.

—Nadie se basta sin la ayuda de Dios... Hoy lo ha dicho el padre jesuíta.

—Sí, ya sé que es un sabio.

Al llegar los otros la plática se generalizaba, y Elvira oía, sin lograr aclimatarse a ella, la charla cretina tejida con comentarios y murmuraciones, no encendida jamás con un grito de protesta, un anatema o un anhelo. Cuando la insustancialidad de las palabras la enervaba, iba a acodarse en el balcón. Bajo la filigrana de los hierros faltaban algunas baldosas; y las otras, movedizas y hendidas, completaban para Elvira la sensación de desmoronamiento. La calle solía estar en quietud; casi enfrente, el caserón del jorobadito, siempre cerrado, hosco, participando quizás del rencor de su dueño, semejaba, con sus dos altas rejas y su portalón, una faz irónica que mirase de reojo a la casa de los escudos.

Ni una vez había vuelto a ver a Antonio; sin duda tomaba precauciones para salir. Al pen-

sar en cuanto le habían dicho de sus asiduidades con Emma, Elvira no podía sustraerse a un remordimiento y también a una inevitable e injusta decepción. ¿Se reducía a aquello el amor expresado con tan contenida vehemencia en la carta? ¡Bah, como todos, peor que todos, por la joroba! Y en seguida algo exorable, suave y egoísta a la vez—la necesidad de ser a su vez comprendida y perdonada si su desesperación la conducía a algún extravío—, hacíala pensar poco a poco más piadosamente en aquel hombre necesitado de cariño y ávido de unirse a un ser menos imperfecto. ¡Pobre jorobadito! No era generoso negarle las disculpas no solicitadas y el amor acaso mantenido siempre al través de los accidentes adversos; no era digno de ella mirar también con malignos ojos las dos pobres jorobas temerosas de ir solas por el mundo, sin un ser bello junto al cual purificarse o borrarse. Que tiraran la primera piedra los demás; ella, que tal vez tenía en el alma dos jorobas más monstruosas aún que las jibas materiales, carecía de derecho al rigor. Además, lo quería... En el recuerdo, Antoñito era su cari-

ño más puro. Si él se hubiese conformado con un beso, con una caricia, no habría vacilado en regalarle la felicidad. Quizás habríase mirado muchas veces también en un espejo, como ella, y llorado por su fealdad, no de un período pasajero, sino de siempre, de siempre, ¡para siempre!...

De aquí su pensamiento seguía hasta su casa. Necesitaba volver una y otra vez sobre las mismas ideas, cual si fueran líneas tenues que mediante el repetido paso se intensificaban en su conciencia. ¡Qué distante y qué poco suya le parecía ya! Emma, desde el primer instante, le tomó una especie de inquina; dijérasela deseosa de reprocharle en todo momento el haber realizado el matrimonio «ilustre»; y aquella envidia, aquella frialdad, la aprovechó Elvira para no descubrir el fracaso y la inmensa desdicha que poco a poco iba ensombreciendo su juventud. Igual que había callado sus proyectos, ocultó sus desilusiones; además, sentíase ya desarraigada de su casa, y al evocar los días pasados del hogar, sólo conmovía su alma la alcoba del abuelo y, algunas veces, el enigma

de su padre, cuyo indiferentismo tomaba apariencias de mudo dolor.

Las perspectivas de su vida trocábanse en las remembranzas: parecíale muy lejana la visita del buque, remota la tarde en que pasó frente a la botica, hacia el puerto, y vió sus redomas de coloreados líquidos, y oyó al grupo de malgastadores de entusiasmo; la impresión del tililar de las estrellas copiándose en el preso pedazo del mar parecíale recuerdo de una existencia irreal presto a desvanecerse a modo de perfume demasiado sutil; y si la vida anterior aparecíasele entre remotas brumas, el futuro, del cual iba cada día cercenando una parte sin casi vivirla, antojábasele también ante ella muy lejos, cual si su ser fuese algo inmutable, quieto, a igual distancia del pasado y del porvenir.

Cien planes de lucha, de fuga, hervían en su cabeza, y como si el murmullo de sus nuevos parientes, reunidos en el comedor, le inoculase con sólo llegar hasta ella su inmensa pereza mental, el bullir de sus ideas se calmaba al oírles; sus brazos caían a lo largo del cuerpo,

y dos lágrimas gruesas, amargas, verdadera agua de dolor, dejaban húmedos surcos en su rostro. Lloraba tan quedo, que nadie se dió nunca cuenta.

Al sonar las doce, Emilito venía a buscarla para ir a acostarse; pero ya Elvira iba sin el temor de tener al otro día que reprocharse haber compartido su deleite, y casi sin el de que los apetitos brutales del esposo irrumpieran su insomnio cargado de iras. Emilio ya no la deseaba; la deformación o la costumbre parecían haber puesto ceniza sobre su volcán lúbrico. Nulo para toda delicadeza, se abstenía sin preocuparse de fingir, con un egoísmo primitivo, ingenuo, infantil casi. Los primeros días de abandono Elvira sufrió el paradójico sentimiento de echar de menos aquellas caricias tan inoportunas; mas poco a poco disfrutó del bien de la soledad.

No le fué preciso esforzarse para comprender que Emilio, incapaz de vivir sin el único deseo que en él acaparaba la actividad multiforme del humano aspirar, estaba encaprichado por otra. Y no por evitarlo ni por ceder a esa cu-

riosidad árida de los celos, sino simplemente con la atención fría de quien observa un fenómeno difícil de comprender, se puso a espiarlo. La «nueva pasión» era una criada muy joven, recién venida del campo: cuerpo elástico, piel de fruta, boca de lobezna. Sus grandes ojos azules, con algo bovino, zarcos tal vez de haber contemplado toda la vida verde de campo y azul de firmamento, sabían cubrirse ya para el disimulo con la cortina de los párpados; pero cuando suponía no ser vista, se abandonaba a la atracción, y las pupilas chispeaban y seguían al macho en una caricia adorativa. Emilito procedía por avances bruscos, aprovechando el doble influjo del señorío y del sexo. Elvira se maravillaba al comprobar su cautela, su tacto, su paso seguro y tenaz hacia las últimas barricadas del miedo y de la virtud, dejando entre ataque y ataque intervalos para fermentar el ardor, y obligarla, con argucia de hombre ducho, a realizar ese encuentro decisivo donde se vinculan injustamente todas las responsabilidades. Casi le daba orgullo verlo aprovechar las ocasiones, atento como un general, hasta en

sueños, al desarrollo de sus planes. Sus facultades, sus medios de expresión, el tono de su voz, cambiaban cuando anidaban en su medula los pájaros rapaces del deseo. ¡Ah, si al apagarse los fuegos niveladores del hombre y de la bestia no se extinguieran también las demás luces dejándole en una oscuridad rumiadora hasta que la reacción lúbrica volvía a dejarle simular el pensamiento y la inteligencia otra vez!

Día tras día, ya en la sombra de los pasillos, ya fingiéndose dormida cuando les entraba el desayuno, ya acechándolos desde el agujero de la cerradura, asistió con complacencia cruel a aquella cacería en que la paloma, harta ya de esquivar, había trocado su terror en deseo de ir por sí misma al encuentro de las garras cada vez más próximas. La idea caritativa de impedir el drama la penetró un momento; mas para ello era preciso pasar entre el escándalo y la torpe e inacabable explicación de Emilio; y para eso no tenía fuerzas. Pensó entonces llamar a la muchacha y, sin cólera, fraternalmente, advertirle del peligro con las palabras amar-

gas y encendidas que a todas horas le desbordaban del alma: rencor hacia los hombres avaros y destructores de belleza, devoradores de libertad y de juventud; pero... si hacer comprender es siempre tan difícil, ¿cómo no ha de serlo cuando la llama del deseo transforma las imágenes y ciega e impele? Fué necesario renunciar: la muchacha se alejaba con pasos de ciervo en cuanto la veía acercársele; y al no tener fácil huída, expresaban sus ojos tal idiotez, tal terror, que en Elvira la piedad se cambiaba en cólera, en ansia de mal; y le acometía un antojo vengativo de que el drama se acelerase, cual si quisiera castigar en aquella campesina idiota, víctima del reclamo sexual, el extravío de todas las mujeres. Entonces inventaba pretextos para dejarlos solos, para obligarlos a encontrarse en condiciones propicias al desenlace, llena de una marejada de odio que debía nacerle en la hiel.

—Mire, vaya a despertar al señorito, que está durmiendo la siesta.

—Dijo que no le llamaran hasta las siete.

—Vaya, le digo.

Y la muchacha bajaba los lentos párpados hipócritas, y subía la escalera mientras Elvira se quedaba oyendo el ritmo a la vez gozoso y cobarde de los pasos, atenta a percibir un ruido de lucha que no llegaba... ¿Por qué tardaban tanto?... ¿Por qué no la dejaban tranquila al fin?

Arrebatada por la cólera, proyectó azuzarlos, tenderles un día cualquier emboscada y encerrarlos después con llave; pero una tarde en los ojos bovinos aparecieron dos lágrimas: la madre, desde la finca, en letras tortuosas dictadas a la luz del candil, mandaba, quién sabe si por presentimiento misterioso, un consejo único repetido muchas veces en salmodia interminable: «Sé buena, hija; mira que la mujer paga una mala hora con toda la vida... ¡Mira que no tenemos más que la honra!» Y Elvira, sintiendo, sin saber por qué, el eco de aquella materna inquietud conmoverle las entrañas, se acercó a la muchacha, la cogió por el brazo, y le ordenó perentoriamente:

—¡Ahora mismo dice usted que está enferma y se va!... La diligencia sale a las cinco... ¡Ni

una palabra!... Esta misma tarde, antes de que el señorito se levante, ¿lo oye?

Y aquella noche, después de muchas de insomnio, durmió en paz.

Pocos días más tarde, algo antes de la hora de vísperas, su suegra entró y le dijo con aire de malignidad:

—El chico de Ochoa está rondando la calle; debe estar en espera del vecino.

Casi en seguida se oyó rumor de voces, y las dos corrieron al balcón. Eulogio había trabado al jorobadito por la chaqueta, y le escupía palabras airadas. Antonio, muy pálido, con los anchos ojos fulgentes, trataba en vano de desasirse. Ninguno de los dos las habían visto; pero su suegra dijo algo en voz alta, y ambos alzaron las cabezas y redoblaron, al sentirse observados, sus esfuerzos. De un tirón Antonio consiguió apartarse, y su manita fué a buscar aquella joroba naciente entrevista por Elvira una tarde: el revólver, que argenteó en su diestra un segundo, sólo un segundo, porque Eulogio se precipitó sobre él, se lo arrebató y, luego

de tirarlo lejos, volvióse a asestarle recios golpes sobre la cabecita fina, sobre la espalda y el pecho deformes, sobre todo él, cuando estuvo ya caído en tierra.

Se había agrupado gente en torno, y dos grupos se delineaban, pero con tal lentitud, que el pobre indefenso sangraba ya bajo los puños hercúleos. Un hombre del pueblo murmuró con buena intención, sin sospechar que añadía el escarnio al dolor desesperado del atropello:

—¡Ya podía hacer eso con un verdadero hombre!

—¿No ve que ha querido pegarle un tiro?

—Los jorobados tienen mala intención.

—Pues entonces que le dé duro.

Y los puños, excitados por aquellas palabras, continuaban cayendo, con saña, iracundos, más poderosamente malvados a cada golpe, sin que nadie osara intervenir. Ante aquella pasividad, Elvira sintió invadir su ser una ola de indignación, y gritó:

—¡Déjelo ya, cobarde!... ¡Cobarde! ¿No hay entre todos ustedes siquiera un hombre? A mí

misma no me haría usted igual... ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Su voz excitó a algunos, y Eulogio hubo de partir con la cabeza baja, mascando una sonrisa, mientras el jorobadito se levantaba en silencio, y sin atreverse siquiera a mirar a su salvadora de siempre, iba a refugiarse en su portal.

La mamá de Emilio tiró de Elvira hacia dentro, y al cabo logró calmar su ira, que persistía en un taconeo interminable, en los puños crispados y en la contracción de la boca. Fué preciso rociarle la cara con vinagre para evitar un colapso; mucho rato después aun repetía de tiempo en tiempo:

—¡Cobarde..., cobarde!... ¿Por qué no seré yo hombre, Dios mío?... ¡Cobarde!...

Cuando la tía Adela y Emilito llegaron, aun estaba en el salón, nerviosa, febril. Todos fueron unánimes para reñirla: «Aquello no estaba bien; se expuso a que la contestaran una desvergüenza, a buscar un disgusto serio»... «Las cosas de hombres, son de hombres»... Ella sintió ganas de responderles: «¿Y Antoñito es un

hombre? ¿Es noble dejar a un ganapán cebarse así en un niño indefenso?» Pero tuvo la certeza de no ser comprendida; y cuando ya iba a echarse a llorar iluminó su espíritu una suave y quimérica luz de consuelo: pensó que aquella acción, vituperada por los tres, sólo podía encontrar aprobación allí en los únicos que representaban el alto y fenecido espíritu de nobleza: en los retratos de los antepasados, cuyos rostros graves sobresalían confusamente de los muros... Y en su debilidad, en su necesidad de dulces alucinaciones, le pareció que los retratos le sonreían.







X



os días después publicó el periódico la noticia de haber aparecido ahogado Antoñito. Elvira no se sorprendió al saberlo, y el dolor tuvo en su ser un pasmo misterioso que le impidió derramar lágrimas... Todas sus amigas se lamentaron más que ella. Dijérase que ya lo había llorado antes de morir.

Había en la torpeza y en los pormenores de la información algo macabro y ridículo mezclado. Unos pescadores, al ir a aparejar cerca del embarcadero chico, vieron un bulto, y al pronto, por su forma, creyeron que se trataba de una mina explosiva o de algún monstruo; en realidad

era esto último. La hinchazón había hecho casi desaparecer las piernas y la cabecita dentro del enorme cuerpo, como si al ausentarse el espíritu, la materia quisiese satisfacer toda su abominable tendencia a la deformidad. El cadáver ofrecía un aspecto espantoso. Nadie, al verlo, podía evitar un movimiento irreflexivo de repulsión. La misma repugnancia, tal vez, que la pobre alma tanto tiempo cautiva en su envoltura haría al verla desde el libre espacio, abandonada, hinchada, expuesta a la curiosidad casi medrosa de las gentes sobre la dársena, que de tiempo en tiempo recibía una crujiente espumarada, cual si el mar la escupiera también.

Aun muy cerca de la barca—decían los pescadores—era imposible reconocer en aquel fardo un ser humano. Y alternando sus recuerdos para satisfacer mejor la atención del corro, añadían:

—Tú fuiste el que pensaste que fuera una paca, un tonel o una mina, no lo niegues.

—Como que parecía cualquier cosa menos un hombre.

—Cuando lo izamos nos dió miedo, y de haber estado en plena mar, de fijo le largamos por la borda.

El grupo miraba el deforme despojo y aprobaba con exclamaciones y murmullos el pavor de aquellos hombres impávidos ante los riesgos de las tempestades. Estaba tan feo, tan horrible, que los guardias no tuvieron necesidad de esforzarse para impedir que se estrechara el cerco de curiosos. Todo Guardamar fué a verlo allí; todo Guardamar, menos Elvira, que llevaba su cadáver en el alma.

El no haber dejado ni una carta dirigida a su familia o al Juez, y la riña con Eulogio Ochoa, daba coyuntura al periodista para capciosas suposiciones, que hicieron durante dos días fluctuar entre el suicidio y el accidente la creencia del pueblo. Elvira desechó la duda desde el primer instante. No, el jorobadito se había matado. Más fuerte que ella, supo hallar en la afrenta ese instante de valor preciso para dar el salto hacia el reposo o el tormento absolutos. Pero... ¿por qué eligió aquella muerte horrenda y no otra? ¡Bah! ¿Acaso el momento de

morir valía la pena de detenerse entre las dos inmensidades del más allá y del más acá: El horror de la muerte, tal como lo escuchaba referir a cuantos vieron el cadáver, era un espejismo nada más: no era el muerto quien hablaba; eran los vivos ante la imagen de la muerte, cuyo sentido del dolor y de la fealdad habría cambiado acaso tan por completo al mudar de existencia, que aquel clamor de las gentes sin lástima ante el sufrimiento de morir ahogado, y aquel asco sin ansia estética ante los restos cenicientos e hinchados, le parecería estúpido al alma libre. Sobre todo distingo estaba el hecho irrefutable: él tuvo valor, rompió la cadena sin detenerse a pensar que los hierros iban a dañarlo antes de acabar con su vida. «Una de mis inferioridades — pensaba Elvira—ha sido siempre la de reparar demasiado en los medios.» Y, sin embargo, rebelde a toda dialéctica, por misteriosa preferencia de mujer, le repugnaba la idea de ahogarse y pensaba en la asfixia, en el veneno, hasta en el puñal.

De aquel drama que la salpicaba doblemente por las presuntas relaciones del muerto con su

hermana y por su intervención en la contienda, quedaron en el alma de Elvira, al disiparse la primera nube de tristeza, una inconfesada admiración hacia el suicida y la duda de haberlo incitado a la muerte con su defensa quizás más vejaminosa para él que los mismos golpes. Esto le produjo unos días de sobrexcitación, durante los cuales, al quedarse sola, temía ver aparecérsele al jorobado, sin cabeza y sin pies, hecho una esfera fofa, repugnante. En las pesadillas, Antoñito era tan pronto un pulpo de infinitos tentáculos ansiosos de estrecharla, como un fantasma melancólico, ingrávido sobre el manso oleaje del puerto, con las manos tendidas en dulce ademán de invitación, mientras sus labios, sin necesidad de sonidos, se movían haciéndola sentir en el corazón estas palabras: «Ven... Te espero para salir del sucio pedazo de mar convertido en charca por nuestro pueblo e ir contigo hacia el otro lado de los montes, hacia el otro lado del mundo, hacia el infinito, donde no hay limitaciones ni fronteras morales ni jorobas, sino amor y eternidad... ¡Ven!» Y entonces, merced a un instinto incomprensi-

ble para ella que creía estar hastiada de la vida, se asía a los hierros de la cama para no dejarse arrancar, y despertaba entre afanosos gritos... Llamaba a Emilio, y éste, gruñendo y de mala gana, encendía la luz, miraba debajo de los muebles para tranquilizarla, y a los pocos minutos roncaba otra vez.

Cuando el desequilibrio nervioso cedió, se puso más tensa la voluntad y, en vez de la calma necesaria a su salud, acometiéronla ansias de realizar atropelladamente sus designios, como si la Muerte estuviese también soñando a su puerta; la irrefrenable ansia de resolver en actos dinámicos su energía, la llevó a intentar en un solo día las gestiones pospuestas durante tantos: la nueva visita de don Marcos, la conferencia con Elías Romero en demanda del destino para Emilio, la ida a la notaría con la vana pretensión de proponer una diligencia de protesto... Aun le aguardaba un dolor más acerbo que los sufridos hasta entonces: Don Marcos, Elías Romero y el Notario, la recibieron con un despego que ella tradujo

en estas palabras: «¡Cómo se está afeando esta chica!... No parece la misma... ¿Por qué la habrán dejado entrar?»

Por ese morbo de la vanidad que ni aun en las acciones dramáticas deja de envenenarnos, extremó sus insinuaciones de coquetería, y en el ademán de los tres hombres al erguirse, al atusarse los bigotes, al inclinarse con los ojos poco a poco encendidos hacia ella, leyó también: «De todos modos, no está mal para una vez... Bien puede pagar aún el favor que pide.» Y entonces se levantó asqueada; tuvo unas palabras confusas y ásperas, sacudió las puertas con ira y se encontró en la calle a merced de su desventura, laxo el cuerpo cual tras una labor muy fatigosa, y perdida la mente en el círculo vicioso de las interrogaciones de siempre: «¿Era esto el mundo, todo el mundo? ¿Una mujer joven sólo podía mover en los hombres las ideas lascivas?» Y sintió la violencia subirle a la garganta en un ansia de gritos; mas se contuvo, y por un esfuerzo agotador tragó, en medio de la indiferencia de los transeuntes, el dolor de esas lágrimas que no se lloran.

Como el camino era largo y temió no poder fingir tanto tiempo, fué a refugiarse en casa de sus padres; y entró como en un templo en donde se espera ver realizarse salvador milagro. Una sola palabra, una sola caricia, una sola mirada de ternura, habrían abierto las recónditas fuentes de su ser ávido de desbordar el amor estrangulado en él hasta entonces... Con que la inflexión dada a su nombre hubiera tenido un tono diferente del dejo de irónica sorpresa con que la acogían siempre, se habría arrodillado y pedido perdón: perdón por sus altiveces, perdón por sus sequedades, perdón a las personas y hasta a las cosas, cuya humilde y doméstica colaboración en la vida no supo jamás comprender... Pero el milagro no se realizó: Emma, de quien la separaba la mutua conciencia de culpabilidad en el fin de Antoñito, apenas alzó los ojos del bastidor para saludarla; su madre la motejó, con voz chillona, de ingrata; el abuelo, en una distante quietud ya más cercana de la muerte que de la vida, casi ni la reconoció; y el reloj, con sus campanadas lentas unidas por una vibración gangosa,

pareció decirla en nombre de todos: «Ya es hora de que te vayas a tu otra casa... Déjanos en paz.»

Y se fué; y antes de entrar en su otra casa, la cólera había ya reemplazado a la mansedumbre, y el hervidero de malos designios la agitaba de nuevo. Antes de entrar, sus ojos se clavaron en el escudo nobiliario. ¡En el alma llevaba ella las águilas! Estaba dispuesta a volar, a incidir con el pico, a ejercitar las garras. ¡No, no se entregaría a la muerte sin combate!... Tal vez el campo de gules se tornase rojo. ¡Bah!... ¿No había puesto ya en él el jorobadito una mancha de sangre? Olvidándose por completo de su estado, proyectaba: «Sabré prometer, sabré pecar si es necesario. Mi paso será firme en el mal camino... Don Marcos y Elías Romero me servirán de aprendizaje y de primer peldaño... ¡Mientras más repugnantes sean, mejor! ¡Ah, la tristeza no habrá matado a la señorita triste!» Y sin recordar la última imagen vista en el espejo, como si para siempre conservasen las lunas aquella figura ágil, fresca, morena y retadora, vista el día que se puso de

largo, pensaba: «Puesto que ni el corazón ni la inteligencia sirven, el gestecillo sensual de mi boca será mi corazón y mi cerebro, y veré al mundo al través del vidrio turbio y rojo del vicio...» Lucharía, despreciaría a todos, y a ella también... Iría por el camino ancho, sin reparar en los tropiezos; y si alguna vez el choque era tan áspero que lo sintiese repercutir en el solar vacío del corazón, convenciéndola de que había sabido extirparlo por completo, entonces allí estaba la Muerte, la dama fiel cuyos brazos abiertos no defraudan nunca; allí estaba para acogerla con el ademán maternal tan echado de menos en el mundo.

Al subir sintió fatiga, y hubo de sentarse; su tesón no pudo vencer al desfallecimiento; y quedó traspuesta, sin energía para moverse, y al mismo tiempo inquieta la imaginación, a modo de pájaro mutilado que, en vez de resignarse a la quietud, vuela sin reposo y sin rumbo, golpeándose, en su delirio de distancia, contra los obstáculos. Como tantas veces, tuvo miedo de sus pensamientos y quiso amortiguarlos interesándose por algo concreto e inmedia-

to: en la alcoba de la tía Adela hacinábanse los rimeros de libros; algunos títulos la hicieron sonreír a pesar suyo; y al cabo tomó un volumen que por estar cortado a medias se le antojó ya interesante. Empezó a leer, y quedó maravillada en seguida. En el protagonista veíase a sí misma, a pesar de las diferencias de lugar, de época, de sexo y de episodios; veíase como se había visto en medio de la paz aguda del campo, en las palabras y en las aspiraciones del hijo del trajinante, misterioso cometa que, al cruzar la órbita de su existencia, le dejó un recuerdo a la vez puro y ardoroso, serpeado de envidia, de remordimiento y de dolor. Las mismas diferencias acentuaban el parecido en lugar de aminorarlo.

Aquella energía indómita, aquel insaciable poder de intriga para triunfar, eran su trasunto; y al leer el fin trágico de la voluntad debatiéndose hasta perecer contra un medio pequeño, se sintió sobrecogida como ante un presagio. ¡Pobre Julián Sorel, de quien ella se sentía más hija que del hombre que pasó la vida mirándose las violáceas uñas! ¡Pobre alma geme-

la, siempre mortificada y mortificante!... También él, solo y sin armas ante el egoísmo organizado de la sociedad, afiló su poder de seducción, e hizo del amor hacha y ariete para abrir brecha en la fría barrera; mas el arma, harto frágil, se quebró casi en los primeros asaltos, y el más aguijado de sus pedazos vino a herirle en la frente. Esta era la síntesis de su historia: su dolor era interno; sus batallas, triviales; pero por esto no dejaba el paralelismo de existir.

Y la debilidad femenina, sorda tantas veces ante la realidad, surgía ahora ante la ficción. Sin que el juicio pudiese sofrenar la fantasía, veíase ya en la plaza del pueblo, sobre un cadalso, ante la multitud placenteramente aterrorizada, de la cual se destacaban Rosita Gil, las Puig, su hermana Emma y Eulogio Ochoa mostrándole la masticada risa de rencor con que lo viera partir la tarde del cobarde atropello. De súbito, el patíbulo cambiábase en hoguera, y lentos sayones, todos con la cara parecida a la del marido del ama, alzaban hasta su boca, torcida de sufrimiento, un crucifijo que a su vez

se mudaba en sagrada forma, la misma ante la cual no había querido arrodillarse la tarde en que pasó el Viático... Emilito la recogió horas después desmayada en el suelo.

Por la noche tuvo fiebre, delirios, y hasta pasados muchos días no recobró la conciencia; y se enteró de que la enfermedad había sido muy grave. De todo sólo recordaba pasos tácitos en la alcoba, cuchicheos y un rostro barbado que la hacía ensoñar con el abuelo: debía ser el médico. Poco a poco notó en sus suegros, en la tía y en Emilio, cierto alborozo que no acertaba a discernir. ¿Habría caído sobre el seco yermo de la casa alguno de aquellos fugaces chaparrones de oro? Al darle de alta, el doctor le dijo misteriosamente:

—Y ahora a cuidarse, señora... Ya no se trata sólo de velar por usted...

Elvira hubo de realizar un esfuerzo para comprender. La vuelta a la realidad era tan áspera, que se dijo, sin darse cuenta de que posponiendo los problemas se apartaba de su espíritu para acercarse al de los Rocas:

—Ahora, no... No puedo ni coordinar los pen-

samientos... Ya tendré tiempo para reflexionar, para decidir.

Durante la convalecencia la enteraron de que Eulogio y Emma habían reanudado las relaciones con beneplácito de su madre, e hizo promesa de no hablarles más nunca, como un homenaje póstumo a la querida memoria del suicida. Este fué uno de los primeros asideros a que pudo prenderse para salir de aquel nirvana de irrealidades cuya duración le era imposible medir. ¿Cuánto tiempo había durado su inconsciencia? No acertaba a fijarlo. En su alcoba no había calendario, y tenía supersticioso terror de pedir uno. Así dejó pasar otra semana.

Al fin tuvo valor para enfrentarse con «aquello»... ¡Iba a ser madre! Sus proyectos de fuga, de conquista, de muerte, deteníanse ante aquel hecho tan natural... y tan extraño. ¡Iba a ser madre! La imagen de un hijo no lograba precisarla; y de pensar que era obra única del contacto animal, sin la menor comunión de espíritus, sentía hacia sí misma menosprecio. Era como llegar a un recinto portento-

so por senderos hediondos y abruptos. Y su fantasía esforzábase suavemente en modelar la imagen de un ser recién nacido y en rodearla de una atmósfera de amor, mientras multitud de incógnitas buscaban, si no soluciones, al menos fórmulas claras para plantearse: ¿Sería niño o niña? ¿Traería las manchas de la rama paterna o algo del temperamento linfático de los suyos? El devanar constante de ideas dejábala a veces adormecida, cual si la inteligencia renunciase poco a poco a sus aleteos. Y en este estado de beatitud sentíase tan ausente, tan bien, que a ratos se increpaba a sí misma:

—¿Voy a acostumbrarme a no pensar en nada, igual que ellos?

Por las noches acudían todos a formar la tertulia en torno de su sillón; a manera de afluentes, las más diversas conversaciones iban a desembocar siempre en el suceso próximo, y ella, con el rostro contraído en una sonrisa, manteníase sin hablar, sin casi abrir los ojos, temerosa de que el menor gesto transformase en crispadura y en lágrimas la pena de que estaba saturado su ser.

—Estoy segura de que será rubio—decía la tía Adela.

—Rubia—añadía Emilito—; ha de ser niña.

—Ya muy pronto será menester salir para preparar algo... A la tienda de la calle Ancha podemos ir aún—continuaba su madre.

Y su suegro, apoyando la frase con amplio ademán de dignidad, argüía:

—Si es preciso se verá a don Marcos... ¡No faltaba más!...

Aquella alusión a las deudas imprescindibles para preparar el advenimiento del nuevo retoño hería su alma; era algo depresivo, augural. Cuando pudo andar, su primer cuidado fué acercarse al espejo del salón y comprobar allí algo que por secreto instinto, por las miradas de los demás, por las palabras cogidas al vuelo, casi no le era menester ver: su vientre, aun más deforme cuando se percibía la totalidad de la persona. Y le pareció que el jorobadito, para vengarse, habíale dejado en herencia, no el caudal codiciado por Emma y doña Julia, sino lo más suyo: el monstruoso fardo de carne que acibaró su vida... ¡Ah, era justo! A pesar de

ello, pensaba con infinita dulzura en el pobre ser a quien viera pasar por vez última, dentro de un ataúd de niño obeso, hacia la estrechez de la fosa, repudiado por la anchurosidad del mar, que tan bien se reflejaba en sus ojos.

Ante su propia imagen no pudo reprimir un gesto de repulsión. En vano afanábase en limpiar la luna del espejo, por si hubiera algo interpuesto entre el cristal y su hechizo perdido; en vano se esforzaba en buscar siquiera un vestigio de aquel atractivo que hacía converger hacia ella las miradas. Gozando con torturarse, tan pronto parecíale encontrar semejanza entre un ser mancillado por la vil parodia del amor y doña Julia, como antojábasele, con ingenua inmodestia, que acababa de malograrse en ella algo grande, bello y difícil, digno de perdurar. Y desde ese día ya ninguno dejó de llorar por su juventud muerta, por sus sueños muertos, por aquella Elvira tan impetuosa, tan llena de gracia, tan femenil y tan viril, muerta para siempre... ¿Para siempre? ¡Sí, para siempre, para siempre!

Los días pasaban por ella casi sin realidad. Ya era la verdadera esposa de Emilito; iba

aprendiendo a dejar resbalar el tiempo y los hechos. Estaba suaves horas con las manos sobre el regazo y la vista fija en cualquier sitio, sin ver nada, apenas atenta a una sombra interior: tal vez el fantasma de sí misma. Las vistas de los suyos le eran enfadosas, molestos los mimos, dañinas cuantas veces hablábanle de la vida nueva que pronto se desprendería de sus entrañas. Se juzgaba como un paisaje bello en el que hubiese ocurrido un drama repugnante. Ya no iba a buscar el testimonio de los espejos; bastábale sentir su fealdad para saborear íntegra su desventura.

Marzo había pasado con vendavales y abril anunciaba ya el multicolor florecer; sobre los búcaros, algunas rosas traídas por la tía Adela erguíanse para mustiarse luego, dejando en torno cadáveres de hojas. Elvira las miraba, ya con despego, ya con piedad; todo adquiría para ella el valor de cifra y emblema de su vida.

A mediados del mes era la fiesta de la patrona del pueblo. La tía Adela preparó los viejos cortinajes de brocatel para engala-

nar los balcones al paso de la procesión, y, como en otros años, comenzó a exhortar a Emilito para que no dejase sin salir, por falta de brazos dignos de portarlo, el pendón de la casa, añoso y polvoriento en la vitrina.

—Parece mentira—plañía la beata noble—. Así estamos como estamos... según dice el padre jesuíta que vino a predicar hace poco, por falta de valor para sostener nuestras creencias. ¡Ni que tuvieras vergüenza de ser quien eres!

—Si no es eso, mujer.

—Cada año que veo pasar a la Virgen así, sin uno de nosotros, me parece que nos la han robado. Nuestros padres tuvieron siempre a honor el darle escolta... Anímale tú también, Elvira... ¿Verdad que debe él llevar el pendón de los Rocas como lo llevaron sus mayores?

—Si él se siente capaz...

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Ahora que vas a tener un hijo debes aprender a darle buenos ejemplos.

—Bueno, haré lo que queráis... Ya era hora de que tuvieras un antojo... Me verás con el estandarte, para que no tengamos luego que ver al niño con uno en la barriguita o en la cara.

—Sí, ahora lo prometes; pero ya veremos si lo cumples.

—Y sin ser acelerada ni un solo minuto por impaciencias ni retrasada por temores, la tarde de la procesión llegó con ese ritmo seguro del tiempo. Elvira vió cubrir los balcones, adonde hacía mucho no se asomaba, vergonzosa de la rotundez maternal. En la tarde fúlgida flotaban hálitos vernales, y mientras los demás, llenos de júbilo infantil, se aprestaban a ver pasar el pendón familiar, llevado por Emilito, ella, sola, con la cabeza entre las manos, sentía ya cóleras, ya laxitudes, ya una tristeza mate, resignada, invencible.

Muy lejanas oyéronse músicas, creciente clamor de multitud, y desde el balcón le gritaron:

—¡Ven, Elvira; ya se ve, ya se ve!

Luego nadie volvió a ocuparse de ella. Sin duda sus suegros y la tía Adela estimaban que por no llevar el apellido debía ser insensible a aquel fasto de la casa. Pero el balcón del gabinete empezó a atraerla, y en vano quiso resistir. Casi arrastrándose, segura de no ser vista merced a la cortina, fué hasta él y se puso a

mirar. Por la tortuosa calle avanzaba el múltiple temblor de los cirios, y las llamitas eran cual lágrimas de oro. La Virgen, pequeña y extrahumana, bajo el negro manto constelado, venía muy lentamente, oscilando, y en torno de ella rebrillaban las luces, las casullas, los uniformes, las desnudas armas, la cabeza del sacerdote, cuya nieve avivó y acendró en Elvira el recuerdo del abuelito... Vasto silencio de veneración llenaba la calle. De la sala contigua llegaron voces emocionadas:

—¡Allí está!... ¡Allí está! ¡Míralo!

Al ir a empinarse para ver mejor el estandarte que flotaba a lo lejos, Elvira sintió algo extraño: un movimiento, la sombra, acaso, de un movimiento dentro de su vientre. Y aquella idea del hijo, hasta entonces incorpórea, tomó en un segundo conciencia carnal. Una iluminación de certidumbre esclareció de súbito sus interrogaciones: ¡Sí; sería una hija, una hijita blanca, gemebunda, necesitada del alimento de su pecho y del socorro de sus manos!... ¿Cómo había podido dudar? Y toda su vida le pareció que no era ya suya, sino del nuevo ser, y en su alma

florecieron de pronto innumerables rosas de renunciación; y volviendo en un solo segundo a incorporarse a la fe del pueblo, de la que en tantas horas de lucha había pretendido separarse, sintióse absorbida, cobijada por ella, y cayó de rodillas, con la frente—caja de pensamientos locos—contra la balaustrada, las manos sobre el corazón saltarino, la vista en la imagen que se iba acercando, acercando... Y la Virgen volvió a parecerle, lo mismo que en los días remotos de la niñez, preciosa y celeste; y cuando estuvo delante de ella, cuando vió la corona de plata y el niño sonriente entre los brazos, y sintió la solemnidad de la música y el místico aroma del incienso, los ojos se le llenaron de lágrimas, y con toda el alma hecha plegaria juntó los dedos en haz y pidió:

—¡Te ofrezco mis ilusiones, mi soberbia, mi vida entera, porque hagas que la hijita que ya vive dentro de mí no sea inconforme y acepte la humildad que le depare su destino... Porque hagas, Virgen santa, que no sea orgullosa, ambiciosa y desgraciada como he sido yo!...

Elvira, pobre Elvira, ya estás en calma. Ya has encontrado paz para tu presente, disculpa para tu pasado, ilusión para los días que alumbrarán la cuna de tu hijo... No dejaste calcular al corazón, y él se resarció en sacudidas dolorosas de esos años en que se está deslumbrado por el brillo del mundo, y en que la maravillosa mentira del amor nos compensa por igual de la pérdida de la infancia y del acecho de la vejez. Con la levadura de tu superioridad te amasaste una juventud triste. Y te ha sido preciso sentirte en tu hija, por virtud de ese instinto sublime de maternidad, donde todos los egoísmos se transfiguran, para saber que no querías lo que creíste querer. Cada estado tiene sus caminos: al de la inteligencia se va por las cuestas arduas del estudio; al de la dicha, por los senderos del amor. Que él te guíe, Elvira, desde hoy.

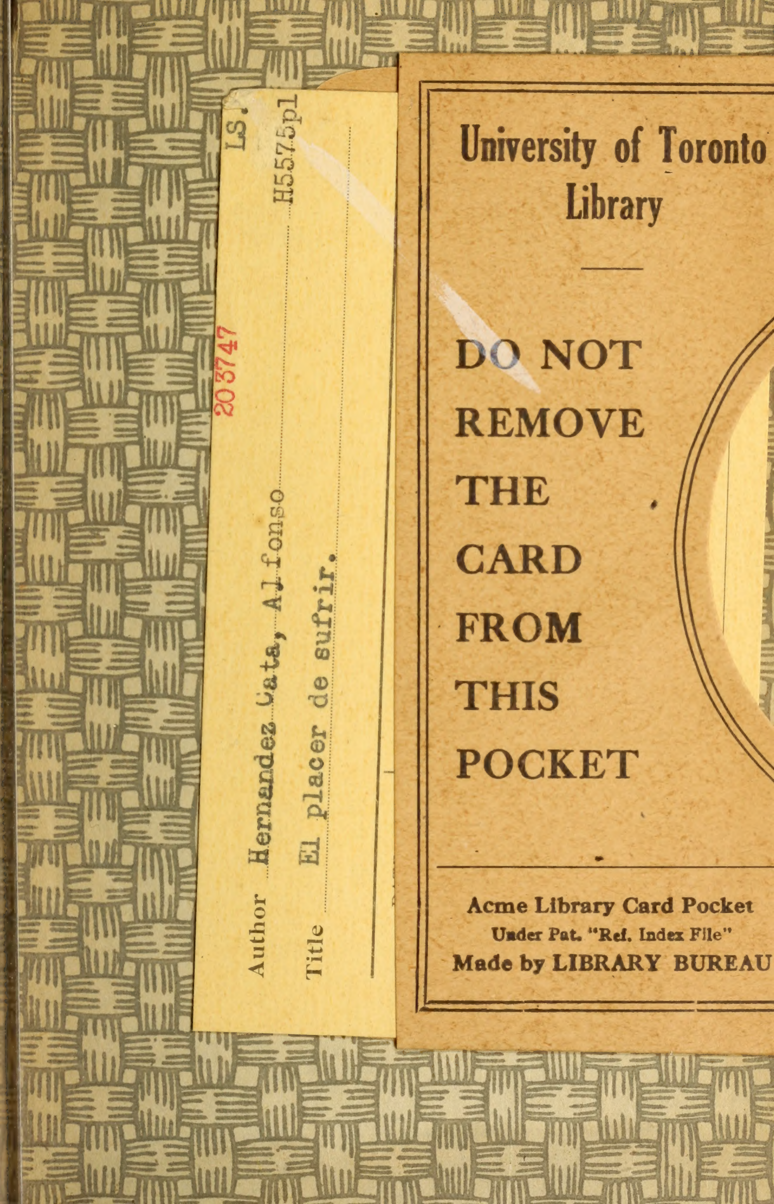
No te reproches demasiado cuando en las horas agudas del crepúsculo vuelvas a repasar tu existencia... Nada de cuanto anhelaste era vitando en sí: lo fué sólo por tu ansia de erigirlo

en norma y por cercenar en torno del árbol espinoso y bravío cultivado por ti, las flores silvestres, mil veces milenarias en el mundo, mas nuevas en cada ser, cuya fragancia embalsama la vida. Tu error es de muchos, y es error que se paga siempre. La vida te lo cobró dándote casi lo que le exigiste, derrotándote con tus propios triunfos. Te ha costado la juventud, pero...

Cuando tu hija crezca; cuando, después de haberte mirado algunos años en sus ojitos lacrimosos y alegres—espejos que jamás te recordarán los torturadores donde te viste llegar a la Belleza y partir de ella—, puedas hablarle segura de ser comprendida, dile así: «Siente y piensa... Riega recíprocamente con su jugo estas dos plantas del espíritu, sin las cuales toda vida es monstruosa... Y cuando llegue la hora de desear un compañero de viaje, hija mía, no calcules, invoca al Amor, pon con humildad tu diestra en la suya, y déjate llevar.»

FIN




LS.
H5575pl
203747
Author Hernandez Cata, Alfonso
Title El placer de sufrir.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

